30.03.18

Aleksandra Bychkova

Dedicado a ti, José

El mirlo es negro, la amapola es roja

Mis recuerdos de Granada

Índice

1- RECUERDOS Y EL PRINCIPIO

Un pájaro
Una taza de café
Los zapatillos felices
Sobre los dioses, recuerdos
Sobre ti y cuatro gatos
Un poco sobre cuatro gatos
Los músicos de las cuevas, Don Quijote
Un poco sobre ti
La ciudad malvada
Una cama y yo

2- LOS AMIGOS Y CONOCIDOS

El amor de otros

Los croissants el jardín de naranjas
¿Está mi casa en tu ciudad?
Lágrimas de vidrio
Calcetines de tío americano
Hermandad de los felices
Pulsera de granate
Cuarenta centavos de chocolate
Jardín de naranja cubierto de rosas
Mañana y barrendero
Una chica que sonríe
Almendras y miradores
De nuevo sobre los dioses
Un chico ruso y el brasero
Té de leche con miel
Sobre el chico ruso
El Moro caminaba
Cafetería 4 gatos
La niebla de leche
Los miradores del cielo
Aquel que camina
Como él bebía café
La ciudad de los instantes
Cómo respiran los pájaros
La época de las aceitunas
Un poco de Chopin
Rosas de crinea
La música de tu ciudad
Todo es poesía
Músicos no profesionales
Te apartas de los turistas
Aguacate con tomate
Cuentos de la Alhambra
Llave del ático
Regreso a las ciudades
Cuando fue abandonado el paraíso

Aquella que está encerrada
En cafeterías de suiza
María y tu jardín
Los pavos reales
Beso de chocolate
El caracol más especial
Terrazas que vuelan
Eternidad y alas de mariposa

3- RINCONES POR GRANADA

Las dos palabras más cortas
El caballo más especial
Nuestra cafetería
Princesas en sobres
Cuando supe de Sinombre
El silencio
El silencio
Mis epígrafes
¿Me perdonas?
Todos vosotros sois
Algo que no estaba en nosotros
Simplemente sobre
El argentino
Otoño desde lo alto
París y Lenin
La pez
Barco hundido
Pequeña página
Maletas con el pasado

4- REFLEXIONES FINALES

En mi casa está nevando
Cuánto jazmín
Dedicatoria pequeña
Ve el color de tus ojos
Y el té de manzanilla
El humo

Sobre todo los paraguas
Sombrero de paja
Sombra
Mirador de cerca
Maestro
Allí donde
Zorros que vinieron
Nuestro Parador
Nuestras montañas
Amapolas
Plumas de aves
Osos polares
Antiguos ojos
De nuevo
Boina negra
Yo también me veo
Sobre la sonrisa
Se nos acercan
Mis ciudades
Los colores
Palabras de tu carta
Carta 7 de julio

Te recuerdo en este sencillo amanecer y, aunque no sabes dónde estoy ahora ni tampoco nunca conocerás este rincón, te mando mi considerado saludo.

"Sinombre y yo
una historia nunca contada"
José Gómez Muñoz

1- RECUERDOS Y EL PRINCIPIO

Un pájaro

Un pájaro grita largamente, muy, muy largamente. Quizás, este grito se parece a un canto. Sin embargo, de ningún modo puede ser un canto. El pájaro me distrae. Dejo de hojear un libro, miro toda irritada en la dirección desde donde llega el ruido. Lo veo: negro, pequeño, con el pico amarillo. En general, nada especial, un pájaro como todos los otros. Ni sé cómo se llama esta especie. Ahora se precipita volando desde lo alto de un árbol y da pequeños saltos alrededor de una flor roja. Quizás busca algo para comer, quizás está construyendo un nido. Esto no me interesa. De nuevo intento concentrarme en la lectura para olvidar la nostalgia por las ciudades abandonadas, por las ciudades en las que vuelan pausadamente las gaviotas blancas y hermosas.

*

Sí, soy yo. Pero hoy no me podrías reconocer, estoy segura de esto. Por eso pasas cerca de mi sin pararte. Caminas, encorvado un poco, a lo largo del paseo estrecho del río. Caminas hasta

el momento en que te pierdo en la muchedumbre, hasta que la manada bella de turistas borra el dibujo de tu delgada silueta. Allá, en la profundidad lejana de la plaza, te paras, como sorprendido de algo visto por primera vez, de algo visto muchas veces a lo largo de muchos inviernos y primaveras. ¿Qué estás contemplando allá? ¿Estás contemplando a tu ciudad? Te sigo largamente con la mirada, como si fuera a despedirme de ti porque te vas al infinito. Pienso y no sé por qué, que si la Tierra fuera llana, te habría seguido precisamente de este modo con la mirada, fijamente, sin desviarla nunca. Y tú habrías caminado, caminado, traspasando las fronteras de los reinos y las republicas, los bosques y los campos. Solamente la noche que cubre con su negrura, hubiera podido romper esta estela entre ti y mí. Y, de haberla roto, la hubieras transformado en un recuerdo.

Te sigo con la mirada pero no veo aquello que te hace pararte. No, obviamente, tengo la vista mejor que la tuya porque soy más joven que tú. Observo atentamente la orilla opuesta de tu río, larga que se rompe sin jamás llegar al agua, en

una granja antigua. ¿Qué has descubierto en sus contraventanas tapadas y parecidas a un cuello de abrigo abrochado contra el frío del viento? ¿Qué has encontrado en estas cuestas cubiertas de olivos que sueñan en vano la cima de montaña? ¿Qué has visto en tu ciudad encantada para siempre?

Estás parado como si estuvieras esperando a alguien. Pero no llega nadie. Y probablemente ya no llegará jamás. Porque ¿a caso soy yo la que tiene que llegar? ¿O quizás alguien desconocido por mí ha fijado una cita contigo aquí, cerca de la orilla del río que se llama Darro? Pues esperamos juntos, a largo, tú y yo, sin vernos el uno al otro. ¡Por fin llega aquél a quien estamos esperando! En silencio, para no molestarte, se acerca a ti.

Es la tarde que llega. La tarde cálida y simple se acerca a ti. De prisa se puso el chal descolorido color rosa con los parches de los nubes brumosas. Se puso en la frente el gorro. Te da la bienvenida desde lejos, precisamente en el mismo instante en que pasas cerca de mí. ¿Pertenece a él este perfume o a mí? Es el

perfume que me ahoga en el olor agradable del jazmín. Quiero pensar que es el mío, sin duda es el mío. Pero esta tarde está demasiado galante para no oler a jazmín.

La tarde pasando cerca de mí no me hace caso, igual que tú. Y comprendo, solamente ahora, que no me hacéis caso porque no existo. Ya hace tiempo que vago por mis pensamientos, por mis recuerdos y cada vez perdiéndose en el camino regreso obstinadamente aquí, donde no debo existir más. Cada vez más persistente regreso a tu ciudad, abandonada por mí.

Sobre una taza de café que expande humo sobre la eternidad

Pero dejo todo esto a Dios. ¿Qué importancia tiene ahora la diferencia de existir, al menos en esta tarde, si en esta tarde ya existes tú. Siempre existías y lo harás para siempre. ¿Si esta tarde perfume de jazmín y alguien largamente toma sin prisa levantado sobre todos nosotros un café fragante en la taza blanca? El café no se enfría nunca, porque también este café es una parte de tu ciudad, que un día volvió a ser eterna.

Te prometo que no hablaré de mí. Hablaré en estos recuerdos solo de ti. Porque, pensando en ti, escribo estas líneas del libro, pensando en ti, veo todo a un tiempo como los dioses sonrientes: veo los jardines de mi abuela con manzanas ácidas con rocío, veo los jardines tuyos con naranjas jugosas.

¿Quiénes son los dioses sonrientes? ¿Es posible que no sepas nada de ellos, de nosotros, de mí, de ti?

No, hablo demasiado, perdiendo el hilo del cuento. Con miedo escruto la muchedumbre, intentando encontrarte de nuevo. No podías irte así, sin despedirte de mí, aunque no sabes que estoy cerca. Pero yo también me voy dejando aquellos que están cerca. Sin una palabra, una sonrisa, un adiós. ¿Dónde, pero dónde estás? Tranquilizada, encuentro con la mirada tu silueta que se aleja de mí de nuevo. El viento desmelena tu pelo blanco. Parándote, arreglas tus cabellos, te pones el gorro. No miras para atrás. No miras para atrás porque no sabes de mí. Porque no sabes que nuevamente estoy en tu ciudad. Y, quizás, no lo descubrirás nunca.

Cerca del río que se llama Darro, allí, donde el puentecillo encorvado lleva hacia al palacio de

sultán, te sientas en el muro de piedra. La tarde se pone cerca de ti. Empiezo a tener celos de la tarde, o de ti, o del hecho que vosotros no sabéis nada de mí, o del hecho que tu ciudad no sabe nada de todos nosotros.
Pero eso son celos, es algo personal, yo sin embargo te he prometido no decir nada de mí. Quiero contar solamente de ti.
Ahora coges un cuadernillo del negro bolso pequeño que llevas cruzado el hombro. Ahora coges del bolsillo de jersey un bolígrafo color crema hecho por ti de bambú. Quiero acercarme en silencio a ti, ver qué estás apuntando en esta tarde quieta cerca del río que se llama Darro. Me levanto, desparramando los pétalos de rosas en el suelo. Estas rosas me las has traído tú de tu jardín, me las has puesto tú sobre mis rodillas hace un año. Dejo mi guitarra, apoyada al muro de piedra. Quiero llamarte segura que mi grito llegará hasta ti atravesando la manada de turistas y los años que nos separan. Pero algo me obliga de echar una mirada sobre la ventana de la casa que está en la otra orilla del río que se llama Darro.
Sobre la ventana hay, como siempre, una taza de café, blanca como la nieve en mis jardines.

Humea, humea a lo largo de los siglos. Y yo recuerdo, observando este humo, que no existo más, ya hace tiempo que no existo en tu ciudad cubierta de los pétalos de rosas caídos de mis rodillas. Y recuerdo, que no llegaré jamás a ti, en este puentecillo que conduce al palacio del sultán ni veré ya nunca tu carta, diligente y simple. Ni te encontraré, parecido a los sabios antiguos de la Alhambra, de corazón bueno y del pelo blanco.

Los zapatillos felices, los brujos enamorados y los patos gordos
(En tu ciudad no hay nieve)

Sé que ahora es octubre, incluso sé la fecha exacta y el día. Es domingo, 25 de octubre del año que se fue hace mucho tiempo. Sé que en tu jardín ya hace tiempo que las naranjas están maduras y las peces dorados chapotean en las aguas verdes de la fontana. Sé todo pero nada sobre ti. Nada.

Es octubre. Inclino la cabeza, como lo hago ya a lo largo de muchos días de octubre, apoyo la barbilla sobre la guitarra. Toco un pasaje musical simple para no observar ni los trastes de la guitarra ni la melodía. Así, con la cabeza

inclinada hacia abajo, en la muchedumbre variopinta de los paseantes, no siento la soledad. Me siento incluso en un lugar acogedor. Sigo con la mirada los pasos de las piernas bellas, siempre bellas, en los zapatos elegantes, en las sandalias antojadizas, en los zapatillos de tacones delgados. De vez en cuando, unos zapatillos rojos de unos desconocidos se paran cerca de mí. ¿Qué quieren? Quizás, ahora me echarán una moneda. Empiezo a tocar con diligencia, levanto la barbilla, me animo, intentando adivinar ¿Qué me regalan ahora? Y siempre lo acierto, porque son siempre muy generosos los zapatillos elegantes, porque son siempre generosos los zapatillos felices de cuero caro venidos de los escaparates de avenidas de lujo de tu ciudad o de otras ciudades para mí desconocidas.

Me estoy acostumbrando a todo esto desde hace mucho tiempo, desde aquel día cuando entré por debajo de los arcos del Albaicín, desde aquella noche cuando un misterioso Músico de ojos verdes me dio su guitarra. Ella olía a madera y pegamento. Y también a tabaco, porque siempre estaba fumando el Músico cuando componía sonatas antiguas dedicadas a tu ciudad. Es decir,

dedicadas a su ciudad también. Dedicadas a vuestra ciudad.
Yo también tengo una ciudad, digna de sonetos, incluso himnos. Dicen, que un himno nacional griego se canta a lo largo de un cuarto de hora. Para el himno dedicado a mi ciudad incluso la eternidad no sería suficiente para cantarlo. ¿Estoy exagerando? Bueno, bueno, de acuerdo, pero ¿cómo decir de otro modo que mi ciudad es especial? No, no huele a jazmín, no crecen allí las rosas en los jardines sombreados del sultán. Y no beben allí un café fragrante sino un intenso té amargo. ¿Qué? ¿Por qué razón entonces quiero componer los sonetos a esta ciudad? Simplemente porque es mi ciudad. En mi ciudad fluye un río que se llama Uvod'. Y en este río flotan los patos gordos que cada invierno tienen mucho frío en pequeños agujeros en el hielo. ¡Pero ya basta! Si empiezo a contar de mi ciudad entonces nadie será capaz de traducir este cuento en su idioma. ¿Qué contará un traductor sobre las botas de fieltro y las ventiscas de nieve? Y por fin yo de nuevo estoy volviendo a contar de mi.
Pues, es octubre. Octubre y no se esperan jamás las primeras nieves. Ni hoy ni mañana ni dentro

de un mes. Nunca se esperan, ya que en tu ciudad la primavera es eterna. Incluso en diciembre la tierra jugosa por la lluvia, huele penetrante de hierbas de verano. Incluso en febrero las flores son escarlatas como los labios de mujeres que viven en tu ciudad.

Pues, es octubre, y la nieve nunca llega. Yo estoy esperando que llegue la primavera eterna que se acabará cuando abandone tu ciudad. En tu ciudad no hay pronosticadores, no hay paraguas. En tu ciudad blanca como la nieve, hay sólo nubes y margaritas que florecen en lo alto cerca de la Abadía de Sacromonte. En mi ciudad en la fiesta de la protección de nuestra Santísima Virgen María, siempre caen las primeras nieves. Un día, cuando regrese a casa, iré a mirar tras las ventanas la primera caída de la nieve y recordaré las margaritas de la Abadía de Sacromonte. O quizá no recordaré nada, sólo iré a beber el té intenso fragrante, quemando con ello los labios, esperando el regreso. Mi regreso a tu ciudad.

Ya sabes, dicen que todos los caminos conducen a Roma. Y a mí también me han llevado aquí, a

Roma. Pero me ha conducido a Roma demasiado tiempo y al final, yo he comprendido una cosa: esta frase es falsa. Toda la vida, probablemente, es un camino que no conduce a Roma sino a la propia casa. El camino a Roma es solamente un paso breve, cubierto de olivos. Es solamente un paso breve antes de empezar de nuevo el camino cubierto por la nieve, por las rodadas inevitables, el camino marcado con los hitos de la tierra nativa.
Ahora estoy sentada al lado del río que se llama Darro y estoy tocando la guitarra. Observo los zapatos bellos que se acercan a mí. Pienso que estoy irremediablemente perdida, me perdí por los caminos que me conducen a mi casa. Tu ciudad me impregna de olores y sonidos. Temo olvidarla, como temo olvidar, al despertarme, los sueños en los que veo el jardín de mi abuela y su cara.
Octubre y no quiero que me encuentren, perdida por entre los caminos. Por lo menos, no quiero que me encuentren ahora.

Algún recuerdo sobre los dioses que sonríen y muchos recuerdos sobre ti

El Músico de ojos verdes ¿quién es? No, no lo conoces y no es el momento para hablar de él. Quiero hablar de ti. Pero, pensando en ti, también pienso en él y en todos los que encontré en tu ciudad. Pienso en los pájaros, en las flores, en el palacio del sultán e incluso en la taza de café humeante en las manos de un desconocido al otro lado del río que se llama Darro. Pero si lo pides, te voy a contar de él. Pero ¿sabes? Habría, en cualquier caso, encontrado una razón para hablar del Músico. Porque ahora ya no importa nada, porque ahora él está en un lugar lejano recogiendo aceitunas.

Recuerdo muchas cosas de él: el color de sus ojos, su sombrero de paja, el sabor del té con leche y miel que bebíamos en la terraza sonriendo el uno al otro, así como los dioses sonrientes. ¿Ya he hablado de los dioses sonrientes? Sí, me gusta esta metáfora. ¿Quizás no se trata de una metáfora? Nosotros fuimos de verdad los dioses sonrientes. Y no hay palabras que puedan definir la sensación alegre de la brisa por encima de tu ciudad donde siempre florecen jardines, donde las granadas, como las hojas preciosas, caen pesantes sobre la hierba densa.

Un día el Músico con los ojos verdes me dio su guitarra con la que estoy tocando mi música ahora. Me lo entregó en mis manos, tan cuidadosamente como si me entregara toda la ciudad. Escribí una novela sobre él, nuestra novela, tuya y mía, sobre "La Princesa de los Zapatillos Rojos". Esta novela no fue solamente un modo de agradecimiento a él sino un intento desesperado de salvar los instantes que se iban. Fue algo parecido a una desesperación de los dioses sonrientes, condenados al olvido.

De nuevo hablo de mí. No puedo comenzar a hablar de ti. Pues, es octubre, son los zapatos. ¿De qué estaba hablando? De ti, obviamente de ti. Porque todo lo que recuerdo, todo lo que quiero escribir es sobre ti. Sobre ti y sobre tu ciudad.

Octubre. Entre los zapatos y zapatillas encuentro los tuyos. Estoy esperando el sonido de la moneda echada en el suelo cerca mis pies pero no oigo nada. Y por eso miro hacia arriba. Alzo la mirada, ya que tus zapatos se detienen frente a mí y no se van. Sí, es exactamente así como te recordaba antes de nuestro primer encuentro: canoso y sencillo, sabio y amable, al igual que los sabios antiguos de la Alhambra.

No recuerdo lo que me estás preguntando pero recuerdo que dejo de tocar la guitarra. Te cuento algo sobre mi casa, sobre quién soy, de dónde soy, por qué. De repente me doy cuenta de que contar algo ya no sirve de nada y puedo simplemente permanecer en silencio y ser feliz porque se que no voy a perderte más, porque entre los cientos de zapatos, pasados en este día de octubre cerca de mí, reconocí los tuyos. Y no me equivoqué.

Mira como está de caliente la tarde. Como está especial. ¿Qué? Sí, tienes razón, en tu ciudad todas las tardes son cálidas y especiales. Aún a pesar de eso, quiero recordar esta tarde en particular y el sol rojo que se desliza lentamente por detrás de mí, más allá del Albaicín. Adivino la puesta de sol gracias a la sombra en la que sigo escondiéndome del sol, moviéndome por la estrecha calle en la que estoy sentada tocando. Por fin, el sol deja de arder, se va debilitando, la cima de la catedral de San Pedro frente a la calle donde toco la guitarra, se va tiñendo de color carmesí, después de color miel y luego, color frambuesa y miel al mismo tiempo. Incluso me parece ahora que la catedral se tiñe de

frambuesa y miel. Pero de repente la luz se apaga. Enseguida se atenúa una montaña enfrente sobre la que surge el palacio del Sultán. En una tarde tranquila, caen las banderas cansadas que han volado a lo largo del día en la cima de la Alhambra. Y entonces rápido, rápido, como el trineo desenrollado en la montaña de nieve en la casa de mi abuela, corre el atardecer y la noche.

De nuevo hablo de cosas que no tienen nada que ver con mi cuento. Tú estás esperando pacientemente a que regrese al recuerdo de la tarde y de los colores de frambuesa y miel en lo alto de la catedral.

Veo tus zapatos. Me entregas tu libro y el chocolate derretido en una tarde caliente. Hablas poco, tranquilo y serio. Una curiosidad de niño acerca del país de nieve del que te estoy contando, brilla en tus ojos. Te miro por primera vez, en aquel octubre y de repente me doy cuenta que te veré dentro de un año, en las paginas de este libro, cuando te recordaré como te pararás cerca el río, que se llama Darro y anotarás algo en tu diario que no logro ver. Veré una tarde que llegará para encontrarte, veré el chal color rosa que envolverá los hombros.

Veré tus ojos atentos fijados en la otra orilla del río que se llama Darro.
En aquel día de octubre nos despedimos. Y no sentí tristeza al despedirnos. Vivimos cerca, en la misma ciudad. Incluso ahora, hace un año, cuando tu ciudad está tan lejos de mí, me gusta recordar aquel día de octubre.
Miro por la ventana. ¿Qué ciudad es esta? ¿Dónde estoy ahora? ¿Y por qué en el cielo vuelan tantas gaviotas? ¿Por qué estoy aquí? No es mi ciudad y ni tampoco la tuya. Aquí hay de todo. Aquí se habla melódicamente, aquí toman un café por la mañana. Pero este café no es aquel humeante café en la taza blanca entre las manos del hombre desconocido cerca del río que se llama Darro.

Antes de hablar un poco sobre ti y cuatro gatos

Pero vamos a contar todo en orden. Me enseñaste el orden, la secuencia de palabras, los puntos y las comas correctas en mis novelas. ¿Por qué ahora estoy confundida en mis recuerdos? ¿Olvidé tus lecciones? Perdóname, recuerdo solamente lo más importante: te recuerdo a ti. Y a tu ciudad, una granada madura

quebrada en trocitos en las colinas donde florece todo el año jazmines y las naranjas.

Un poco sobre cuatro gatos

Durante un año, durante todo el año, llueve en una ciudad extraña, en una ciudad que nunca ha sido mi hogar. Desde hace un año, estas lluvias están llorando en las mimosas que florecen en la cafetería “Cuatro gatos”, en algún lugar muy cercano, en un país que está a unos miles de kilómetros de distancia desde mi habitación con una sola ventana en la que irrumpen la lluvia y gaviotas.

¿Se llama "Cuatro gatos"? Sí, "Los cuatro gatos". Ya sabes tú también cómo se llama aquella cafetería. Pero ahora, cuando me lo preguntaste, me parece que los gatos no son cuatro, sino tres. O no, todavía son cuatro. Y de repente me doy cuenta que incluso el olor de café en esa taza blanca como la nieve cerca del río que se llama Darro, empiezo a olvidar. Estoy olvidando cómo florecen las mimosas en tu ciudad, cómo llueve, cómo caen las hojas amarillas en los manantiales. Sin embargo, esto es ahora muy importante. Tan importantes son los olores, los sonidos, todo lo más inútil y

fugaz, como las ramas florecidas de las cerezas silvestres.
En la cafetería "Los cuatro gatos", decimos que son cuatro, siempre se reunieron las almas errantes de tu ciudad. Todos los vagabundos de tu ciudad son músicos.
Una vez, uno de estos músicos errantes, el que tocaba como dioses, el que no sabía nada de notas ni partituras, me dijo: “Me encontrarás en la cafetería “Cuatro gatos”. Todos nosotros nos encontraremos aquí".

Los músicos de las cuevas y el paseo de Don Quijote

Lo sé, ahora quiero hablar solo de ti, pero perdóname, tengo miedo de olvidar también a mi amigo Manuel. Ni siquiera tenía una dirección postal suya donde pudiera enviarle cartas que parecieran mariposas coloradas. Sí, siempre le pinté las cartas. Las cartas llegaron a él durante mucho tiempo, todo el tiempo que necesitan las mariposas para volar de un país nevado a un país en una península lejana. Las recibía en la ciudad de sus padres y las llevaba a su ciudad, madura y fragante como granadas en

el otoño. Y por las noches las leía en su cueva, en el Monte Sacro.
En la cueva solo había una cama, una guitarra y vivía su querida Croquetta. Croquetta es su perro. Pero el tiempo ya lo ha borrado de mi memoria, dejando solo el nombre del perro y una frenética alegría canina que nos rodeaba aquella noche lejana cuando tocábamos en un dueto en la cueva la canción "Cómo las tardes en Rusia son encantadoras". Manuel era zurdo y reorganizó todas las cuerdas de su guitarra en el orden opuesto. Así que yo no podía tocar su guitarra. Tomamos una guitarra de su vecino que vivía en una cueva cercana. Sí, también en aquella cueva vivía un músico.
Y luego comimos cuscús y Croquetta comía con nosotros. Y el atardecer color rosa caía sobre tu ciudad blanca como la nieve sobre los cactus del Monte Sacro, sobre una rara manada de caballos que pastaban en las tierras bajas de la abadía, sobre Croquetta. Aquella tarde yo no sabía que la cueva estaría vacía, cuando Croquetta se iría a algún lugar para siempre y no regresaría.
Subimos mucho tiempo por la montaña cerca el palacio del sultán. Y, subiendo a su cima, caminábamos entre los olivos de julio. No

recuerdo a dónde y por qué. Pero sé que a ninguna parte y para nada. Recordé este camino formado de arena entre las aceitunas, recordé la esbelta figura de Manuel, Croquetta que corría alegremente detrás de nosotros. Pensé entonces en don Quijote y me pareció que él estaba caminando por ese mismo camino arenoso, vagando por las aceitunas. ¿Por qué pensé en eso?

Recogimos higos y nos los comimos. Y luego, ya de noche, bajé a tu ciudad. Me puse debajo de la catedral principal, iluminada por la luna o linterna y me di cuenta que no estaba nada triste de irme, de dejar tu ciudad. Entonces no te conocía todavía ni sabía sobre la cafetería "Cuatro gatos" ni sobre la mimosa que florecerá en febrero. No sabía todo esto porque estuve en tu ciudad por primera vez, solo dos días, de paso.

Sabía que nunca volvería aquí. Estaba regresando a mi ciudad querida, en la que no hay ni Manuel ni el camino de arena entre las aceitunas, sino palacios, ministerios, bancos, parlamentos, tribunales, museos, puentes, carreteras, aeropuertos, parques y restaurantes. Todo está ahí. Excepto tú. Excepto yo. Ahora no

estoy en esta ciudad en un tiempo querida. No estoy más aquí aunque sigo caminando por sus avenidas, deambulando entre las multitudes de sus turistas, aunque sigo tomando su café siempre frío, que huele solo a café, que cuesta exactamente cincuenta céntimos si se bebe sin sentarse en una mesa.
Desde el primer encuentro fugaz con tu ciudad, me quedaron solo recuerdos que se desvanecieron y una carta de Manuel, que llegó desde allí en mi otoño profundo, aquí, donde el río Uvod' con patos que están engordando, no está todavía congelada.

Un poco sobre ti

¡Cuánto tiempo sin saber nada de ti! No lo había sabido en toda mi vida ni dos años después de regresar de tu ciudad, donde no nos conocimos aquella vez por casualidad. Qué extraño es pensar que ahora, probablemente, en esos dos días de julio, como ahora, exactamente a las cuatro de la tarde, pasaste por el Paseo de los Tristes y te sentaste, como ahora, junto al río, que se llama Darro y escribiste algo, algo que todavía no sé.

Regresé a tu ciudad dos años después de esa tarde de rebaños bien alimentados y del sendero de Don Quijote a lo largo de la montaña del sultán. Regresé a tu ciudad para encontrarte. Para ver finalmente cómo florecen las mimosas en febrero.

La ciudad malvada sin gaviotas

No, tu ciudad no me recibió tan cordialmente como esperaba. La nostalgia por las ciudades abandonadas no me liberaba por mucho tiempo. Hasta el momento que el Músico de ojos verdes me entregó una guitarra. Me la dio con cuidado, así como se da a Ferdinand e Isabella las llaves de las puertas del palacio del sultán en el siglo XV.

Estaba perpleja y sola en la montaña de Albaicín blanca como la nieve, quemándome bajo el sol, lamiendo mis labios que estaban agrietados como la cima calva del Monte Sacro. En Tu ciudad aún no te tenía. No tenía a nadie. Ni siquiera tenía a Manuel. Y pues, la soledad me pinchó tan agudamente, tan profundamente que el veneno se vertió en mi cerebro desde el punto de la inyección, animando las imágenes de un paraíso abandonado.

Me senté sobre la montaña y pensé en las avenidas por la tarde parpadeantes de los automóviles y ventanas, en las fuentes en los jardines de naranjos, en las gaviotas. Pensé mucho en las gaviotas, mirando enfadada al cielo azul de tu ciudad, en el cielo ciego sin nubes, que no conocía una sola gaviota. Tu ciudad sin gaviotas era una ciudad hostil, ajena, helada, que me quemaba bajo un nuevo sol desconocido.

Una cama y yo sobre la cama

Durante algunos días viví en la casa de una gitana enamorada de Albaicín. Por las noches, nos sentábamos en la terraza y escuchábamos como en el Monte Sacro, frente a las cuevas, alguien tocaba el tambor y gemía afligido. Tomamos té y nos callamos porque no teníamos nada de qué hablar. Porque ella era una gitana enamorada y yo, una abandonada. Abandonada y solitaria.

Deambulaba por tu ciudad sin saber de ti. Estaba buscando mi casa y no lograba encontrarla. Estaba buscando a mis amigos pero no lograba a reconocerlos. Luego, cansada y hambrienta, regresaba a la casa de la gitana

enamorada, la saludaba y me refugiaba en mi habitación. Sólo había una cama en aquella habitación. Aunque, probablemente, había algo más, pero ahora en la memoria queda solo la cama. La cama y yo tumbada en ella sin sábanas ni mantas, porque el calor sofocante disminuía solo por la noche. Estaba en la cama, como en un desierto sin costa y escuchaba a alguien golpear un tambor y gemir con tristeza en algún lugar del Monte Sacro. Observaba el techo y veía las plazas abandonadas, los museos, los patios, las caras. Tan agudamente no he amado jamás la ciudad con gaviotas en donde, un año más tarde, escribiré estas páginas. Entonces no pensaba que la ciudad con las gaviotas se iría, se desvanecería como fotografías viejas, como flores olvidadas entre las páginas.

Ahora estoy sentada en una habitación, en el centro del paraíso perdido. Fuera de la ventana, corren los coches y las personas. Y las gaviotas. Aquí no se ve el cielo por las gaviotas. ¿De qué estoy hablando ahora? ¿Están en el cielo deslumbrado sobre Albaicín los mirlos que volaron detrás de nosotros siguiéndonos y nosotros íbamos caminando entre las aceitunas dirección a algún lugar al este? Ahora estoy

sentada en una habitación, en el centro del paraíso perdido y estoy escribiendo sobre ti, sobre ti, porque robaste de mí corazón las gaviotas.
Sí, siempre me desvío de una historia contada bien. ¿Por qué te estoy hablando de gaviotas y mirlos, de estas cosas tan pequeñas? Después de todo, tú mismo me enseñaste a notar todo esto. Tú eres culpable del hecho de que la ciudad eterna con las gaviotas ha vuelta a estar vacía para siempre, cuando no encontré en ella ni té de montaña ni cabras salvajes.
Entonces, ¿de qué estoy hablando? Sí, estoy hablando sobre el techo, que se convierte en un cielo lejano con gaviotas. Estoy hablando sobre la habitación, extraña y vacía, en la que me escondía de tu ciudad, sin querer verla. Pero estos pocos días pasaron y la soledad se calmó. Y los gemidos de tambor en el Monte Sacro se hicieron más familiares para mí. Conocí a Leo. ¿Cómo? ¿Quién es Leo?

LOS AMIGOS Y CONOCIDOS

El amor de otros

Leo es un chico de León. Tiene un enorme mechón de pelo claro en la cabeza y hermosos

ojos verdes. Ojos con algo de Músico . Todos los ojos verdes tienen algo de Músico , tal vez porque los ojos de mí mamá son de este color. Pero me distraigo de nuevo. Pues Leo habla tu idioma español con acento francés, no tiene prisa, está buscando su hogar en tu ciudad, come croissants para el desayuno y extraña su guitarra, que pronto será traída desde Francia. Ahora estamos juntos vagando por tu ciudad: juntos, no tenemos prisa, juntos buscamos nuestra casa en tu ciudad, juntos comemos croissants con miel que llenan las mañanas y juntos echamos de menos, él a su guitarra, yo a la ciudad abandonada con gaviotas.

Al cuarto día de los croissants de miel y un par de apartamentos vistos, incinerados por el sol y el vacío del mediodía de tu ciudad, subimos a la cima del Albaicín. Mientras caminábamos por las interminables calles estrechas de Albaicín, Leo busca los anuncios de habitaciones en alquiler.

¿Por qué todavía le importa algo? ¿Por qué este sol aún no ha consumido en él la esperanza de encontrar un rincón propio en tu ciudad cruel y ajena? En mí, este sol lo secó todo. Me siento en el primer umbral, a la sombra de la casa. Apoyo

la cabeza contra la pared fría y áspera. No quiero ir a ninguna otra parte. Cierro los ojos. Allí, detrás de los ojos cerrados, el grandioso Tíber fluye, fluye sin mí y conmigo. Allí las gaviotas vuelan sobre el Tíber. Huele a pescado. Huele a café. Allí los jardines de naranjas están en flor. Allí hay prospectos y cafeterías favoritas. Allí se vuelven amarillos los álamos en el paseo de riveras, se vuelven amarillos sin mí. Y entrecierro los ojos para que, incluso debajo de los párpados, yo no pueda escuchar mi soledad.
Distingo entre los gritos de las gaviotas la voz de Leo, impregnado de Francia de ojos verdes. Yo no contesto. No creo que esta voz sea real. Pienso en los croissants de miel. Pienso en cualquier cosa, solo para olvidar tu ciudad. ¡No, no quiero ofenderte, por supuesto! Claro que veo la belleza de tu ciudad. Pero esta es una belleza ajena a mí. La belleza ajena, como el amor de otros, no toca el corazón.

Los croissants de miel y jardín de naranjas cubierto de rosas

Leo me tira de la mano. Abro los ojos. Veo su mechón claro, la sonrisa verde. ¿Por qué

entonces no conocía los poemas de Lorca? Yo compararía a Leo con estos versos. Pero entonces no conocía muchas cosas: ni los verdes jardines de los Mártires ni las plumas verdes de los pavos reales que caminan en estos jardines.
Los ojos verdes de Leo me están sonriendo ahora. Me dice que finalmente ha encontrado un piso que podemos alquilar.

¿Está mi casa en tu ciudad?

Yo sonrío tristemente sin esperanza. Miramos, escrita en una hoja de papel, la dirección. Calle Larga San Cristóbal, 5. Miramos alrededor de las calles estrechas y vemos que ya estamos sentados frente a esta dirección.
Esa misma noche, transfiero todas mis pertenencias desde la casa de una gitana enamorada hasta mi habitación: un vestido, un pasaporte, un diario en el que me olvidaré de anotar los recuerdos de tu ciudad. Es una pena que esté tan poco escrito. Ahora, pasado un año, bajo esta lluvia impregnada de gaviotas, estoy hojeando las paginas que todavía huelen a tu ciudad. Y sin billetes, sin visas ni permisos, sin carreteras ni aeropuertos, me encuentro allí, en la calle de San Cristóbal. Blanca como la nieve,

me encuentro allí. Y yo soy así como fue hace más de un año, así como nunca vuelvo a estar de nuevo. Nunca y en ningún otro lugar.
Recuerdo aquella feliz tarde en mi nueva habitación. Feliz solo porque, habiendo entrado en la habitación, me encierro con la llave desde dentro. La paz vuelve, el silencio. Ahora no tengo que sonreír a nadie ni responder a preguntas. Ahora solo dependo de mí misma en esta pequeña habitación con ventanas que dan al jardín anaranjado cubierto de rosas.
La dueña, doña Pepa, por alguna razón que no sé, me pide salir un rato de la habitación. Ella me explica cómo usar todo y cuándo pagar. Explica todo y sonríe. Y me gusta su charla. Pero lo que más me gusta es la expectativa de que ahora ella se irá, que me sentaré en mi propia habitación y pensaré en la ciudad abandonada con gaviotas. Y nadie, nadie perturbará mis pensamientos.
En el primer piso ya viven dos chicos, cuyos nombres no recuerdo. El primer piso es un piso ajeno y permanecerá ajeno todo el año hasta que un hebreo delgado, se asiente allí. Revivirá el piso hostil con su música, con los continuos invitados de los trompetistas y violinistas pero

no resistirá al silencio y la decencia de aquel piso. Él se irá. Y el piso volverá a ser ajeno. Recuerdo en este piso un espejo en el que siempre me miro antes de salir. Me recuerdo en este espejo: con un vestido rojo y un sombrero de paja. Me recuerdo todos los días en este espejo. Tal vez el espejo probablemente me olvidó. Mis ojos se congelaron en su superficie. Se congelaron y mirando a tu ciudad, mirando las pupilas de aquellos que vivían ahora en nuestra casa.

En el segundo piso está la terraza y el balcón, cocina y cinco habitaciones. Aquella noche, cuando caminé por el segundo piso, ni siquiera imaginé en qué se convertirá esta casa unos meses después. En el balcón, Markush y yo plantaremos tulipanes holandeses que no crecerán, en la terraza nos sentaremos por las noches, ya sin notar el triste canto del Monte Sacro, nos arrojaremos llaves desde la terraza, desayunaremos juntos en esta terraza. Nos enamoraremos de tu ciudad, de sus amaneceres. Y en estas cinco habitaciones de nuestra nueva casa habitarán aquellos que volverán a ser queridos y luego se irán, se irán para siempre a Colombia, a León, a Canadá, a Ivánovo.

Nosotros, transformados en tu ciudad, estaremos para siempre desperdigados en los países extranjeros.

Las lágrimas de vidrio y el tiempo, ya no tienen importancia

Todavía no empecé a contar de ti, todavía estoy contando sobre los otros, sobre el otro. Pero tienes que perdonarme, espera un poco más. No puedo decir nada acerca de mis sentimientos sin hablar de las personas que encontré para un instante, personas que encontré para los años, de pájaros que vi y de hierbas. Recojo poco a poco este mundo, dispersado en el tiempo, que ahora está creciendo dentro mí, quien dejó tu ciudad y mí otra, quien vivía en tu ciudad hace años. Recojo poco a poco este mundo y te lo doy a ti porque tu lo has iluminado con la luz de la simplicidad y la sabiduría.

¿Todavía me estás escuchando? ¿Sigues estando de pie junto al río que se llama Darro? ¿Y la tarde sigue de pie junto a ti? Quiero ser familia de vosotros dos, quiero que vosotros dos adivinéis mi silueta que se acerca y la guitarra.

Yo bajo por la estrecha calle de Albaicín, deambulo, adivinando los cruces de las calles,

voy a la catedral a mirar a la Virgen María. La catedral y la calle llevan mucho tiempo sin nombre, sus nombres han sido olvidados por mi hace mucho tiempo. Sí, y la imagen de María tan poco la puedo revivir en mis recuerdos. Solo recuerdo los ojos de la Virgen María en una cara de porcelana limpia y las lágrimas de vidrio.

Lágrimas de vidrio. Si me reconocieras hoy entre los que pasan, en la multitud, no creerías en mis ojos húmedos. Ni siquiera son las lágrimas de vidrio. Son la eterna lluvia de diciembre. No puedo borrarlos de aquellos grises y tranquilos días en los que vagaba por las mañanas bajo las paredes del palacio del sultán. Llovía y las lluvias olían a jazmín.

Sé que me estás escuchando. Sé que lograrás escucharme. Porque siempre me escuchaste. Siempre me escuchaste atentamente. Incluso cuando yo callaba. Tu eres paciente. Eres sabio y no tienes prisa. Ya sabes, allí, en una tarde, en la abadía del Monte Sacro, tampoco tenía prisa. Por primera vez yo no tenía prisa. Me senté en una montaña alta, sobre tu ciudad, inmersa en una fiesta. Las margaritas y las amapolas y otros flores amarillas sin nombre, florecieron a mi alrededor. Los pájaros vagaban por la abadía

abandonada y los últimos rayos del atardecer se deslizaban. Pero el cielo seguía siendo azul, claro. Ni una sola gaviota.
Al otro lado del abismo, en el que caballos bien alimentados pastaban cerca de una granja, el palacio del sultán se volvió completamente carmesí. Miré a tu ciudad y al palacio de este sultán, miré por donde caminaba, donde vivía, donde soñaba. Y pensé que ahora estaba deteniendo el movimiento, que estaba observando mi mundo desde afuera. Aunque el tiempo seguía pasando, solo que de repente perdió su importancia. El tiempo se volvió impotente sobre lo que sentía. El tiempo se volvió ridículo y pequeño frente a estos pájaros e hierbas, frente al recuerdo de ti.

Calcetines del tío americano

Tú mismo ves, no es tan fácil poner en orden mi relato sobre ti. Los animales, pensamientos, nombres, todos felices y locos, irrumpen en esta historia. Pero si me concentro, probablemente podré recordar todo y en orden.
Estaba hablando de la nueva casa que encontramos Leo yo. En esta casa ya vivía un chico de Colombia, Jonathan. Era alegre y

generoso. Tocaba la guitarra y compartía conmigo los churros con chocolate y fresas con leche. Recuerdo muy poco acerca de él. Solo recuerdo que en los primeros días caminamos juntos por tu ciudad y recordábamos nuestras ciudades abandonadas. En invierno, hacía mucho frío. Yo una vez, no tenía ropa de abrigo. Jonathan me dio su abrigo rojo y así pasé la mayor parte del invierno.

También recuerdo como mi tío de América me envió dos paquetes. Siempre vinieron en mi ausencia directamente a nuestra casa, en el primer piso enemigo. Y cada vez Jonathan los recibió por mí. Esperaba con mucha curiosidad estos paquetes, de igual modo a como esperaba unas cartas, el verano y el calor, mi regreso a la ciudad abandonada con gaviotas. En los paquetes encontré un abrigo, algunos suéteres, chaquetas, pantalones. Mucho de esto se lo di, al dejar tu ciudad, a Lina. Ahora recuerdo con una sonrisa los calcetines enviados por mi tío de América. Estos eran calcetines blancos, un par con rayas rosadas, el otro con rayas verdes. Quería compartir mi regalo americano con Markush. Mezclamos ambos pares de calcetines. "Así los calcetines con rayas rosadas

no parecerán de niña", me dijo Markush. Y cada uno de nosotros comenzó a usar un calcetín rosa y el otro verde. A Jonathan del paquete no le di nada. Con el tiempo, Jonathan encontró a otros amigos con los que pasaba más y más horas, yo, a la vez, encontré al amigo Markush.

Hermandad de los felices

Cuando Markush vino a vivir con nosotros, ya vivíamos tres en el segundo piso: yo, Leo y Jonathan. La llegada de Markush dividió nuestro piso en ricos y pobres. Por supuesto, era una broma mía y de Markush, ni Leo ni Jonathan lo sabían. Pero gradualmente la broma se convirtió parecido a una fraternidad. Recuerdo que siempre a escondidas ponía ahora una cebolla, ahora una zanahoria o una galleta en su caja de la cocina o en una bolsa colgada en su puerta.

Leo era rico: por la mañana tomaba cacao verdadero con leche. Una vez, Markush y yo hicimos el cacao a nuestra manera especial: mezclamos leche con agua, la hervimos y le agregamos una rebanada de chocolate. Resultó aún más sabroso que el cacao de Leo.

Recuerdo que nuestra amistad comenzó de alguna manera inmediatamente, de alguna manera por casualidad. No sabía nada de Markush, aunque él era hablador. Pero supongo que yo estaba demasiado callada. Markush hablaba con Leo y Jonathan. Hablaba mucho. Yo en cambio, tomaba la guitarra y a escondidas, salía a la calle a tocar debajo del arco cerca de Plaza Larga. No quería decirles a dónde iba con la guitarra. Pero Leo me vio una vez debajo del arco. Él sonrió con sus ojos verdes franceses. Pasó sin parar. A excepción de Leo, nadie sabía que estaba tocando en la calle.

En una de estas salidas con mi guitarra, antes de una bifurcación que conduce a los "Cuatro gatos", encontré a Markush. Estaba sentado en la tierra, flaco y delgado, tenía unas enormes sandalias encontradas en algún lugar. Estas no eran sus sandalias. Y la camisa tan poco era suya, ahora lo sé con seguridad. Por debajo de la camisa, estirados bajo la garganta, sobresalían los nudillos de los hombros, bronceados y delgados, como los de pájaros. Una aguda nuez se veía en el cuello, así como una nuez de Adán, una nariz jorobada aparecía en la cara. Markush siempre parecía flaco y hambriento. Y de alguna

manera recordaba a Don Quijote. Él no podría ser otro sino esto.
Markush estaba sentado en la bifurcación de dos caminos que conducían a nuestra casa y dibujaba. A sus pies, colocó bocetos pegados con cola al cartón. Me detuve. Me acerqué a él. Estaba serio y triste. "Voy a comprar éste", le dije. Los dibujos eran baratos. "No, te lo regalaré, elige", respondió. Yo sin embargo compré un boceto.
Ahora recuerdo esa tarde y entiendo que Markush no sabía ganar dinero. Fue un verdadero artista. Eligió un lugar donde no pasaba ni un solo turista. ¿Quién le compraría estos dibujos? Pero era un lugar hermoso, un hermoso balcón y aquí podía dibujar. Allá abajo, junto al río, que se llama Darro, caminaban manadas de hermosos turistas. Allí se podía ganar mucho dinero. Y yo ganaba este dinero allí y luego compraba comida con este dinero y, a veces, compartí la comida con Markush.
A partir de ese mediodía empezamos a ser amigos, la fraternidad de los pobres comenzó a existir oficialmente, convirtiéndose en la fraternidad de los felices.

Pulsera de granate y té de mi abuela

Markush gastaba todo el dinero para pagar la habitación, aunque no era cara. En la comida, se dejaban pocos centavos. Pasaba días enteros en su cuarto oscuro, iluminado por una débil bombilla sin pantalla. Debido a esta tenue luz, la habitación parecía una cueva. Markush antes vivía en una cueva, una de las que hay en el cerro del Monte Sacro. Por lo tanto, no se daba cuenta de la oscuridad.

En la calle, recogía trozos de madera y cajas con las que se trasporta la fruta. Tenía una sierra, clavos, un martillo y algunas otras herramientas. Me encantaba verlo trabajar, me encantaba escuchar los golpes del martillo en su habitación. La sierra de Markush era la misma que la de mi abuelo. Parecía que yo estaba volviendo a mi infancia, parecía que no tenía todavía esta vida adulta con documentos, trabajo, estudio. Todo desapareció de repente y la infancia volvió: estoy corriendo hacia el abuelo que está en el puesto para llamarlo a comer. El puesto huele a virutas y estas virutas de oro se mezclan con la nieve blanca que vuela por la puerta abierta por mi.

De las tablas de madera amarillentas Markush me hizo una estantería. Puse mis nuevos libros en esta estantería: La historia de la literatura española, El diario de Ana Frank, El poeta en Nueva York, El viejo y el mar. Cada libro era querido por mí, cada uno tenía su propia historia, sobre la que contaré más adelante. Además de los libros, también había un pequeño frasco donde una vez estuvo un queso en el estante. En este frasco, ponía el dinero que ganaba con la guitarra. Ahora, recordando tu ciudad, entiendo que en ella se podía ser feliz incluso con este dinero echado en el frasco donde una vez hubo un queso. Durante todo el año de mi vida en tu ciudad, me compré solo un vestido que me costó cinco euros y una bufanda que también me costó cinco euros. También una pulsera de granate para mi hermana por quince euros.

Fuimos a elegir esta pulsera Markush y yo. Vertí todo el dinero del frasco en mi bolsa verde y comenzamos a bajar por las estrechas calles de Albaicín hacia el lujoso centro de tu ciudad. Allí, en el mercado oriental, en una tienda que vende plata hecha a mano, encontramos esta

pulsera: escarlata con semillas de granada y una ramita delgada de una cadena de plata.
Un constante gastar dinero, cuarenta centavos, fue la compra del chocolate caliente en vasos de plástica en la universidad. Yo compraba este chocolate caliente solo porque me recordaba al chocolate caliente de la ciudad con gaviotas. Todo el tiempo comparaba el sabor del chocolate caliente en tu ciudad y siempre me parecía que allí era más sabroso. Todo lo mejor y hermoso estaba allí.
Ahora he regresad a la ciudad con gaviotas. He regresado. Y bajo esta lluvia gris que irrumpe por mi ventana, recuerdo el chocolate de cuarenta centavos en tu ciudad y entiendo que solo el té de mi abuela, de color rosa, blanqueado con leche, sabía mejor.

Cuarenta centavos de chocolate caliente

Pero no hay que hablar mucho de este chocolate, porque es una cosa pequeña. Aunque incluso la cotidianidad de cada día me es querida ahora. De lunes a jueves mis días fueron los mismos. Por la mañana, a las ocho, iba a la universidad y permanecía allí hasta que la biblioteca cerraba. El viernes no había clases.

Pero seguía en la biblioteca de ocho a ocho. Ese es un esquema simple y cuotidiano. Pero allí, detrás de la superficie de este esquema, existía yo misma.
Recuerdo que en los primeros días de mi vida en tu ciudad, vagaba inquieta por la biblioteca hasta que encontré el diario de Cesare Pavese "La capacidad de vivir", escrito en italiano. Comencé a pasar mucho tiempo releyendo sus páginas y todas las líneas seleccionadas de allí podían determinar mi estado de alma, lo que sentí en el sótano de la biblioteca, en la península Ibérica, a mil kilómetros de la ciudad con gaviotas.
Poco a poco, este sentimiento de soledad e inquietud desapareció, porque empecé a acostumbrarme a tu ciudad. Aún así, me costó mucho tiempo borrar definitivamente los recuerdos de la ciudad con las gaviotas.
Los primeros meses en tu ciudad, me sentí extraña e innecesaria y, para ahogar estos sentimientos, iba a tomar chocolate caliente por cuarenta centavos, cerraba los ojos y me imaginaba en la ciudad con gaviotas. Ahora estoy cerrando los ojos y me imagino en tu ciudad. Ahora todo ha vuelto a ser lo que era

antes, solo que me duele un poco, solo que ahora soy una extraña en este paraíso perdido.
Pero de nuevo estoy contando sobre mis sentimientos. Pero espera un poco más. Ya estoy muy cerca de ti. Y ya no me voy a ninguna parte.

Jardín de naranjas cubierto de rosas

Mi frenético ritmo de vida fue detenido por tu ciudad y durante mucho tiempo, no pude acostumbrarme a su paz. A sus medidos días tranquilos. Las bibliotecas cerradas el sábado y el domingo me arrancaron de mi vida precedente. Al principio me resistía a esto, intentando estudiar en casa. En vano. Tu ciudad me atrajo, me atacó, me detuvo, cerró mis libros. Y luego poco a poco, pero inevitablemente, comencé a convertirme en un vagabundo.
Los fines de semana me despertaba por las mañanas en mi habitación, en la que empezaron a aparecer poco a poco las cosas: una taza y una lámpara compradas en Alcampo, una estantería de Markush, una guitarra que me prestó el Músico de ojos verdes. Me despertaba el sol brillante que abría de par en par mi ventana. Me

levantaba y miraba al jardín de naranjas, cubierto de rosas. No miraba el reloj sino este jardín, como si estuviera mirando un reloj. Y cuando veía que las contraventanas de la casa blanca de frente todavía estaban cerradas, sabía qué hora era. Siempre tenía ganas de despertarme temprano y cuanto más tiempo vivía en tu ciudad, más fuerte se volvía este deseo codicioso. Una vez me di cuenta de que al fin tenía que irme de tu ciudad. Intenté agarrar del tiempo unos segundos más, como si fuera otra taza de chocolate caliente de cuarenta centavos.

Este jardín de naranjas de enfrente, cubierto de rosas, se volvió muy querido para mí al final del año. Me acostumbré a los dos viejos que vivían allí. Los reconocía en la calle. Pero ellos no me reconocían y ahora no me reconocen. Nunca me vieron. Así, como aquellos días, ahora la veo, gruesa y viva. Y a él delgado y canoso, apoyado en un bastón, con un eterno sombrero de ala estrecha en la cabeza. Por alguna razón, cuando lo miraba, siempre pensaba en la guerra civil.

A menudo, lo observaba mientras caminaba por su jardín con fuentes en el centro, examinaba las rosas y recogía naranjas. Perros pequeños

corrían detrás él. No eran de raza pura en absoluto.
Por las contraventanas de sus ventanas, reconocía la hora del día y por su ropa, adivinaba el cambio de estaciones. Siempre estaban juntos. Estaban sentados juntos, hablaban juntos, iban de compras juntos. Por la ventana de ellos veía la sala de estar. A través de la ventana solo se veía un trocito de la mesa cerca, en la que se sentaba ella. La veía, encorvada, pensando en algo. Ella podía estar así durante mucho tiempo y por alguna razón me recordó como mi abuela solía sentarse cerca de la mesa de la cocina durante el invierno y miraba al patio cubierto de nieve. Probablemente me esperaba.
Y de repente me sentía un poco triste. Y quería que sus hijos y su nieto vinieran pronto. Y me alegraba más que ellos cuando llegaban: una española hermosa y fuerte que recogía naranjas del árbol, podando rosas, su hija y nieto. Y luego todos se reunían en el tranquilo jardín de la tarde y observaban cómo un bello y fuerte nieto español, limpiaba la fuente.

Mañana, barrendero y la acuarela de Leningrado

Siempre me levantaba temprano, cuando en la casa todavía estaba todo en silencio. Todos dormían: Leo dormía, Markush y Jonathan dormían. Me encantaba el silencio matutino de nuestra casa. A veces, cuando me levantaba temprano y me inclinaba sobre la barandilla del balcón, vía a Stephen fumando en la ventana de su habitación y sonriéndome. Él fumaba lentamente, mirando hacia el cielo de la mañana. Y así nos estábamos en nuestros balcones sobre tu ciudad en una clara mañana sin nubes. Y yo notaba cada vez más que no había una sola gaviota en aquel cielo.

A menudo sorprendida por el silencio y la belleza del domingo por la madrugada, dejaba el desayuno, sin lavarme ni vestirme, salía de la casa. Tan libre, tan feliz y libre, estuve hace mucho tiempo en casa de mis abuelos. Sí, en casa de mis abuelos me despertaba por la mañana, salía corriendo, llena de calor y de sueño, en el jardín de otoño, frío por el rocío y buscaba una manzana "antonovka" escondida en la hierba. Una amarga manzana helada por el alba.

Todo se fue pero todo volvió a pasar. Y estoy feliz de recordarlo: de las manzanas "antonovka", colocadas por una abuela en fila en un escaño y de tu ciudad por la mañana que se extiende bajo el mirador de San Nicolás y de ti, a quien puedo dedicar todas estas paginas.
Despeinada y feliz, corría por la estrecha calle de San Cristóbal hasta Plaza Larga, donde todavía no habían empezado el mercado. Desde allí, bajo el arco, donde por las tardes tocaba la guitarra y desde allí, una larga y antigua calle hasta el mirador, que todos llamábamos Mirador Saint Nicolás.
Es el lugar más turístico y hermoso en el corazón de Albaicín. Por eso en el Mirador San Nicolás era muy raro encontrar un lugar libre para sentarse en la barandilla y observar tu ciudad desde arriba. Pero por las madrugadas, especialmente en diciembre, este lugar estaba tranquilo. Sólo el barrendero barría las hojas doradas. Y a veces tampoco él. Me sentaba en la barandilla y guardaba silencio. Frente a mí, el palacio del sultán, silencioso y todavía dormido, se alzaba en una montaña distante. Detrás de él, Sierra Nevada cubierta de nieve. Por debajo se veían los caminos que se alejaban dando vueltas

entre las casas donde dormían las personas, donde se despertaban. Yo era una diosa riendo, una de las diosas riendo. Me sentaba en la barandilla y me enamoraba de tu ciudad. Y tenía miedo de volver a la ciudad con gaviotas. Volver una vez.

A la izquierda del Mirador había una mezquita blanca como la nieve. Recuerdo que en el patio de esta mezquita florecían rosas a lo largo de todo el año, hermosas rosas fragantes. Y siempre pasaba por esta mezquita cuando quería acortar el camino hacia el río, que se llama Darro.

Abrieron la mezquita, aparecieron los primeros turistas y yo me iba, llevando conmigo esta secreta cita matutina con tu ciudad. Una cita sobre la que, aparte de nosotros dos, nadie sabía. Se despertaron todos en nuestra casa, todos excepto Leo. Stephen de nuevo fumaba pero ya en la terraza, cruzando las piernas y tomando el café salubre con leche. Markush cocinaba algo en la cocina, algo simple y barato. De harina y agua hacía pan. Sólo harina y agua. Pero independientemente de los productos simples que tomaba, siempre le salía todo muy sabroso. Yo repetía todo después de él, quería aprender

todo. Cocinábamos los mismos pasteles de pan, los lanzábamos al aire, tratando de darles la vuelta dos veces. Luego hicieron té. Yo el té de jengibre, él de una bolsita. Markush a menudo iba a desayunar a su habitación pero a veces lo llamaba a él para desayunar en la habitación, cerca de la terraza. Desayunábamos con pasteles de pan y té en bolsitas.

Desayunábamos y no teníamos prisa por ningún lugar. Leo se despertaba, iba a beber su caro cacao y buscaba constantemente su jarra para poner cereales. Y nunca la encontraba, porque su jarra me parecía una maceta. Dos veces plantamos flores en ella y dos veces Leo tenía que comprar una jarra nueva. Finalmente, Leo salía con su cacao y un cigarrillo a la terraza, donde Stephen todavía se estaba bronceando y hablaron durante mucho rato en inglés. Leo entrecerraba los ojos verdes del sol y su acento francés se extendía desde la terraza al jardín de naranjas cubierto de rosas. Allí ladraron dos perros, dando la bienvenida a sus viejos dueños que salían al jardín de naranjas. Después Markush se iba a la habitación a dibujar, a pegar y a construir. Yo me iba a mi habitación para leer o tocar la guitarra.

Antes del almuerzo, no salíamos de casa. Pero al acercarse de la hora de la tarde, Markush ponía lápices y una libreta en su mochila y se iba al patio donde se reunían los hippies para tomar el sol o dibujar.
En invierno fui a mi casa. Le compré a Markush lápices checos Kohinor. En la Unión de los Pintores, visitando a papá, conté de Markush. Y el artista de honor de Rusia, el tío barbudo Yura de mi infancia, sacó una acuarela de Leningrado. Un bonito y nuevo paquete de colores. "Regala esto a él", dijo.
Markush nunca agradecía nada, se acostumbró a que lo ayudaran porque él mismo ayudaba a los demás. Solía vivir en cuevas donde todo estaba compartido en partes iguales. No me dio las gracias por la pintura. Pero sé que los usaba cuidadosamente. Y todavía dibuja con esos colores. Qué extraño, el chico español está pintando tu ciudad con mis colores de Leningrado.

Una chica que sonrió en el vacío

Por la tarde, yo también salía de casa con la guitarra. Vine a tu ciudad sin guitarra. Probablemente, por eso la soledad de los

primeros dos meses fue tan aguda. De esa soledad me recuperé mucho más tarde. En tu ciudad, en los primeros días, solo conocía a Manuel, un músico que vivía en la cueva. Pero cuando llegué a tu ciudad, Manuel no estaba ya aquí. Él pidió a la gitana enamorada de Albaicín que me diera una casa por un par de días. Cuatro días después encontré a Leo y la habitación. Manuel volvió un mes más tarde después todo esto.

Me sentía feliz por su regreso. Tu ciudad inmediatamente se volvió un poco más cercana. Caminamos con mi amigo Manuel toda la tarde por el Albaicín, hablamos de Croquetta, que se fue por el sendero del olivar. Y durante toda la noche intentaron coger una granada ya maduraba de una rama que colgaba en una de las calles.

Una vez caminábamos por Plaza Larga, cuando dije que me faltaba una guitarra. Manuel sonrió y dijo: "No te preocupes". Cruzando una de las calles que yo aún confundía, nos encontramos con un amigo de Manuel. Tenía prisa porque tenía que bajar a la estación. Manuel le pidió una guitarra. El amigo regresó a casa y me trajo una guitarra para todo el fin de semana. Recordé

esta calle, tan poco familiar entonces a casa y la terraza donde secaban los calzoncillos de colores. Más tarde, después de los meses, me acostumbraré a pasar por esta calle todos los días, por la calle que una vez me pareció muy ajena. Esta calle está a dos pasos de la cafetería “Cuatro gatos”.

En aquella tarde, cuando conseguí una guitarra, toqué debajo del arco cerca de Plaza Larga. Manuel mismo eligió este lugar para mí. Me senté en su silla plegable y jugué "Cómo encantadoras son las tardes en Rusia". Y recordé que hacía mucho tiempo que tocamos esta canción juntos, mientras Croquetta nos escuchaba. Recuerdo que esa noche gané poco, aunque el lugar debajo del arco era muy bueno. Alguien siempre tocaba aquí, por la mañana un guitarrista, por la tarde un dúo de músicos. No quería ocupar el lugar de otros, quería encontrar el mío. Y después de un par de veces, dejé el arco en Plaza Larga para siempre.

Esa noche toqué un poco, porque pronto se nos acercaron otros dos músicos. Los noté parados en la distancia cerca Manuel. Todos me escuchaban. Entonces, por primera vez, sentí que me estaba convirtiendo en parte de otra

hermandad, la hermandad de los artistas callejeros. Y este sentimiento hizo detenerme y ceder a ellos ese lugar para tocar y ganar un poco de dinero. Tomé la silla, vertí el dinero en el bolsillo. Me acerqué a ellos sonriendo. El chico que tenía en la su mano la de la chica, me devolvió la sonrisa. A la vez, ni una sonrisa apareció en la cara de la chica, aunque me miraba fijamente. El chico, si dejar la mano de la muchacha, la llevó al lugar donde yo estaba tocando, descolgó la guitarra cruzada del hombro y le estrechó la mano con suavidad, como queriendo animarla. Sólo entonces la chica sonrió, en el vacío. Ella era ciega.

Almendra y todos los miradores a la vez

Manuel y yo nos fuimos. Salimos por las calles estrechas hacia algún mirador desconocido por mi. Hasta ahora, me resulta difícil encontrar una senda que conduce a allí. Nos sentamos en la barandilla del mirador y vimos matorrales de cactus debajo de nosotros y en el fondo del abismo el río, que se llama Darro. Al otro lado del río había una montaña, Albaicín y en su corazón mismo, el mirador de San Nicolás. Miré al Mirador por un largo rato, tratando de

encontrarme allí. Pero no me vi: entonces tu ciudad aún no era mía.
Ahora miro la lluvia gris sobre la ciudad con las gaviotas y veo todos los miradores a la vez. Y en cada uno de ellos, estoy de pie, en aquella mañana, cuando dejé a tu ciudad. La calurosa mañana de junio, el amanecer y el palacio del sultán, que no sabe que al día siguiente ya no estaría aquí. Sin embargo los picos nevados de Sierra Nevada, indiferentes y eternos, sabían que me fui de aquí hace mucho tiempo. Pero ellos callaron. Siempre guardan silencio.
Esa noche, Manuel también tenía una guitarra. Y tocamos con él en ese mirador desconocido y luego cerca de la catedral principal en el centro. Y así tocamos unos días más. Y fuimos a la misma montaña donde una vez caminamos entre las aceitunas y corría detrás de nosotros Croquetta. En aquella época fue julio y ahora era octubre. Manuel recogía almendras y yo le ayudaba. Capturada por la alegría de las almendras gratis, trataba de coger todas las que podía. "Deja a los demás", Manuel me detuvo. Él no prestó atención a estas palabras, comenzó a bajar la montaña. Lo seguí, arrancándome del declive de arena y aferrándome a unos arbustos.

Pensé en la fraternidad de los pobres, en el delgado Manuel que caminaba delante de mí. Y pensé en tu ciudad. Y de repente me di cuenta de que no había pensado en la ciudad con gaviotas durante mucho tiempo.
Estas almendras y un ladrillo, con el que a veces rompía nueces, estuvieron en mi armario durante mucho tiempo. Manuel desapareció pero las almendras, recogidas una vez en la montaña, yo todavía las tenía.
Cada vez menos empezamos a vernos. Recuerdo nuestras tres últimas citas. Una, después de las almendras, cerca la Alhambra. Subimos por un largo tiempo a través del antiguo bosque hasta el palacio del sultán. Es casi medianoche y tenemos prisa, queremos llegar a la cima del palacio del Sultán exactamente a medianoche, con la luna llena. Sé que esto tenía algo de misterio. Es mi primera cita con tu ciudad. Como si, a la hora señalada, acompañada por un enviado, yo subiera la antigua pendiente, cubierta de manantiales y bosques, pasaba por debajo de las antiguas puertas, pasaba bajo los arcos del palacio del sultán.
Y aquí, entre las rosas que se marchitaban y la oscuridad, nos detenemos. Y de nuevo estamos

los dioses sonrientes. Y nuevamente, desde el punto más alto de nuestra libertad, contemplamos el Albaicín dormido, que brilla a la luz de la luna llena y las ruinas del antiguo palacio del sultán. Y las rosas olían. Y tu ciudad llega exactamente a la medianoche en una cita y me lleva consigo. Para siempre.
Es importante que ha sucedido lo inevitable y ahora durante todo un año la ciudad con gaviotas en vano trata de curar mi enfermedad para la cual no hay medicamentos, excepto la primavera que dejé en tu ciudad. Excepto de la lila que floreció cerca la carretera de Murcia. Excepto las rosas de Pitiminí que florecen en una calle estrecha donde se encuentra la casa con calzoncillos de colores en el balconcito. Excepto la mimosa en febrero cerca la cafetería "Los cuatro gatos". Excepto las naranjas en tu jardín.

De nuevo sobre los dioses sonrientes y unas pequeñas flores amarillas

Los dos encuentros con Manuel están confusos ahora en mi cabeza. Lo que fue, no lo recuerdo. Pero el sentimiento de culpa ante Manuel por olvidarme de él, sigue vivo esa tarde cuando iba

bajando por la calle, pasando por la cafetería "Los cuatro gatos". Fue, me parece, en marzo. Hacía bastante fría o quizás hacía calor.
Bajaba del Albaicín, él subía con su amigo, un escritor árabe. Ambos, a pesar del tiempo que había pasado, nos detuvimos felices por el encuentro. Manuel dijo al escritor árabe que lo alcanzaría más tarde.
Cruzamos por la calle que se aleja de la cafetería "Los cuatro gatos" paralelamente al río, que se llama Darro. Caminamos durante mucho rato y hablamos. Ya estaba completamente oscuro. Tan densamente oscuro que ni siquiera oía lo que decía Manuel, que respondía yo. Las palabras se perdieron en la oscuridad. Allí, casi en el borde de Albaicín, donde comienza el Monte Sacro, nos sentamos en la barandilla en lo alto de la carretera. Observamos la ciudad en la noche, convirtiéndonos en dioses sonrientes. No, todos entonces éramos los dioses sonrientes.
Justo enfrente de nosotros, el palacio del sultán surgía lentamente, brillantemente rojo en la noche negra. Surgía hacia el cielo sin estrellas y sin gaviotas.

Una vez más, encontré a Manuel en primavera o verano. Vino a mi universidad con un ramo de flores amarillas. En el hombro llevaba su guitarra. Yo estaba corriendo de una clase a otra y, por casualidad, lo vi. "Vine a verte", dijo de alguna manera muy sencilla. "Pero tengo las clases". "Vamos, vamos a tocar al mirador". Tenía algo de vagabundo, de un feliz gitano libre: estas flores silvestres amarillas, esta figura flaca, esta enorme y vieja guitarra.
Yo no fui. Lo vi como se alejaba sin mí y pensé que él, a pesar de todo, debería haberme llevado consigo a tocar la guitarra.

Un chico ruso y el brasero

La universidad se convirtió gradualmente para mí en un lugar donde me salvaba de la nostalgia de la ciudad con gaviotas. Pero en los primeros días en tu ciudad, todavía no podía ahogar mi soledad. Mi soledad fue iluminada por la amistad de un chico de Rusia. Lo conocí en septiembre en la universidad. Cuando lo vi a él y a sus amigos, ni siquiera pensé que podrían ser rusos. Antón era pelirrojo como un irlandés. Ahora, por supuesto, pienso, ¿por qué exactamente como irlandés? Después de todo,

¿podría ser pelirrojo como un escocés o como un de Riazán? Y aun así me pareció irlandés. Su amigo a su vez me pareció un típico alemán rubio. Pero no fueron irlandeses ni alemanes y ni siquiera escoceses sino verdaderos siberianos.

Al principio, confundía sus nombres. Pero ahora no importa. Una vez Antón y sus amigos vinieron a visitarme a mi casa, una vez yo visité a ellos. Tenían cacao y comida de Rusia. A menudo después veía al chico alemán en la universidad pero cada vez más él hablaba con los polacos, vestía trajes elegantes, bebía cacao caro. Comencé a hablar con él cada vez menos. Y con Antón, por el contrario, cada vez más.

Recuerdo: caminamos yo y Antón por tu ciudad y yo estaba llorando cuando le cuento a Antón sobre la ciudad con gaviotas. Él intenta consolarme, calmarme. Pero no lo consigue. Es septiembre. Hace calor. El calor sofocante de la ciudad ajena, los rebaños de hermosos turistas. Montañas. ¿Dónde está mi paraíso perdido? ¿Dónde? Antón está tratando de explicarme que el paraíso no está perdido, que volveré allí de nuevo. ¡Cómo fuimos ingenuos los dos! ¿Por qué no sabíamos entonces que el paraíso no

estaba perdido, sino encontrado? Aunque pienso que Antón lo adivinó.
Cuando llegó el invierno y las largas lluvias grises cayeron sobre tu ciudad, me escribió una carta. En ella, adivinó tu ciudad. Pero todavía no puedo entender ¿por qué no lo adiviné yo también, por mí misma? ¿Por que ahora estoy llorando esas grises y fragantes lluvias que lavan a tu ciudad con agua bendita?
A lo largo de octubre, Antón me ayudaba en todo, con sinceridad y sencillez. Ahora vuelvo a leer algunos de sus mensajes y, letra por letra, regreso allí, a ese octubre.
Fue un frío octubre. Una vez, Doña Pepa nos trajo un brasero, un calentador plano y redondo que colocamos debajo de la mesa en la habitación que conduce a la terraza. La mesa estaba cubierta hasta el pavimento con un mantel que me parecía una colcha. Ese brasero nos unió. Por las noches nos sentábamos a su alrededor, escondíamos las piernas debajo de la mesa y nos cubríamos con el mantel. Así nos calentábamos, como cerca del fuego. No teníamos prisa de ir a ningún lugar. Por la tarde, el canto triste desde la montaña se hacía más triste. Desde nuestra terraza se veía esta

montaña. Pero no mirábamos allí. Era la montaña sagrada. Los gitanos vivían en aquellas cuevas y los caballos pastaban allí.

El brasero de nuevo y un poco sobre el té de leche con miel

Ahora recuerdo que el brasero lo tenía también el Músico. La habitación suya era pequeña y fría. Fuera de la ventana en algún lugar cercano, el palacio del sultán, cansado de la eternidad, respiraba pesadamente. Olía a rosas muertas el invierno. Miro alrededor de la habitación que está en el piso superior en la misma calle donde se encuentra la catedral sin nombre y donde llora la Virgen María con lágrimas de vidrio.

Aquí en la habitación a veces vivía con el Músico también Manuel. El sofá en el que nos sentábamos estaba cubierto con una alfombra abigarrada. A su espalda estaba apoyada la guitarra, la que será un día mía. Junto al sofá en el soporte había otra guitarra, la guitarra del Músico. Tenía miedo de rozarla. En la pared estaba colgado un instrumento musical árabe, parecido a un setar. Ahora no me acuerdo.

Y sin embargo no puedo describir esta habitación. Hay algo que huye cada vez que

pienso en ella. Una especie de misterio mágico, iluminado por la luz verde de sus ojos. El té de leche hierve sobre la estufa. El Músico se levanta, saca la tetera de la estufa, vierte el té en los vasos de vidrio y yo temo que se quiebren. Pero no se quiebran, el Músico pone en ellos miel de ámbar. Nos trae los vasos a la mesa. Escondimos nuestras piernas bajo una pesada manta que cubre la mesa redonda. Nos calentamos en brasero y bebemos té. Este té no se enfría en mucho tiempo. Igual a la taza de café blanca junto al río que se llama Darro.
Todo en tu ciudad es eterno. También tú eres eterno. Y ahora también yo soy eterna.

Nuevamente sobre el chico ruso y un poco de la bebida de jengibre

Bueno, verás, otra vez olvidé que hace mucho tiempo empecé una historia sobre ti, luego sobre Antón y, de repente, sobre el Músico. No tiene lógica tu ciudad. Tiene solamente poesías. Pero no escribía poesías en tu ciudad o sobre tu ciudad. Todo alrededor de mí fue una poesía y este brasero y el té de leche, también fue un verso. Y todos los sujetos entran en ritmos yámbicos, cuando ahora los resucito en mi

memoria que se desvanece por los gritos de las gaviotas.
Pero ¿por qué estoy hablando sobre poemas ahora mismo? Tengo que hablar sobre el brasero y el frío de perros de aquellos días. ¿Quién piensa de poesías cuando tiene frío? Antón me escribe: “¡Bebe té caliente! Cúbrete con todo lo que puedas! Si es necesario, te puedo dar una manta! ¡Puedo traerla ahora mismo!” Y luego, unos días después: "Si necesita entregar algo a su montaña desde la parte baja de la ciudad, escríbeme". Ahora estoy volviendo a leer estas líneas y entiendo que no estuve sola. Pero en aquel momento me parecía que tu ciudad me había tragado y la soledad maldita era su abismo. Probablemente por eso me enfermé. Me enfermé y pase en mi habitación una semana sin salir a ninguna parte.
“¿La bebida de jengibre y Roma te han curado completamente”, Preguntaba Antón, cuando regresé de mi pequeño viaje a Roma. ¿Cómo podría responder a estas palabras, cariñosas e ingenuas? La ciudad con gaviotas ahora era impotente para salvarme de tu ciudad, era impotente para enfriar mi febril inmersión en tu ciudad.

Era época de las lluvias de noviembre. La niebla sobre las manantiales se arrastraban desde el Palacio del Sultán, trayendo olores de rosas y granadas podridas en la tierra. Ya tuve un presentimiento de invierno, de paz y tranquilidad. Ya tuve un presentimiento de la inminente inevitabilidad de los nuevos sentimientos. Y el intento de escapar del paraíso que se derrumbaba, fue impotente y ridículo.

Me fui para la ciudad con gaviotas a mediados de octubre. Me fui por un par de días. Este encuentro con la ciudad abandonada cortó las últimas cuerdas que me ataron. Aquí todo seguía igual: avenidas ruidosas, coches relucientes, mujeres lujosas y regalos caros. Y por alguna razón, en esta cita tan esperada, vi más claramente su lujo y su ruido, su brillo y su alto costo. Y por primera vez quise volver a las lluvias grises, perfumadas por el olor de la tierra, a las lluvias que golpeaban el palacio del sultán. Quería ver las amapolas del Monte Sacro y sus margaritas blancas. ¡Qué pastoral ingenua! Pero todo fue exactamente así y ni una letra ni un sonido ni un color de las margaritas podría ser cambiado.

“¿La bebida de jengibre y Roma te han curado completamente”. Vuelvo a leer estas líneas otra vez. Y sonrío. Y una vez más entiendo que Antón era más sabio que yo. Sí, esta ciudad con gaviotas en esa cita me curó, aunque no completamente. Regresé a tu ciudad como otra: dejé mi residencia de estudiantes para siempre, entregué las llaves a director y escondí las maletas en los armarios de amigos. Nada más me traerían de nuevo a la ciudad con las gaviotas. Y de repente me di cuenta de que la ciudad con las gaviotas nunca tendría aquello que me parecía ser más precioso.

Yo estuve regresando a tu ciudad. Viajé desde la ciudad costera durante dos horas. Las montañas se alzaron sobre mí, luego los campos secados vistos por la ventana del autobús y nuevamente las montañas. El mar quedó atrás. Mar y gaviotas. Tu ciudad, rodeada de montañas, esperaba mi regreso. O tal vez no lo esperaba. Tal vez ahora soy yo la que está diciendo ser importante para tu ciudad. Quizás yo simplemente dejé una ciudad, pero no he llegado a otra. Y ahora estoy vagando entre tus ciudades y las mías, como vagaba una vez por

las montañas, entre árboles secos acostadas hacia el suelo.
Sí, aquel día todavía no sentía completamente a tu ciudad. O tal vez no entendí que no hay más y no habrán gaviotas ni la ciudad con ellas.

El Moro estaba caminando en algún lugar cercano

Habiendo vuelto a tu ciudad, la observé con más atención. Era octubre, las lluvias de noviembre aún no habían llegado. Las amapolas y margaritas todavía florecían. Todavía las nubes gruesas de invierno no habían nublado las puestas de sol de color de frambuesa y miel. Qué tranquilo, qué tranquilo será desde ahora, pensaba yo, al despertarme por la mañana y observaba en el jardín de enfrente como las naranjas maduraban y las rosas se desvanecían, como el señor empezaba a ponerse más abrigado por las noches cuando él y ella se sentaban juntos en un banco cerca su casa blanca. Y no miraban a mi ventana ni veían como ya estaba observándolos.
Comencé a caminar más a menudo por las calles de tu ciudad, con la intención de encontrar un milagro. No sé por qué, probablemente, por

aburrimiento y los tormentos de un amor moribundo hacia el paraíso perdido, decidí de repente que tu ciudad no fue accidental en mi vida. Decidí que no son accidentales estas calles estrechas, que huelen amargamente a jazmín por la noche.
Ahora lo sé, no es por casualidad todo: los mirlos, tú, las hierbas con nombres especiales, incluso las cabras salvajes que no vimos al final. No es nada por casualidad. Pero lo entiendo ahora.
Sin embargo, en aquel momento habiendo dejado la ciudad con gaviotas, me obligué a olvidar el paraíso abandonado.
Pues cada vez más a menudo por las noches comencé a caminar por las calles oscuras y estrechas de Albaicín, sintiendo que tenía que encontrar algo.
Ahora muchas de las calles por las que caminé en esos días de otoño me son muy familiares. Pero en octubre, caminaba por ellas, como a través de un laberinto, sin saber si este laberinto sin nombre tendría una salida, si saldría de eso alguna vez.
Ahora creo que no he encontrado ninguna salida del laberinto de las calles de tu ciudad en esa

noche de octubre. Sigo buscando sin poder encontrar una salida y rezo para que nunca la encuentra. Me perdí en tu ciudad para siempre.
¿Qué? ¿Por qué camino por las noches por las calles? Fue una especie de fe ahorrada desde la infancia. Es la fe en la que se puede encontrar un milagro. Y por eso camino por las estrechas calles sin nombre y busco este milagro. Más precisamente creo que la persona con la que me encontraré en estas calles tendrá que ser este milagro, mi destino o algo así. No lo sé. Tal vez tendrá que ser el alma de tu ciudad, tal vez el moro antiguo que todavía sigue mirando desde la altura del Palacio del Sultán su reflejo en los manantiales perfumados de la hierba y la lluvia. Yo tengo fe en una cosa: la ciudad con gaviotas se convirtió en el precio que tenía que pagar por una cita misteriosa en tu ciudad.
El sol caía. La lluvia ha pasado. Me siento en la ciudad con gaviotas y escribo estas líneas. Estoy aquí, pero en realdad no estoy aquí hace mucho tiempo. Los que me llaman, los que me hablan, llaman sombra, hablan con sombra. Irónicamente, justo citando Remarque, las sombras en el paraíso. ¿Soy una sombra en mi paraíso perdido?

Estoy feliz, estoy feliz de haber regresado aquí. Después de todo, este paraíso perdido me permite dibujar más claramente las calles estrechas de su ciudad, sentir más intensamente el aroma de granadas maduras, entender más claramente el significado de las citas. Todo aquí se vuelve más fuerte, más importante, más grande, más jugoso.

Cafetería "Cuatro gatos" o como huelen las rosas en tu jardín

“Mira cómo es esta ciudad”, Manuel y yo nos sentamos en la barandilla de un mirador desconocido. Es de noche. O una tarde muy profunda de octubre, profunda como el fondo de un antiguo pozo seco. El perfume de jazmín agudiza el silencio. El silencio se vuelve tan grueso y pegajoso que lentamente, como si en arenas movedizas, nos ahogáramos. Y nadie quiere ser salvado. No quiero escapar de tu ciudad. No quiero curarme de la enfermedad que Manuel, el Músico , tú mismo, los mirlos y amapolas han infectado en mi. Todos vosotros sois leprosos de vuestra ciudad. Todos vosotros y yo.

Estamos sentados en la barandilla. Allí, debajo de nosotros, bajando bruscamente la pendiente, hay una escalera entre cactus y arbustos. Está iluminada por una linterna tenue. Pero no veo dónde está la linterna. “¿Desde dónde llega esta luz?”, pregunto en voz baja. "Es la luz de la luna. La luna hecha linterna”, responde Manuel. Me parece que en algún lugar ya he oído estas palabras. Y entiendo enseguida que la escucharé el año próximo, en mi libro sobre el desierto, nacido de una soledad espesa.

"Esta ciudad es misteriosa. Creo que aquí me sucederá un milagro”. Manuel no me contesta. Él, incluso en silencio, emana la música de su guitarra. Sé que está enamorado de la música. Es un leproso de tu ciudad y se ha recetado música para sí mismo como una medicina. Solo que ella no lo cura, sino que agrava la enfermedad. Cádiz, Estambul, Alemania, Córdoba, otra vez Cádiz. Y muchas otras ciudades. Pero él siempre regresa aquí, a tu ciudad. Tu ciudad es inevitable.

Manuel calla, no me contesta. Él no niega ni confirma que los milagros sucedan. Simplemente está callado y en su silencio oigo que la fe regresa lentamente a mí, mi fe olvidada

en algún lugar de la infancia con los cuentos no contados por mi abuela. Mi fe entre los sueños de mi abuela y el remolino de nieve que dejan tras de sí los trenes que se precipitan a medianoche.
Yo tengo fe ahora.
Creo que tu ciudad ha llegado a mí, como llegan los milagros a aquellos que creen en ellos. Yo creo. Creo que todos somos dioses sonrientes. Sí, entonces, sentados en la barandilla del mirador, Manuel y yo fuimos los dioses sonrientes. Los notorios dioses sonrientes. ¿Y qué más añadir? ¿Y si sirve de algo añadir más?
Debajo de nosotros hay miles de luces. Como cuando de noche descendemos lentamente en avión sobre una magnífica ciudad. Recuerdo cómo este sentimiento es especial cada vez. ¿Qué me esperará en la nueva ciudad, cuyas calles desde el cielo parecen rayuelas en la imagen descuidada de un genio? ¿Qué sucederá cuando todo deje de ser un brillante barco navegando en el océano negro de una tierra desértica?
"¿Miras a aquella montaña?". "Sí", respondo, aunque no veo aquella montaña sino muchas montañas que se arrastran lejos de tu ciudad

dirección a mi tierra nativa. "En aquella montaña es donde el último moro del Palacio del Sultán se despidió de su ciudad, dando las llaves a los conquistadores". Nos callamos. No veo la montaña que dice. Pero veo al moro y comprendo que fue a él a quien yo buscaba en la noche pasada y anteayer y anoche y buscaré mañana por la noche en las estrechas calles de Albaicín.

Mañana volvemos a caminar con Manuel por tu ciudad. Y entiendo que no existe ningún moro hace mucho tiempo. Entiendo que no coincidamos con él en siglos. Y a la luz del mediodía, que me ciega los ojos, dejo de creer en mis sueños nocturnos.

Caminamos por las calles del Albaicín y Manuel les da nombres. Y trato de recordar estos nombres. ¿Por qué quiero recordar los nombres de las calles de tu ciudad? ¿Eso significa que el paraíso está perdido para siempre? aqui1

Las nieblas de leche del té con miel

Manuel es vagabundo. Recuerdo de nuevo Cádiz, Estambul, Córdoba, Alemania, su cueva y Croquetta. "¿Por qué eres vagabundo?" Voy a preguntarlo. Pero no pregunto porque estamos

caminando por la calle, por la misma donde está la catedral donde la Virgen María llora con mis lágrimas de cristal. Paramos cerca de la puerta de madera amarilla con el número 10, subimos a tientas en la oscuridad la escalera estrecha, en la parte superior de la escalera, entre bicicletas y cubos, buscamos una puerta. Entramos.

La habitación todavía huele a té de leche con miel de ámbar. En la pared hay un setar o algo como un setar. El brasero todavía no está encendido. Es octubre.

Nos sentamos en un sofá abigarrado y, esperando a su amigo, Manuel empieza a tocar su guitarra. ¿Por qué no conozco a este amigo, si todo lo que hay en esta habitación me parece tan familiar, e incluso el olor del té de leche con miel de ámbar?

La palabra "cuándo" ¿importa algo en la vida? Qué pobre y solitaria está esta palabra, qué triste y vagabunda. ¿Cuándo fue todo esto? ¿Cuándo me encontré con el Músico por primera vez? ¿Antes que él hubiera entrado en esta habitación donde estoy ahora por primera vez? ¿O muchos meses después?.

Ya no recuerdo cómo el Músico abrió la puerta, lo que me dijo, cómo me saludó. Sólo recuerdo

sus manos y su sonrisa. Ni siquiera recuerdo sus ojos, ni siquiera el nombre. Pero sus manos y su sonrisa no puedo olvidarlas. Y ya no lo intento. Tenía una sonrisa enorme, que irrumpió con música en el crepúsculo de la habitación, inmersa en las nieblas de leche del té de miel. Él está sonriendo. Él sonríe y entiendo que nunca podré describir ni volver a contar cómo sonríe. Y ahora estas dos pequeñas palabras "él" y "sonríe" son tan miserables como una guitarra sin cuerdas. Como una guitarra que nunca conoció sus manos.

Él sonríe y toca la guitarra. Pasa por la puerta y toca la guitarra. Una chica lo sigue y él sigue tocando la guitarra. Y, probablemente, me da la bienvenida, tocando la guitarra. E incluso cuando pone la guitarra en el soporte junto al sofá, sigue tocando la guitarra. Su sonrisa suena a música, sus ojos suenan a música. Son los ojos verdes. Son los ojos condenados a ser la novela de alguien.

Por la tarde, despedimos con Manuel la casa. Bajamos la escalera oscura, con las bicicletas y cubos. La puerta amarilla de madera. Las lágrimas de vidrio.

Los miradores del cielo y el pañuelo de gas de mi abuela

A partir de aquella tarde dejé de caminar por las calles anónimas de Albaicín. Y las calles gradualmente dejaron de ser anónimas. Empecé a pasear por el Monte Sacro, largos caminos entre las cuevas.

Recuerdo una de estas tardes. Estaba lloviendo y lejos los caballos bien alimentados se reían. El cielo era nocturno y por lo tanto, no se veía cómo las nubes gruesas y jugosas lo nublaban. Hacía frio. Ya no era octubre. Yo y Markush, manchados de lluvia y barro, dioses sonrientes, subimos uno tras otro por un camino estrecho hasta la cima de la montaña. La figura flaca de Markush avanzaba rápidamente. Yo miraba su espalda y sus pies con enormes sandalias y pensaba que los prisioneros de los campos de concentración se parecían mucho a él. No pensaba en nada más. Olía a lluvia, a la oscuridad, al reír de los caballos. Este camino entre las cuevas del Monte Sacro me recordaba la libertad y la huida. La huida hacia allí, al mundo escondido donde nadie me encontrará.

Tu ciudad era como el jardín de mi abuela. Recuerdo que odiaba mi escuela, especialmente

en septiembre en los primeros días después de las vacaciones de verano. Huía el primer fin de semana a casa de mis abuelos. Montaba en bicicleta y salía de la ciudad, cuesta arriba. Todo alrededor estaba color de oro. Camino dorado, hojas doradas que caían, cielo dorado por el cálido sol, pañuelo de gas dorado de mi abuela. Y las virutas en el estudio bajo los pies del abuelo también eran doradas. Y el té de rosa mosqueta era dorado y rojo, como el ámbar. Corría hacia el jardín, me subía al techo, debajo de la cereza ya demasiado madura y me sentaba allí, feliz, sabiendo que nadie, nadie en este mundo se atrevería a perseguirme, a robarme este silencio, a forzarme hacer algo.

Hasta ahora, existe este techo en el jardín de mi abuela. Las hojas también caen en el jardín enyerbado. Todavía siguen siendo de oro. Pero ahora lo sé: las cerezas demasiado maduras en el jardín vacío de mi abuela no me protegerán más. Pero ahora, en tu ciudad, en el Monte Sacro, de repente me pareció que la cereza estaba floreciendo nuevamente, que mi abuela me estaba esperando de nuevo. Que me sigue esperando en el camino, abrigada con el pañuelo de gas dorado atado sobre las trenzas grises.

Tu ciudad desde la altura de todos los miradores, desde la altura de todas las barandas y colinas, desde la altura de todas las terrazas blancas flotantes me hizo parecer una de las diosas sonrientes. Tu ciudad inevitablemente me envenenó con libertad y felicidad. Y ahora, encerrada en mi paraíso perdido, miro el sol rojo desde la altura de mi ventana, que está cubierta con las alas de gaviotas y me parece que vale la pena subir aún más y así volveré a ver a tu ciudad. Yo volveré a verla, con los ojos cerrados. A pesar de todo veo a tu ciudad y a ti. Como si fuera desde otro mirador más, el mirador del cielo.

Aquél que camina y aquella que lo sigue

¿Todavía me estás escuchando? ¿Sigues estado de pie junto al río que se llama Darro? ¿No? Sí, tienes razón, ya está completamente oscuro en la calle. Tienes que regresar a casa. Ahora ya estás cerrando, cierras tu cuaderno y te levantas. Nunca supe lo que escribiste en el cuaderno. Delgado y ligeramente encorvado, pasas de nuevo cerca de mí. Por un momento, te detienes en el lugar donde toco la guitarra, en el lugar donde, en la otra orilla del río, que se llama

Darro, sigue en humo una taza blanca de café. Quiero sonreírte. Quiero tocar mi guitarra mejor y más fuerte para ti. Pero en tus ojos veo reflejado mi lugar vacío y entiendo que ya no existo aquí, en tu ciudad.

Estás regresando a casa. Me levanto también y voy detrás de ti. Y siempre te seguiré, invisible, desaparecida.

Tú te vas. Y de vez en cuando te detienes a mirar a los pájaros, las flores, la catedral, tu pasado. También me detengo y también miro a los pájaros y las flores. Y de repente me doy cuenta de cuántos mirlos y amapolas hay en tu ciudad.

Me temo que ahora me confieso en el amor por tu ciudad. Temo que tu ciudad se esté convirtiendo lentamente en mi ciudad, que me enamore de ella. ¿Cuándo sucedió esto? ¿En aquel octubre? ¿O tal vez ahora, en el malvado ruido del paraíso perdido? Sí, así hace ruido el paraíso perdido. Lo sé ahora. No son los vientos los que hacen ruido en el paraíso perdido sino los acondicionadores de aire. Aquí las margaritas no huelen sino los perfumes caros, aquí las estrellas no amanecen sino las pantallas

telefónicas en las habitaciones y casas, palacios y villas brillan.
¡Tú ve, ve adelante! Estoy cerca de ti. ¡No mires atrás! ¡Ve y solo cree que estoy caminando por tu ciudad, ahora, en la oscuridad, a lo largo del camino iluminado por linternas! Y cada linterna se convierte en mis ojos cubiertos de lágrimas de vidrio.
¡Tú ve, ve adelante! ¡Ve y solo cree que estás no son mis lágrimas sino las lluvias! Perdóname por estas lágrimas. Me enseñaste a no llorar, dijiste que nunca perdemos nada. Llevamos con nosotros en el corazón todo. Quizás es por eso que ahora me cuesta mucho pisar la tierra del paraíso perdido: llevo en mi corazón toda tu ciudad, sus linternas, calles, mirlos, amapolas y a ti. Y los recuerdos de tu ciudad, de nuestra ciudad.

Un poco sobre cómo él bebía café en la cafetería "Cuatro gatos"

¿He dicho "Nuestra ciudad"? ¿Quizás tengo prisa de llamarla así? Porque es solamente noviembre. Tu ciudad sigue siendo un poco extraña para mi. Ya están marchitas las flores y empiezan a madurar las naranjas. Las primeras

lluvias están llegando. Markush y yo caminamos cada vez menos por las calles. Más a menudo por las noches nos sentamos en casa, en la sala que da a la terraza. Bebemos leche con chocolate disuelto, igual al cacao de Leo. O tal vez no nos sentamos juntos y no bebemos cacao. Tal vez ahora quiero pensar que todo fue así como lo imagino, que nos sentamos juntos durante muchas noches. Pero esto no es importante. Ahora, excepto ti y tu ciudad, muchas cosas no son ya importantes.

Se está poniendo frío. Desde aquella tarde en la habitación, que olía a té de leche con miel, habían pasado muchos días. No sé exactamente cuántos. Pero sé que las flores que florecieron a lo largo del camino hacia la puerta amarilla número 10 se han desvanecidos. Sé que casi todas las hojas se cayeron de los árboles cerca del río, que se llama Darro. Y todos estos días, mientras las flores se marchitaban y las hojas caían, supe que ya no me encontraría con el Músico. Ni la calle, donde está la puerta amarilla número 10 y la Virgen María con las lágrimas de vidrio.

Una mañana iba bajando a la catedral. Hacía un poco de frío. Después de la lluvia de la noche,

las calles de la mañana parecían frescas y lavadas como rosas en tu jardín. De algunas partes venía el olor de flores. ¿Tal vez olían las flores en tu casa?

Él tomaba café en la cafetería los "Cuatro Gatos".

Miro la frase escrita y comprendo que si fuera más romántica, habría concluido mi libro con esta frase y no habría escrito nada más. Nada y nunca. Todo eso es extremadamente importante, de manera concisa.

Él tomaba café en la cafetería los "Cuatro Gatos".

Me acerqué a él. "Yo he ajustado mi vieja guitarra rota para dártela", dijo. Pero, probablemente, solo ahora entiendo estas palabras que dijo el Músico. En aquel momento solo vi su sonrisa, tan grande como el universo, como la mañana y las flores en tu jardín. Una sonrisa con sabor a miel de ámbar.

Él tomaba café en la cafetería los "Cuatro Gatos".

Tu ciudad compuesta de los instantes

Rara vez visitaba al Músico. Vine a su casa por primera vez para recoger una guitarra ajustada

para mí. Me entregó la guitarra de manera simple y fabulosa. Y desde aquel momento tenía mi guitarra en tu ciudad.
Recuerdo que una vez llegué corriendo a su casa temprano por la mañana. Tan temprano que él no se había ido a tomar café en la cafetería los "Cuatro gatos". Llegué corriendo para darle aquella mañana un retrato de él pintado por mi. Lo dibujé a lápiz sobre papel fino. Probablemente no era muy similar en el dibujo. Pero mientras pintaba este retrato en mi cuarto, sentía que estábamos cerca y sonreía todo el tiempo con su sonrisa. Le traje un retrato y una naranja. Ahora, en mi paraíso perdido, recuerdo estos pequeños regalos divertidos: naranjas y un retrato poco parecido a él. También recuerdo el entusiasmo con que puse los regalos sobre la mesa con el brasero por debajo, como si fueran los regalos de los Reyes Magos.
Ya me he olvidado muchas cosas de nuestras citas, pero recuerdo que a veces nos veíamos por las tardes cuando yo volvía a casa después de estudiar. Le escribía al Músico y le decía que vendría exactamente en veinte minutos. Exactamente en veinte minutos estaré frente a la puerta amarilla número 10 en la calle, donde

Virgen María está llorando con lágrimas de vidrio y nadie puede calmarla.
No tenia móvil. Al llegar a tu ciudad yo, contrariamente a las reglas del paraíso perdido, decidí que aquí quería estar sin un teléfono. Nadie me llamaba, yo no llamaba a nadie. Quería estar verdaderamente escondida, perdida, no encontrada. Quería recordar tu ciudad como la veían mis ojos, cómo la oían mis oídos. Quería tropezar con personas, conocer a extraños, no quería llamar a nadie y apuntar las citas.
Pero primero, sin el teléfono, llegó la soledad. Me devoraba la soledad todo septiembre, todo octubre.
Entonces, ¿de qué estoy hablando? Oh, sobre el Músico. Le prometí que en exactamente en veinte minutos estaría en su puerta. Tu ciudad era nocturna. Tu ciudad nocturna olía a jazmín. Olía a jazmín siempre, incluso cuando el jazmín no estaba floreciendo. Ahora, en mis recuerdos, tu ciudad siempre huele a jazmín. ¿Qué estas diciendo? ¿Tu también hueles a esta sutil fragancia que se pierde en el aquella de jazmín? ¿Lo sientes también? Sonrío a tus palabras. Me complace que ahora reconozca el aroma de una

taza de café blanca al otro lado del río, que se llama Darro.
Corría bajando por una calle ancha y empinada, que se sumergía en la oscuridad. Luego giraba en calles estrechas y bajaba de nuevo, allá, allá, entre jazmín y rosas y luego largo el camino, cubierto de arbustos siempre secos. Recordaré este callejón para siempre. Una linterna estaba escondida en los arbustos, iluminando la esquina de la calle, su luz proyectaba las sombras torcidos en la pared blanca. Recuerdo este callejón en el verano, con la hierba verde joven que brota entre las piedras, lo recuerdo en el otoño, cubierto de hojas doradas, como el pañuelo de gas de mi abuela al sol, recuerdo en el invierno, vacío y desnudo, con un arbusto espinoso que descubrió la linterna. Pero no lo recuerdo en la primavera. ¿Por qué recordé este callejón, por qué quería recordarlo? Y la linterna, ¿por qué se quedó en la memoria? ¿Por qué todos esos momentos simples y cotidianos permanecen en mi memoria? Y todo el resto se va.
Toda tu ciudad está compuesta de instantes. Ahora yo también estoy compuesta de instantes,

de recuerdos de tu ciudad. Estoy aprendiendo a ser un instante.
Me recuerdo sin aliento, temiendo llegar tarde a la puerta del Músico, como si fuera la puerta del tren que parte, salgo corriendo del callejón con un arbusto seco. Ahora disminuyo mis pasos. Salgo tranquilamente a la calle desierta de la tarde con la Virgen que llora lágrimas de vidrio. El Músico abre la puerta amarilla. Mira desde la puerta. Me sonríe.

Desierto o como respiran los pájaros

Estamos hablando de muchas cosas. Él hablaba de historia. Su historia era una historia extraña, desconocida. Y cada vez más y más me doy cuenta de que él es el viento. Los vientos del sufismo están soplando en su alma y una vez, habiendo entendido esto, de repente me sumerjo en la soledad. Un desierto de repente aparece en mí. El desierto que no desaparecerá cuando yo abandone tu ciudad, sino que crecerá y crecerá cada vez más cuando miro el cielo con gaviotas.
Cuando él deja de hablar, toma su guitarra. Toca como si respirara. Como si los pájaros respiraran. Nunca escuché a los pájaros respirar. Pero ellos, por supuesto, respiran. Así toca la

guitarra el Músico . Así, como nadie ha tocado nunca. Recuerdo que vendrá diciembre y el Músico se irá de tu ciudad. Se irá a campos desconocidos para recoger aceitunas maduradas. En tu ciudad vacía lloverá. Y lloverá todo el invierno, mientras que el Músico recogerá aceitunas interminables, tan interminables, como estrellas dispersas en primavera sobre tu ciudad.

Esperaré al Músico. Esperaré todo aquel invierno y pensaré que un día llegará el final de esta época de aceitunas, como ha llegado el final de la época de hierro y piedra. Como ha llegado el fin a todo excepto al amor y la fe.

Tan importante para mí será mi época del olivo, que la sentirás tu también. Tu lo entenderás. Aquí estamos sentados tú y yo, en una cafetería universitaria. Tomo té verde de una taza blanca. Estamos corrigiendo mi novela. Y de repente te callas. Tu me miras diciendo "Te traje algo". Me das un pequeño talismán, un broche en forma de ramita de aceitunas. Inmediatamente la coloco sobre mi camisa. Y desde entonces, la tengo sin quitarlo.

Ya sabes, de todas las cosas hacía talismanes: de esta ramita de aceitunas, de una cruz que me

diste antes que yo partiera, de tu bolígrafo de bambú, de un espejo de bolsillo. Luego, después de haber regresado a mi paraíso perdido, comencé a convertir en talismanes, no solo tus regalos, sino todo lo que guardaba mi memoria de tu ciudad: un llave de Michael, un cuaderno, regalado por Alex, una pluma de pájaro, la guitarra del Músico.
Pero me distraigo de nuevo. Sí me distraigo y así nunca acabaré de escribir el libro de nuestros recuerdos. Aunque así es mejor: ahora, cuando escribo estas líneas, me parece que estoy otra vez sentada en el Paseo de los Tristes y toco la guitarra. Y te vas. Tú vas hacia mi.

La época de las aceitunas y nuestra novela
Cuando el Músico abandonó tu ciudad para ir a recoger aceitunas, alquiló su habitación en la calle donde está la Virgen María que llora con lágrimas de vidrio. Desde entonces siempre camino por esta calle y rozo la puerta amarilla número 10.
Recuerdo que temprano por la mañana bajé al centro de tu ciudad, entré en la catedral, me senté en el banco. Es silencio aquí. Escribo en mi cuaderno sobre el Músico y una chica

cansada de esperar, disuelta en espera. Y escribo sobre el hecho de que la época de aceitunas no tendrá fin. Recuerdo que la metáfora de la "época de aceitunas", me admiraba, no dejaba la imaginación todo el tiempo cuando no estudiaba en la universidad y no tocaba la guitarra.
Yo comencé a tocar la guitarra a menudo, todos los fines de semana. Al principio me sentía muy avergonzada de ganar dinero con la guitarra del Músico. Pero le pedí permiso. Él dijo que sí. Él no podría responder de otra manera, lo sé. Era una hermandad de músicos, una fraternidad de vagabundos.
Yo bajaba al río, que se llama Darro. Las hojas de otoño caían cada vez más a menudo, las manadas de hermosos turistas se hacían cada vez menos frecuentes, la paz de tu ciudad que se calmaba esperando diciembre se sentía cada vez más aguda. Yo caminaba por la calle con la puerta amarilla, iba a la iglesia con la Virgen María, miraba sus lágrimas de vidrio y bajaba las escaleras. Allí, donde las calles estrechas salían en el Paseo de los Tristes, me ponía en el suelo, sobre mi bufanda. Me apoyaba contra una pared áspera y cálida y tocaba la guitarra. Tocaba, acostumbrándome a este lugar. Veía a

la montaña de enfrente con el palacio del sultán en la cima. A las palomas bravías que arrullaban en el techo de la catedral.
Empecé a acostumbrarme a la gente, a reconocerla en el Paseo de los Tristes. Aquí, esta pasando una chica, bajita, con el pelo corto. Ella tiene ojos hermosos y un tatuaje en el cuello. Ella se para en la barandilla del paseo y vende brazaletes que ella misma hace. Junto a ella hay una mujer mucho mayor, canosa y flaca. ¿Quiénes son ellas? Ni siquiera sé sus nombres. Todavía no lo sé. Pero recuerdo que siempre se escapan escondiéndose en mi callejón cuando pasa la policía. No tienen permiso para vender, no se puede vender en la calle.
La policía se me acercó solo una vez. Después me hice permiso para tocar. Era un permiso hermoso, con un sello real. Ahora está colgado en mi casa, en una ciudad con patos gordos en invierno. Era el permiso temporal para tocar en la calle. No quise obtener el permiso indeterminado. Para el permiso indeterminado, volveré un día. Dejaré todo en mi paraíso perdido: palacios y castillos, coches y salarios. Iré a tu ciudad en otoño, cuando todas las hojas

caigan, cuando tu ciudad esté solitaria en el silencio de sus sueños eternos. Vendré con la guitarra del Músico y me sentaré en el Paseo de los Tristes. Pondré el permiso real para tocar eternamente en tu ciudad, como una condena. Y tocaré hasta que pases tu una vez, hasta que te detengas y preguntes si soy yo.
Y en silencio asentiré con la cabeza.

Un cabriolé, la sonrisa de un novio de otra y un poco de Chopin

Ahora conozco a muchos en el Paseo de los Tristes. Este paseo que es el terraplén no se parece en nada a terraplén, sino a una calle estrecha, por un lado delimitada por edificios, por el otro, por barandilla, que se quiebra en el río bajo, que se llama Darro. Cuánta gente me encontraré en esta calle.
Recuerdo, pero bastante vagamente cómo se arrastraba por el Paseo de los Tristes una leyenda de que me gustaba el chocolate. Ya sabes, no me gusta el chocolate en absoluto. Pero siempre me trajiste chocolate de leche y desde aquel momento el chocolate empezó a gustarme. Toda la hermandad de la calle, la chica con tatuaje y su compañera de pelo

canoso, un hombre de la cueva que vendía artesanías hechas de cuero, todos ellos vieron cómo me traías el chocolate, luego naranjas, y cuando llegó la primavera, las rosas. Y luego ya no vieron nada, porque cambié mi lugar a otro y finalmente me gustaba mucho aquel lugar. Estaba sentada justo enfrente de la misma ventana, que aún humea con el café en la taza blanca.

Al escuchar esta leyenda del chocolate, la chica del pelo corto me dio una vez chocolate. "Tenga, cariño", me dijo. Entonces quise regalarle algo a cambio. Una vez que la puse en el tablero donde ella colgaba las pulseras para vender, una rosa que me trajiste. Perdóname, quería regalare a ella la flor más hermosa aquella tarde.

Me encantaba tocar en el Paseo de los Tristes. Hace mucho tiempo que me acostumbraba a los pies, a los zapatos, a pasar de los coches raros, a las tardes en el Paseo de los Tristes. Solo que no estaba acostumbrada a ti todavía.

Mucha gente pasa cerca de mí. Alguien se detiene por un largo rato. Aquellos que se detienen por mucho tiempo quedad a vivir en mis recuerdos. Pero a veces me recuerdo a

aquellos que solo por un momento me echan su mirada, sus sonrisas. Toco, toco la música de vuestras sonrisas. Elijo la melodía más simple y la toco, mirando a vosotros fijamente. A vosotros sonrío, atrapando vuestras siluetas que pasan, y se van.
Los sábados, el Paseo de los Tristes es ruidoso y lleno de alegría. Las compañías ruidosas se detienen frente a mí, pidiendo tocar algo divertido. Pero no sé melodías divertidas. Bajo mi mirada. Estoy esperando que vosotros paséis. Aquí viene un chico, elegantemente vestido, con gafas. Se arrodilla frente de mí, como si estuviera frente a una niña bajita. Me mira directamente a los ojos. Entre él y yo está solo el vidrio de sus gafas francesas. "Déjame por favor tocar tu guitarra. Yo también toco la guitarra. He estado soñando toda mi vida tocar frente al palacio del sultán, Capricho Árabe de Tarrega ".
Conozco este Capricho y conozco este sueño que una vez fue el mío.
En ese instante, que se concentra en el vidrio de las gafas francesas, le doy la guitarra. Él se va. Se aleja de mí, perdiéndose con la guitarra del hechicera en la muchedumbre. Y de repente

empiezo a llorar. De repente me doy cuenta de que si él no regresa, no tendré más la guitarra del Músico. Lloro porque me parezco a una niña. Estoy llorando porque quiero que regrese para que me devuelva la guitarra. Solo quiero creer a vosotros que pasáis desconocidos cerca de mí.

Y él vuelve, me pone 10 euros. Me agradece. Y luego guardo esta blanca nota, porque me parece que todavía hay un perfume sutil de sus hermosas manos y del perfume francés que ya se ha desvanecido de mi memoria.

Qué extraño, a menudo quiero guardar las monedas lanzadas por los más especiales de vosotros que pasan cerca de mí. No, todos sois especiales, pero algunas monedas son caras porque nunca veré a aquellos que me les han lanzado. Pero además de las monedas me lanzáis sonrisas. Recuerdo una de esas, una especial sonrisa de un novio desde el cabriolé blanco. Todo es blanco: la novia, el cabriolé, el traje de novio. Todo es fragante, como la taza de café siempre humeante en la ventana opuesta.

¿Quién sois vosotros que me sonreis? Nunca volveré a reconoceros.

Aquí alguien se detiene, se apoya en la barandilla de piedra, me escucha. ¿Oye mi música en el ruido de los coches que pasan? Se para y me escucha, pues notando mi mirada, se avergüenza, buscando una **bancanota**. Espera un minuto. No me sirve nada, espera. Me lanzarán más dinero aquellos que simplemente pasan cerca de mí sin detenerse. Y tú, solo escúchame.

Pero el detenido no divina mis pensamientos. Tímido, me pone una moneda. Se va. Se va desconocido. Extraño, como era.

Alguien pide tocar el romance de Gómez. Lo toco, sé, que él lo pidió tocar este romance para su mujer que está parada cerca. Qué extraño ser parte de la confesión de amor de alguien. Yo toco. Y ahora tengo miedo de cometer un error más que cuando toco por dinero.

Aquí hay un hombre elegante. Oh! Reconozco a Usted de inmediato. Tenéis un sombrero, una chaqueta blanca. Le reconozco por las orejas ávidas de un músico, por los atentos y penetrantes ojos de un músico. ¿Ustedes calificáis mi música? Y tengo un poco de miedo. Adivino quién eres antes que Usted escuche mi música no profesional. Intento

recordar los acordes complejos, desarmo a Usted con Bach y un poco de Chopin. Y Usted asiente con aprobación, lanzándome dinero generosamente. Y Usted se va, creyendo que las patillas suyas de cantautor y el traje de conductor de orquestra no han sido adivinados.
Aquí hay algún tipo loco que se para cerca de mí. Se sienta, me escucha. De repente comienza a cantar, decidiendo que ha adivinado el motivo. Canta durante mucho tiempo, golpeando a la vez, en las piedras con un palo. Luego se va.
Toco de nuevo, toco la guitarra, toco con la música de vuestras sonrisas. Te estoy esperando a ti. No voy de aquí a ninguna parte. Y no iré de aquí a ninguna parte. Estoy cerca de ti.

Rosas de crimea

Tú llegaste aquel día de octubre, del que ya he hablado. Y desde entonces llegarás siempre por la tarde trayéndome naranjas y rosas. Pongo las naranjas en la funda de la guitarra, donde me arrojan monedas y flores. Las rosas las pincho al pelo. Me encantan las rosas que me traes. Nunca he visto rosas tan grandes, rosas de tu jardín. Florecen fragantes y enormes, como la sonrisa del Músico.

No hay tales rosas en mi país. Desde la infancia no recuerdo flores tan exuberantes. Pero ahora me acuerdo que se parecen a las rosas de la Crimea. Crimea, El sol, el sol dorado como el pañuelo de gas de mi abuela. Papá trae a mamá enormes rosas color crema todas las mañanas. Quizás este recuerdo ya no sea verdadero, sino los sueños mezclados con los cuentos de Chekhov y Bunin. Pero esto no es importante.

Una vez pasa por el Paseo de los Tristes Inma. No, yo, por supuesto, no sé que esta mujer se llama Inma. Hay algo fuerte, enérgico en ella, la presión de la fuerza y la energía. Detrás de ella hay un hombre de pelo canoso. Aquí Inma se detiene frente a mí, a poca distancia. Hace un signo con la cabeza, preguntándome si puede tomarme una foto. Luego descubro que Inma está fotografiando a músicos y bailarines de flamenco. Es un halago para mi. ¿Mi vestido rojo comprado a Ivánovo, las rosas de tu jardín en mi cabello y el rojo en mis labios la engañaron? ¿O tal vez tu ciudad empieza a hechizarme, convirtiéndome en otra?

Inma me enviará después estas fotos. Luego me invitará a su exposición en otoño. Pero estaré lejos, en mi paraíso perdido. Y las gaviotas

blancas deshechizarán lentamente el dulce hechizo de tu ciudad.

La música de tu ciudad

Recuerdo que en el Paseo de los Tristes me han regalado dos retratos de mí. Uno lo pintó para mí un escultor, el otro, de un pintor desconocido.

De este retrato solo me queda un recuerdo. Recuerdo una tarde calurosa, pero no recuerdo el mes. Todo en tu ciudad está mezclado: los días y los olores de las flores, los meses y las sonrisas de los extraños. Él se detiene en silencio en mi callejón que da al Paseo de los Tristes, se sienta en silencio sobre las piedras, saca en silencio una hoja enorme de papel doblada y un lápiz verde. Dibuja en silencio. En silencio me mira. Pero no me ve. Me dibuja y por esta mirada me parece que yo no existo. No existo, como ahora, cuando estoy hablando contigo, cuando te sigo, juntos con la tarde, que está llegando en una cita contigo.

En silencio termina el retrato, lo pone en la funda con las monedas y naranjas. Se levanta en silencio y se va. Para siempre. Ni una palabra Solo tengo este retrato. Lo llevaré a mi casa, a

mi amada ciudad con patos gordos. También se convertirá en un talismán.
A veces me pregunto qué será de todos estos talismanes cuando me vaya. ¿Quién los van necesitar? ¿Serán salvados o desechados, como hacía yo con los talismanes de otros? Probablemente tendrán razón si mis talismanes se tiran, porque hay que liberar una vida para nuevos sentimientos, para nuevos sueños.
De nuevo, empiezo a hablar mucho de tonterías. Pero ni siquiera hablé sobre el segundo retrato, sobre el retrato del escultor. No recuerdo su nombre. Aquí se detiene delante de mí, saca lápices de acuarela, su cuaderno con muchos bocetos, dibuja. En el retrato soy yo, cielo azul, guitarra color naranja. Todo es de color, yo soy sin color. Y me parece que ahora estoy captando alguna conexión entre estos dos retratos. Ahora me parece que ambos artistas me notaron, no me vieron. Probablemente, no me dibujaban a mi sino a tu ciudad y mi música en ella. Pero no tengo celos. Me complace imaginar que estoy disuelta en tu ciudad, que permanezco en ella. Soy la música invisible de tu ciudad.

Todo es una poesía sobre tu ciudad

El escultor vive cerca del Paseo de los Tristes, un poco por encima del largo, donde por la tarde esperas que yo regrese un día. "Habíamos ocupado esta casa sin permiso", me explica el escultor. En lugar de puertas, como una entrada en una cueva, hay pelleja y manta. Nos sentamos en el suelo, sobre alfombras y almohadas. Libros sobre escultores y artistas están dispersos alrededor. Dibujos, arcilla. Bajo una manta blanca está un busto de un cantante flamenco. Me parece que el busto es muy similar. Asiento con aprobación, considerando el busto, sí, muy similar. Pero el busto no me interesa, sino el escultor mismo y su cuadro colgado en la pared: el cielo pintado transparente, absolutamente como un día de otoño. El cielo, como aquello en casa de mi abuela en septiembre. Pero de este cielo es visible solo un trocito, el resto del cuadro está ocupado por las esquinas afiladas de las paredes, paredes blancas y deslumbrantes. Miro este cuadro y sé que es una poesía sobre tu ciudad. ¿Por qué quiero recordar este cuadro, si sé que ni siquiera volveré a ver al escultor?

Un perro color crema y músicos que no eran profesionales

En el segundo piso, sobre la habitación del escultor, viven otros músicos en la casa ocupada sin permiso. Monty vive allí también.

No, primero no conocí a Monty sino a Makarena que apareció en el Paseo de los Tristes. Macarena es un perro grande de color crema, tan cremoso que entran ganas de abrazarla. Y por eso me fijo, paro de tocar, llamo el perro color crema. Pero junto con Makarena está Monty. Su pelo también es de color crema. Y la sonrisa es generosa. Recuerdo que Monty y Macarena se detienen frente a mí. Veo la cara del perro color crema muy cerca. Monty se arrodilla al lado. Empezamos a hablar. Le gusta mi música.

Así él se quedó a mi lado varias veces. Pasa, se va a alguna parte, luego vuelve y yo sigo tocando. Toco tanto tiempo que ni me doy cuenta que ya ha llegado diciembre. Ahora Monty ya se abriga más. Una vez pasa cerca de mí en bicicleta, otra vez con algunos accesorios teatrales. Y, finalmente, me invita a visitar la casa de ellos. "¿Quieres llevar a Makarena por el collar?", me pregunta. Asiento con

entusiasmo. Con las manos frías y congeladas, le quito el collar de las manos y llevo al perro cremoso por el Paseo de los Tristes. "Ocupamos esta casa sin permiso", me explica Monty mientras subimos la estrecha escalera. Reconozco esta casa, reconozco la sala del escultor. Pasamos cerca. Vamos por encima. Detrás de nosotros sube Makarena cansada. Tal vez este perro color crema es viejo.

Estoy completamente congelada. Monty me prepara un poco de té con algunas hierbas. Yo observo la habitación. Estos apartamentos los artistas vagabundos los han ocupado sin permiso. Sí, en tu ciudad hay muchas de esas casas, similares a cuevas. Recuerdo que al haber llegado a tu ciudad, quería vivir en una cueva o en una casa así. En otoño, junto con Markush, estuvimos buscando una cueva y luego una casa así. Pero no encontramos nada.

Esta casa fue ocupada por músicos sin permiso, hay luz y agua en ella. Todo lo demás lo han equipado ellos. En la habitación de Monty hay mucha gente, traen un violín. El violinista se parece a Jorge. O tal vez este es Jorge. Conocí a Jorge en la calle. Toca el violín como uno de nosotros, dioses riendo. Aunque, si un músico

profesional lo hubiera escuchado, lo habría criticado. Pero un músico profesional no tiene un sombrero con una enorme rosa escarlata, como Jorge. Nunca. Y no baila así, ni cierra los ojos cuando toca.
Jorge vive de su violín pero en su violín y en él mismo vive tu ciudad. No conozco a nadie, excepto a Jorge, de estos músicos. Por eso, muy pronto me voy de Monty. Luego, cuando me encontraré con Makarena, que aparecerá en la esquina de una calle, sabré que ahora aparecerá también Monty, su pelo color crema, su agradable sonrisa. Agitaré el pelo de Macarena, Monty se parará cerca de nosotros, con su bicicleta, con una cálida bufanda, con una sonrisa. La última vez que lo veré estará en la Plaza Larga, le traeré algunos caramelos, los vaciaré directamente en el bolsillo, prometeré llevar comida a Makarena, pero ya no llevaré nada a este perro color crema.
Por el Paseo de los Tristes también pasa Antonio . Él va por la calle con su guitarra, se detiene delante de mí. Modestamente me escucha. Un músico, pienso, temiendo su profesionalidad. Pero él escucha con demasiada atención y sencillez para ser un músico

profesional. Entonces él me habla. Prometo enseñarle la partitura musical y él a mí el flamenco. Recuerdo que vino a nuestra casa algunas veces. Le enseño música de Bach, el minueto. Veo como sus ojos se iluminan, como quiere aprender a entender la música clásica. Yo a la vez, quiero entender el flamenco, que de modo tan fácil fluye en acordes de debajo de sus manos. Recuerdo que a menudo pasa por el Paseo de los Tristes y siempre se detiene cerca de mí, enciende un cigarrillo, escucha y cuando termino de tocar me pide que le enseñe música clásica. Él dice que definitivamente irá al conservatorio el próximo año. No sé por qué, pero quiero que lo haga. Y por alguna razón sé que no lo hará. Hay algo de vagabundo, de la calle, ajeno a los conservatorios.
Cuántos habéis pasados por el Paseo de los Tristes una vez, una vez. Aquí entre ellos pasas tu también.

Tú, que te has apartado de la manada de hermosos turistas

Así nos conocimos. Aquí estamos uno frente al otro. Más precisamente, tu estás de pie, yo estoy sentada. Sigo tocando, sonriéndote, como a los

demás, aún sin saber que ahora has venido a escucharme tú, tú y tu ciudad. Y nunca te vayas, porque no te dejaré ir. No quiero dejarte ir.
Toco y todavía no sé que no eres simplemente un transeúnte que se ha apartado de una manada de turistas hermosos. Tú eres quien dará vida a mi pequeño libro "Yo soy la princesa de los zapatillos rojos". Tú eres quien me contará sobre los mirlos y las amapolas. Tú eres quien me comprará sandalias. Tú eres quien me dará de comer. Tú eres quien me enseñará los nombres de las hierbas y los pájaros. Tú eres quien me traerá partituras, silla, barras de chocolate y rosas, que siempre me pondré en mi pelo rubio. Eres la única persona que me dirá adiós cuando me venga a la ciudad con gaviotas. Tú eres quien se dará la vuelta en silencio y triste, cuando el autobús parte y se aleja.
Toco y ahora te sonrío con curiosidad. Todavía no sé quién eres.

Aguacate con tomate y los ojos bíblicos

Sí, con qué frecuencia sonrío a las personas que escuchan mi música y no sé en qué se convertirán en mi vida.

Alguien se arrodilla en el estrecho callejón frente a mí, estira sus piernas largas. Tan largas, que me tocan al otro lado del callejón. Dobla las piernas, afilando las rodillas apuntadas. Junto a él pone su guitarra. “¿De dónde eres?”, pregunto. "De Jerusalén". Sigo tocando sin hacer más preguntas. Lo miro y toco. No estoy interesada en otros que pasan cerca. Estoy interesada en él, en su nariz jorobada, en sus ojos bíblicos, en sus labios parecidos aquellos que besaron a Cristo.

¿Por qué él no es el simple Michael que debería ser, sino el antiguo Michael judío? Le preguntaré sobre eso más tarde, le diré que él guarda la historia de su pueblo, le diré que veo esta historia en sus ojos marrones. Y él, flaco, yendo siempre a algún lado con su guitarra, negará con la cabeza: "No, no, yo soy simplemente Michael, no soy el pasado de mi pueblo".

Pero entonces, en el Paseo de los Tristes, esto no es lo que él dice, sino otro. "No tengo dónde vivir", dice. "Puedes vivir con nosotros", le contesto.

Michael se muda a nuestra casa, en el primer piso enemigo, a la habitación debajo de las

escaleras. Pero su alma bíblica está agobiada en esta pequeña habitación, en este cuarto tapado, con ventanas al muro del patio. Recuerdo que la primera tarde en nuestra casa me trajo dulces y té de álamo como regalo, como los dones de los magos bíblicos.

Por la mañana, Michael toma té de manzanilla y come aguacates y tomates con sal y pimienta. Se levanta tarde, así que lo veo solo por las tardes cuando regreso de la universidad. Puedo escucharlo tocando en su habitación debajo de las escaleras, en una habitación que da a la pared del patio. Toca todo el día y va en algún lugar por la noche, con amigos, con su guitarra.

Hay algo de libertad y una triste falta de reglas en su figura delgada. Me gusta el desorden musical de su vida. Le pido que me ayude con las lecciones de hebreo: hace todos mis largos ejercicios en un minuto.

Michael. Él no es amado en el primer piso de nuestra casa, aunque a lo mejor me parece ahora, tal vez estoy inventando todo. Tal vez su música y sus amigos violinistas que vienen a visitarlo no molestan a nadie. Tal vez sea él quien decida dejar nuestra casa.

A veces viene en a mi habitación, llama a la puerta modestamente, se sienta cerca de mi. Yo pinto una pareja de tango bailando. Por detrás de mi hombro, observa cómo mi lápiz se mueve en un cuaderno. También pintaré una vez su retrato. Le daré este retrato. Esto es mi regalo para él. Ahora recuerdo que en tu ciudad todos los regalos que hice fueron hechos por mis manos. Llavero para ti, un retrato para el Músico y Michael, mermelada. Tenían otro valor estos regalos.

Michael, en respuesta al retrato, o tal vez sin motivo, me regaló una candela aromática. Ella olía a coco, y yo la encendía siempre cuando sentía soledad en la casa que él abandonó.

La última vez que he visto a Michael era en nuestra casa con Pato. Estaban sentados en mi habitación y tocaban sus dos guitarras. Cantaron juntos. Cantaban una canción que quería aprender a tocar yo misma. Esta canción se llamaba “Loca”.

Cuentos de la Alhambra y la nieve sobre el ático del judío

Michael se mudó a otra casa, muy cerca de nosotros. Como él vive ahora, me parece que es

exactamente su modo de vida. Se instaló en el ático. Las alfombras colgaban en las paredes, sus candelas perfumadas favoritas colocadas en la mesa. En el ático hay desorden, la ropa, los colores para dibujar, la guitarra, los libros, todo está disperso por su cuarto. Recuerdo uno de estos libros, "Cuentos de la Alhambra" de Irving.

En el techo de la casa hay una terraza, donde siempre se reúnen trompetistas y violinistas. Tocan en un trío, luego en dúo, luego uno por uno. Tocan juntos, tocan a todo volumen. Desde la terraza se puede ver el Monte Sacro y las cuevas.

Recuerdo un día especial, como si fuera uno de los cuentos de Irving. Estábamos sentados en la otra terraza. Es una mañana gris. Comemos pan con aguacates y tomates con sal y pimienta. Tomamos té de manzanilla. Está dorado en nuestros vasos de vidrio tallado, como dos peces enormes capturados por nosotros. No hay sol, el cielo está cubierto por las nubes de diciembre.

Hablamos de que Michael pronto regresará a Jerusalén, que debe hacer exámenes de acceso en un conservatorio. Siempre admira a aquellos que estudian en la universidad. De buena

manera les envidia. Quiero que él empieza a estudiar en el conservatorio. Pero por alguna razón no será así.
Un día regreso a mi paraíso perdido, él a la Jerusalén bíblica. Ya en el otoño, descubro que Michael pospuso su entrada al conservatorio, que necesitaba trabajar, ganarse la vida y ahora planta árboles. No entiendo de qué árboles está hablando. Me acuerdo de aquella mañana gris de nubes grises. Me acuerdo de los sueños de Michael, sobre los que probablemente no sé nada.
Y me acuerdo de la nieve. Nieve inesperada en esa gris lejana mañana. Salimos corriendo con Michael a la calle. Reímos. Nunca había visto la nieve. Otras dos personas más salen de la casa. También sonríen y dicen que allí, en el centro, hay mucha gente y todos juegan con bolas de nieve. Estoy callada. Pienso en aquel momento que hay muy poca nieve para hacer bolas de nieve. Y también pienso que nunca volveré a mirar la nieve con Michael, la nieve de tu ciudad.

Llave del ático con el Irving abandonado

Michael se irá de tu ciudad en verano. Vendré a su casa para despedirnos. Estaré un poco triste, ya que es triste despedirme de aquellos que no regresarán nunca.
El ático se volverá vacío. Solo Irving se quedará helado en esta vacía mañana.
Acompaño a Michael hasta donde la calle se cruza. El se va. Se va para siempre. Voy por alguna razón detrás de él, en la distancia, para que no me vea. Ya en la parada del autobús, de repente se da la vuelta. ¿Por qué? Nuevamente por un momento, nuestros ojos se encuentran. Los ojos de Michael, los recordaré. Él tenía razón, recordaré no la historia de su pueblo en estos ojos, sino la suya. Sonríe tristemente, aunque tal vez no tristemente, tal vez solo me parece. Tal vez todas las sonrisas de los judíos están tan solas, perdidas. "¿Puedes dar esta llave a los dueños de mi casa? Olvidé dejarla ". Me da un llavero de cuero y una llave enorme. Esta es la llave de su casa, de su ático, del solitario Irving, de la nieve en aquella gris mañana. Yo, por supuesto, sé que no le daré la llave a su dueño. Asiento con la cabeza en respuesta. Aprieto la llave en mi puño, como si hubiera

ganado algo de la eternidad. Despido con mi mira al taxi.
Volveré una vez al paraíso perdido y guardaré esta enorme llave colgada en mi cuello. Todavía tengo miedo de confesarme a Michael que no le di la llave al dueño de su casa. Pero tal vez él me perdone. ¿Me perdonará?

Regreso a las ciudades y té

Me olvidé por completo de ti, ya he hablado mucho sobre ellos, sobre otros. He contado de ellos, confundiendo días y números, olvidando el color de los ojos y el olor de flores. Dejando verdaderos solo mis sentimientos. Pero me enseñaste el orden. Y tengo que poner mi historia en orden. Lo intentaré, lo prometo.
Me enseñaste mucho, trataste de enseñarme el orden en la presentación de los pensamientos, la fidelidad de la descripción, la riqueza de las palabras, la claridad de los signos de puntuación. Tu dijiste que no debería haber puntos suspensivos en un cuento. Los puntos suspensivos tu llamaste una mala forma de escritor. Yo misma no quiero que los puntos suspensivos, como los zorros en las ciudades abandonadas, pueblen mis recuerdos.

Sinceramente trato de evitar los puntos suspensivos. Los puntos suspensivos están a algún lugar profundo en mí. Se quedan ahí. No tengo más puntuación en mí, todo había desaparecido. En mí hay un rápido flujo de sentimientos y recuerdos, sin mayúsculas, sin comas.

Estoy revisando mis diarios, tratando de poner en orden los recuerdos llenos de sol, impresos en sus páginas, como un herbario seco. Ahora pienso que tuve que escribir más a menudo, escribir más cuando estaba en tu ciudad. Cada palabra escrita allí respira el pasado. De aquel pasado que quiero resucitar en este pequeño mensaje para ti que no quiero perder.

Aquí, encuentro las primeras notas, marcadas el nueve de noviembre, tituladas "Tardes en San Lorenzo". Estas notas son sobre los cuatro días pasados en el paraíso perdido. Cuánta nostalgia por la ciudad con gaviotas, cuánto amor hay en estas cuatro páginas. Entonces, durante casi un mes entero desde mediados de septiembre odiaba a tu ciudad, odiaba su soledad o, mejor dicho, mi soledad en ella.

Desde todas las alturas de tu ciudad veía solamente la ciudad de las gaviotas. Sí, no

prestaba atención a tu ciudad ni a su hermosura superficial ni a su tristeza escondida. En la biblioteca buscaba a Bunin. A Pavese. Y entendía que ahora no hay diferencia entre Pavese y Bunin. Y lloraba el anhelo por mi patria, mi patria de las dos ciudades.

Recuerdo cómo finalmente salí del cautiverio de tu ciudad en noviembre. “A las siete de la mañana, bajo las estrellas de tu ciudad, en la fragancia de las rosas nocturnas, se escucharon mis pasos sobre las piedras. Huía hacia la ciudad con gaviotas y la felicidad palpitaba en todo mi cuerpo. En esos segundos, por primera vez, tu ciudad era increíblemente hermosa. Cuando el avión aterrizó en la ciudad con gaviotas, se deslizó sobre su piel eterna de terciopelo, sentí una felicidad deslumbrante".

Sí, recuerdo bien esos segundos de regreso a la ciudad que me fue quitada. También recuerdo que quería que estos segundos se estiraran para siempre. Quería un eterno regreso a la ciudad con gaviotas.

Cuando regresamos a las ciudades, ¿estamos volviendo a la gente o a nosotros mismos? O tal vez a las iglesias, a los aromas matutinos de nuestras cafeterías favoritas, a los callejones,

donde fuimos felices y un poco más jóvenes. Regreso a las ciudades. ¿Qué es eso? ¿Es el doliente presentimiento de las próximas despedidas o alegría, que tiene mucho del pasado?

¡Con qué frecuencia volvía a las ciudades: a Ivánovo, a la ciudad con gaviotas! Ahora tu ciudad también se convirtió en mía. Ahora estoy esperando el regreso a tu ciudad.

¡Cómo es de especial cado regreso! Como fue especial mi primer regreso a la ciudad con gaviotas. Parece que la vida en el paraíso perdido se detuvo desde el momento en que la dejé y cobró vida ahora, con mi llegada. Incluso el té, que he tomado hace unos meses, todavía estaba caliente. Sonrío, sé que esto es así, ni siquiera puedo pensar cuánto té han tomado aquí sin mí, cuántas gaviotas pasaron volando cerca esta ventana, cuantas flores se desvanecieron. Y todo sin mí.

Recuerdo como regreso a mi habitación abandonada en la residencia de los estudiantes. Aquí todo está como si yo hubiera salido de aquí ayer. "Cesare Pavese en la mesita de noche, té en la taza". De nuevo el té, el personaje inevitable de todos mis recuerdos. ¿Cómo se

ponía frío sin mí en esta taza, en esta habitación cerrada? ¿Cómo fueron esos segundos, mientras el té estaba evaporándose?

Cuando fue abandonado el paraíso

Por alguna razón, este corto regreso de cuatro días a la ciudad con gaviotas me parecía una escapada entonces y esperaba que pronto llegarían, que me seguirían, que ya me habían seguido las legiones de sombras de tu ciudad, bandadas de mirlos.

Y luego, ya lo sabes todo: en cuatro días abandoné mi habitación para siempre, con una taza de té y Pavese en la mesita de noche. Despidiéndome con mis amigos.

Al regresar cuatro días después a tu ciudad, me di cuenta de que el paraíso estaba abandonado. Pero entonces no sabía que él no solo estaba abandonado, sino que estaba perdido para siempre. Entonces todavía lo extrañaba.

Regresé a tu ciudad el nueve de noviembre. Todo el día siguiente estuve sentada en silencio en la habitación con ventanas al jardín de naranjas, cubierto de rosas. El señor cortaba los brotes, caminaba, apoyándose en un elegante bastón. Él no me veía. Su perro salía corriendo

ladrando mucho. El perro tampoco notaba mi presencia. Yo misma no me notaba en tu ciudad.

Aquella que está encerrada afuera y aquél que está observando las nubes

¿Cuándo me enamoré de tu ciudad? ¿O tal vez antes me enamoré de aquellos a quienes conocí en tu ciudad? Pero ¿por qué he encontrado a todos ellos, que se fueron después a algún lugar igual que yo fue también?

Lento y obstinadamente, trato de apagar la tristeza por la ciudad con gaviotas. Me obligo a hacerlo. Aunque olvidaré el paraíso perdido después de un año, solo ahora. Solo ahora, cuando me siento en esta ciudad, impregnada por las gaviotas y noto que ya tengo otra melancolía, una melancolía por tu ciudad. Una melancolía por ti.

No recuerdo cuándo empecé a amar a tu ciudad pero recuerdo que comencé a pasar mucho tiempo en la universidad porque solo mis estudios me salvaban de la soledad.

La universidad está sobre una montaña, llego aquí por la carretera de Murcia. Recuerdo bien este camino, que hago todos los días. Lo recuerdo en el otoño: caliente, incinerado por el

sol, como quemado por el desierto de mi nostalgia. Lo recuerdo en invierno, bajo las lluvias grises, hermosas y tristes, con los lejanos picos nevados de Sierra Nevada. Y en la primavera recuerdo cuando la lila floreció de repente cerca de la carretera. Y me acordé de mi abuela. En aquellos días, escribía el libro sobre la princesa y, volviendo por la noche a mi habitación, añadí un pequeño capítulo sobre el cerezo aliso. Lila y cereza aliso.

También recuerdo la carretera de Murcia en junio, en los primeros días de verano y en los últimos días de mi estancia en tu ciudad. Las amapolas florecen a lo largo del camino, en los jardines hay rosas.

Me gusta este camino en invierno, porque caminamos con Alex. Me gusta la carretera en la primavera. Me gusta en verano, porque aprobé todos los exámenes, porque tú y yo estamos escribiendo las últimas páginas de mi novela, porque sé que me iré de aquí pronto.

Las clases comienza en octubre. Y en el primer me encuentro con Alex. Alex dice que es suizo, que, como yo, vive en Albaicín. Y luego no lo encuentro en mucho tiempo. No me lo encuentro durante muchas semanas. Me olvido

de él. ¡Qué extraño, ahora estoy escribiendo estas líneas y el diario contiene la carta de Alex que aún no he abierto y que llegó ayer a la ciudad con gaviotas! Pasará un año entero, más de un año desde el día en que nos sentamos en el banco en la clase y no pude recordar el nombre de la persona, que me dedicará poesías, que me regalará mi libro favorito de Lorca "Poeta en Nueva York" y lagartija de madera.

Alex es escritor, no es poeta. Escribe mucho, serio, todos los días, sin eso no puede existir. Ahora recuerdo sus frases al azar: "pescador de las nubes", y "encerrado afuera". No recuerdo por qué las dijo, pero ahora creo que él mismo era un pescador de las nubes. Siempre lo imagino sentado en la orilla de su lago en Noschatel. Él mira las nubes. Y quiero ver las nubes también. Pero no puedo, hace mucho que me han encerrado afuera.

Estoy encerrada afuera. Sí, cuando regresé después de un año a mi paraíso perdido, comencé a ir a mi trabajo fuera de la ciudad. En los primeros días fue especialmente doloroso sentir este contraste entre la libertad de tu ciudad y los autobuses, la muchedumbre, los deberes de mi paraíso perdido. Aquí, tomo el

autobús, voy afuera de la ciudad, cierro los ojos para recordar la pureza del aire en el Monte Sacro, el color de las amapolas y el canto de los mirlos. Después de la parada, una larga subida a la montaña. Esta es una propiedad privada, también hay un bosque, amapolas e incluso mirlos. Pero todo esto es ajeno, ahora ajeno. La propiedad privada está rodeada por una alambrada, de hierro ya oxidado. Allí, detrás de la alambrera, el campo está cercado, verde, solitario, cubierto de amapolas. Me detengo, apoyo mi cara contra la alambrada de hierro, miro al campo. Me aferro a los barrotes y por eso no los veo, sino solo el campo. Y luego me parece que estoy allí, en la libertad, en este campo cerrado por la alambrada oxidada. Y me parece: si escapo por este campo solitario, puedo huir a tu ciudad. Volver. Pero no escapo, me alejo, voy al trabajar. Estoy encerrada afuera.

En cafeterías de Suiza

Pues, estaba contando de Alex. Unas semanas después de nuestro primer encuentro, de nuevo lo veo. Está sentado en un banco al sol y sonríe. Sonríe tranquilamente, no me llama. Él me ha

estado observando durante mucho tiempo y yo, después de haber captado accidentalmente su mirada, lo noto. Me acerco a él.
Descubro que todas las tardes escribe un diario, edita un periódico musical, ama a Lorca también como yo, lee, como yo, "Albedaran" de Unamuno y debe pasar los mismos exámenes que yo. Vive cerca mi casa, en la misma calle que Michael. Tiene muchos libros en su casa. Después del primer semestre, él regresará a su casa en el Noshatelle, vendré a despedirlo.
Recuerdo aquella mañana de invierno. Todas las cosas ya están empaquetadas. Vacío. Sólo en las estanterías quedan algunos libros. Estoy avergonzada y, sin embargo, le pregunto por qué no los lleva consigo. Alex responde que ya tiene muchos libros en casa, muchos. Y me firma cada uno de los libros restantes: Cervantes "La gitanilla", versos seleccionados de Lorca y "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" de Neruda. Estas dedicatorias son sus poemas y mi pasado, del cual no hay salvación.
El último día, justo antes de irse, me regala una pequeña lagartija verde. Sonrío, recuerdo que he estado buscando esta lagartija durante mucho

tiempo. ¿Cómo él, siempre tan tranquilo y silencioso, lo podía recordar? Junto con la lagartija, me regala el libro de Hemingway "El viejo y el mar" y "Poeta en Nueva York" de Lorca. Lo acompaño bajando las escaleras con sus maletas, esperamos un taxi. Alex se va de tu ciudad. Yo lo sigo con la mirada. ¿Por qué siempre sigo con la mirada a muchos? Como si esto pudiera devolver algo, calmar algo.

Atrás, en un par de líneas conté todo el semestre que pasamos juntos. Ni siquiera narré cómo por las mañanas nos reuníamos bajo las ventanas de mi casa e íbamos a la biblioteca, cómo aprendíamos literatura juntos, cómo releíamos Aldebarán juntos, cómo nos sentábamos entre las rosas de invierno al sol en el patio de la universidad y comíamos mandarinas, cuando le contaba sobre mis ideas, cómo juntos amamos las poesías de Lorca.

El recuerdo más preciado que me ha dejado Alex, es una mañana. Una mañana de que siempre había soñado. Mañana soleada de otoño. Es domingo. El silencio. Bajamos al centro de tu ciudad. Nos sentamos en la plaza de María Pineda en una mesa puesta al sol. No hay absolutamente nadie en la cafetería. Aunque, tal

vez alguien está aquí, pero el sol es tan deslumbrante que no notamos a nadie alrededor. Me siento bien de que Alex me entienda, de que escriba novelas, que no puede no escribir. Le cuento sobre mis libros escritos y no escritos. Y él presta atención por mí escritura. ¡Con qué atención puede escucharme! Aquí traen para nosotros el café y chocolate caliente. Él toma café, yo el chocolate caliente. Yo sonrío. Soy feliz. Después de todo, esto es mi sueño hecho realidad: me siento por la mañana en mi cafetería favorita y escribo poemas, diarios.

No, ahora nosotros, por supuesto, no escribimos nada. Solo estoy espiando a Alex, su mundo. Sé que del mismo modo, en las cafeterías de Suiza, escribe sus novelas. Y yo invado involuntariamente, para siempre, este acto sagrado.

Qué mañana tan soleada. ¿Por qué en los recuerdos los colores no se desvanecen como en las imágenes amarillentas, como en las acuarelas descoloridas que se vuelven más vivas? ¿Por qué de repente se nota algo invisible de antes? ¿Por qué veo ahora lo que ya no existe? Alex está ahora en algún lugar lejano en otro país, ni él ni yo estaremos más en tu

ciudad. Sin embargo, recuerdo con tanta claridad cómo nos sentamos en una cafetería blanca y bebimos chocolate caliente y perfumado. Y el abismo entre nuestras manos se convertía en poesía que, probablemente, escribiremos un día en una de las cafeterías donde ya no estaremos sentando juntos.

María y tu jardín

Cuando comencé a escribir este mensaje para ti, tenía la intención de ponerlo todo en orden, recuerdo tras recuerdo, día tras día. Pero ahora, a medida que profundizo en los recuerdos, entiendo que esto no es posible. Y aun lo intentaré. Intentaré hablar de ti. Intentaré hablar de ti, porque todavía estás de pie junto al río, que se llama Darro y escuchas mi música, mi voz, que llega hacia tu oído después de un año, a través de varias fronteras estatales que nos separan.

¿Recuerdas cómo llegué por primera vez a tu jardín? Era cuatro de octubre. Las naranjas estaban maduras en el jardín, las rosas se desvanecían y pequeños peces de oro negro salpicaban en el agua.

Vives en una casa de monasterio. Pasamos cerca del padre portero. Le sonrío, saludo cortésmente con mi cabeza. Él me sonríe a su vez. Pasamos al jardín, a un enorme jardín en la pendiente de una colina. Las almendras estaban maduras en el jardín. Me dices que caminas por este jardín todas las tardes. Ya sé, ya sé que amas a la naturaleza, que la conoces, que estás atento a ella. Me arrancas una ramita de aloe y un joven brote de rosa. Muestras nidos de pájaros, cuentas sobre ellos, sobre plantas. Te escucho y pienso cuantos nombres de plantas sabes.

Luego volvemos del jardín, me dejas en la sala de espera. Estoy esperando que vuelvas. Mientras espero, miro alrededor de la sala: tres sillones antiguos en las esquinas y una mesita en el centro. En la mesita hay libros y folletos sobre el trabajo misionero de la Orden de los Jesuitas. En la pared hay una reproducción de una antigua acuarela que representa el palacio del sultán. No recuerdo otras reproducciones. Fuera de la ventana respira el jardín.

Finalmente, vuelves. Me traes un tarro de miel y un trozo de tarta dulce. "Esta tarta está hecha por María", dices. Y empiezas a hablarme de María, que prepara una comida para los

hermanos y hace pasteles muy sabrosos. Entonces siempre me alimentarás con tartas preparadas por María. Te estoy escuchando. Pero ahora, cuando estoy tan lejos de tu ciudad, creo que te escucharía de otra manera, con más atención, tratando de guardar cada palabra en mi corazón, para llevarla conmigo a la ciudad con gaviotas. Para hacer que la ciudad con gaviotas se convierta en una ciudad de amapolas y mirlos.

Me voy. Llevo conmigo naranjas y aloe, miel y un trozo de pastel horneado por María. Me voy, sabiendo ahora que cada pájaro, como las plantas y los árboles, es especial. Que el mirlo, el gorrión, la paloma, la paloma torcaz son todos especiales. Cuando regrese a la ciudad con gaviotas, sabré muchos nombres de pájaros. No me doy cuenta de esto inmediatamente sino ahora cuando escribo estas páginas. Recuerdas, te lo dije, cuando todos regresen a sus casas de diferentes países y hablen el idioma de esos países, inmediatamente se hará evidente cómo vivió todo este tiempo. En mi diccionario estarán solo los nombres de los pájaros y las plantas, solo el sol y la música, el amor y la poesía. Mirlos y amapolas.

Después de un par de días, vuelvo a tu jardín. Tu me das a comer las almendras que recoges en el jardín. Me das a comer las naranjas. Las recogemos en mi mochila, el resto comemos en el jardín. Jugosos, nos vierten jugo dulce, pegajoso. Nos lavamos las manos en una fuente con peces de oro negro. Miramos un árbol enorme con pequeñas rosas crema y tú lo llamas a este árbol "pitiminí". Y también dices que el domingo pasaste por las calles pequeñas que hay frente a la iglesia de San Pedro, en el Paseo de los Tristes, junto al río, que se llama Darro. Me trajiste un pedazo de pastel, horneado por María, con bayas que has recogido en el campo. Pero no me has encontrado. Hablas de estas bayas, te molesta que no me hayas encontrado esa tarde en la calle. Prometes que el fin de semana me mostrarás pavos los reales.

Los pavos reales todavía nos siguen esperando

Y aquí vamos al jardín de los Mártires. Subimos por el parque, parecido a un bosque, por el sendero que conduce al palacio del sultán. Una vez ya habíamos ido por este camino tú y yo. Fue en el otoño profundo pero todavía hacía

calor. Recuerdo los altos árboles de enormes hojas amarillas cayendo lentamente a la tierra. ¿Qué árboles eran estos? ¿Por qué se veían tan hermosos? ¿Por qué yo estaba tan feliz?

Caminaste por el sendero asfaltado a mi lado, bajo las hojas amarillas que caían. El sol llegaba a nosotros, a los árboles, se derraba en las ramas. Estábamos llenos de luz. Caminaba descalza por un manantial que fluía por la ladera de la colina. Caminaba con cautela sobre piedras frías resbaladizas. El agua era cristalina. Y, como nosotros, estaba impregnada de luz.

Pero ahora, cuando vamos a los pavos reales, que no nos esperan, hace mucho frío. Me envuelvo en la cálida chaqueta roja de Jonathan, debajo tengo la chaqueta que mi tío me envió desde América. "¿Nos esperan los pavos reales?", te pregunto. Entramos en el jardín de los Mártires, recorremos el camino que se adentra. Aquí hay una villa frente a nosotros, hay mesas cubiertas con manteles blancos, lujosos, como en las películas. Pasamos bajo un alar, patio nazarí, vamos en el patio trasero de la villa. Dos enormes pavos reales, cansados, levantan sus delgadas y diminutas cabezas, nos observan cuidadosamente con adornos en los

ojos. Luego bajan la cabeza y nuevamente comienzan a caminar cansados, buscando algo en el suelo. Son pavos reales, la primera vez que veo pavos reales en libertad.
Nos adentramos en las profundidades del parque, me hablas de plantas que nunca había visto pero no noté. Estoy empezando a descubrir este mundo. Hablas de serpientes, de tres serpientes venenosas que se encuentran en tus tierras. Me enseñas cómo elegir las plantas comestibles, cómo cortarlas y saborearlas.
Una vez más, seguiremos este camino en otoño, en un día caluroso, similar al de verano. Nos detendremos en el lago y miraremos a los patos durante mucho tiempo, los pavos reales ya no serán interesantes para nosotros. Aquí cortarás la espiga con la mano. Aquí coges un grano, uno, otro. Eres paciente y tranquilo. Me das a probar estos granos. Tu me enseñarás cómo recoger espigas y granos. Luego me enseñas un árbol que florece y da fruto al mismo tiempo. Nos detendremos bajo este árbol, recogeremos sus bayas. ¿O tal vez todavía es primavera? Porque recuerdo muchas lilas. Aquí hay un manantial. Te pones de rodillas, coges algunas

planta del agua. Me das a saborear. Te creo, te admiro y ahora también te extraño.
Después de los pavos reales descendemos al centro, a la plaza de María Pineda. Nos sentamos en una cafetería. Nos traen chocolate caliente traen. Sumergimos en él churros hechos al horno. Recordamos los pavos reales, cansados y perezosos. Al salir, pides chocolate caliente en la botella de cristal que preparaste de antemano. Por la noche, ya en casa, con Markush hacemos cacao con este chocolate, cacao como el de Leo. Comparto con Markush los churros. Aquella noche llega Pedro a visitarnos.

Beso de chocolate en la Medina

No, nunca lo llamé Pedro, sino Pato. Conocí a Pato en los primeros días de noviembre. Recuerdo que regresaba de tu jardín pasando por la universidad. Sonaba la música de alguien. Intento adivinar de dónde viene esta música que rellena la tarde y la veo.
Está sentado en la barandilla y toca la guitarra. Me acerco a él. Empezamos a hablar de música. Le doy una naranja, una de las que me has regalado. Tomo su guitarra, toco. Luego

volvemos a hablar de música. Todo lo demás está borrado de la memoria. Solo recuerdo que luego nunca más hablé de música con él. Pato mismo era música. Cantaba y tocaba la guitarra todo el tiempo. Cantaba y tocaba. Tocaba y cantaba.

Pato no vivía en Albaicín, por lo que me parecía un poco extraño, como todos los que vivían en el centro de la ciudad. Y sin embargo me gustaba venir a visitarlo. Siempre, cuando venía a visitarlo, me ofrecía té. Pato tenía el té más delicioso y bueno. Recuerdo que varias veces me dio té, que se llamaba algo hermoso, algo así como "Beso de chocolate en Medina".

Pato me regaló muchas cosas. Aquí estoy sentada en la biblioteca, él entra y pone sobre mis libros de texto una enorme magnolia blanca como la nieve. Y otra vez, el chocolate, mi favorito. Un brote de rosa roja está atado al chocolate. Y una vez que pone en secreto en el bolsillo de mi chaqueta su canción "Nubes".

A menudo viene bajo mi ventana, me llama, pero yo nunca encuentro un segundo libre para él. Y ahora estoy triste de recordar esto. Ahora, en la ciudad helada de gaviotas, quiero escuchar de nuevo su voz sureña bajo las ventanas de mi

habitación y escuchar cómo, junto con Michael, cantan "Loca". Llega bajo mi ventana por la mañana y por la tarde, pero estoy ocupada todo el tiempo. Llega en el Paseo de los tristes, donde toco la guitarra y me escucha.
Una vez estuvimos tocando las guitarras juntos. Vino al Paseo de los Tristes con su guitarra y se sentó en el suelo a mi lado. Sacó la guitarra, escuchó mi melodía y comenzó a acompañar el vals de manera simple y sencilla. Tocamos para nosotros mismos, sin darnos cuenta ya de las manadas de hermosos turistas que pasaban. Era el vals que yo tocaba con tanta frecuencia y, sin embargo, era especial en ese momento. Fue el vals que me hizo feliz.

El caracol más especial

Pato también empezó a tocar en la calle, justo en los escalones de la iglesia de San Pedro, la iglesia que lleva su nombre. Me atrajo su voz. A veces caminaba por el Paseo de los Tristes y ya desde lejos lo oía cantar. Reducía la velocidad, me detenía a distancia para que no pudiera verme y lo escuchaba. Quería escucharlo por mucho tiempo, para siempre.

No nos entendíamos. Es decir, no queríamos entendernos: él me escuchaba desde lejos, yo, escondiéndome, lo escuchaba a él. Nos faltaba la música del otro. Una vez Pato me notó en la calle. Sonrió. Vino hacia mi. Junto a él estaba su conocido, un argentino: una guitarra colgada de su hombro, pelo largo, una amplia sonrisa. El argentino se presentó, pero no recordé su nombre.

El invierno llegó. Ya no tocaba en la calle porque mis manos estaban demasiado frías y las manadas de hermosos turistas disminuían. Pero me encantaba el invierno. Me encantaba caminar por el Paseo de los Tristes, no encontrarme con nadie, solo con el silencio. Una vez en este silencio de invierno encontré al amigo de Pato, el argentino y no le presté atención. Y él, como siempre, estaba con su guitarra. Por alguna razón recuerdo que nunca llevaba la guitarra en la funda, sino siempre colgada de su hombro. Ella parecía haberse fundida con él, con su pecho, como si creciera fuera de su corazón. Él también, como Pato, era música. El argentino me llamó en el solitario Paseo de los Tristes. Me acerqué a él sin amistad. Él me sonrió. Quería darme un beso de

manera simple, tal como saludaban a los amigos en su país, pero cortésmente me aparté. Lo recuerdo, dijo entonces: "Vosotros los rusos sois fríos". Y se fue con su música en su corazón, sin hogar. Lo vi irse. Me pareció un caracol, siempre llevando consigo su guitarra-casa.

Terrazas que vuelan en una mañana soleada

¿Por qué sonrío ahora cuando me duele un poco? ¿Ahora que estás tan lejos? ¿Ahora que tu ciudad está tan lejos? Sonrío porque recuerdo todo. Porque la memoria es el mejor don. Recojo grano por grano el pasado esparcido en mí. Y, recogiéndolo, entiendo que esto ya hace mucho tiempo no es el pasado sino que soy yo misma, enamorada de su ciudad, de sus calles estrechas con madonnas que lloran con lágrimas de vidrio, con terrazas que vuelan en amaneceres soleados, con mirlos, que cantan sobre nosotros, con amapolas que florecen para nosotros.

¿La terrazas que vuelan en amaneceres soleadas? No, esto no es una metáfora. Todo lo que recuerdo ahora ya no es una metáfora. Tu ciudad es un poema no escrito por mí, es la

música interpretada por el Músico, es la música que cantan los manantiales cerca del palacio del sultán. Quiero escuchar tu ciudad, quiero escucharla en tu voz, en tu música, en su música. Quiero ver tu ciudad desde lo alto de las terrazas que vuelan en amaneceres soleados.

Eternidad y alas de mariposa

El invierno pasaba lentamente. Empezó a llover. Por las mañanas, especialmente los fines de semana, me levantaba muy temprano y, abrigándome con la chaqueta de Jonathan, poniendo la canción "Loca" en los auriculares, salía de la casa. Me encantaron las lluvias. Las lluvias de tu ciudad.

Así bajo por la calle de la puerta amarilla, paso por delante de la Virgen María. Todavía está durmiendo, todavía es muy temprano, pero incluso cuando duerme, llora. Pero tal vez esto no sean lágrimas de vidrio sino gotas de lluvia. Probablemente y mis lágrimas son ahora las gotas de lluvia sobre la ventana, detrás de la cual vuelan las gaviotas blancas. Son blancas como la nieve, como la taza de café, como las páginas de libros favoritos, como una escala sin

bemoles ni sostenidos, como una escala con siete notas inalterables.
Bajo por la calle donde toqué la guitarra en el otoño, por la calle frente a la iglesia de San Pedro. Camino por el abandonado Paseo de los Tristes. Sí, ahora parece completamente desierto, como si nunca hubiera habido mediodías calurosos y tardes cálidas, como si nunca hubiera habido una triste manada de hermosos turistas. Como si no hubiera estado sentada en esta calle con un vestido rojo con una rosa en el pelo.
¿Tal vez de verdad no había nada? Nunca. Y la verdad es que solo existe esta lluvia cálida y gris y yo, caminando sin paraguas, caminando bajo la lluvia. ¿Tal vez toda mi vida en tu ciudad la soñé?
Miro hacia el otro lado del río, que se llama Darro, con la esperanza de comprender qué era y qué no era. Estoy buscando la taza de café blanca que está humeando en las manos del extraño. Y la encuentro. En una mañana gris, la encuentro siempre humeando el café. Y de repente entiendo que todos mis sueños sobre tu ciudad son eternos, que han cruzado la frontera entre el cuento de hadas y la verdad. Y mientras

en las lluvias esta taza de café esté humeando en el balcón del desconocido, yo existiré. Y, existiendo, te recordaré.
Camino por el desierto Paseo de los Tristes. Me detengo en el puente desde donde empieza el camino hacia el palacio del sultán. Desde el puente subo la montaña. Estoy caminando bajo una lluvia tibia y llovizna, a lo largo de las paredes del palacio del sultán. Escucho cómo hacen ruido los manantiales gordos por las lluvias y se convierten en ríos. Miro como se apresuran llevando las hojas de oro hacia abajo. Las flores tardías florecen, últimas de este año. Pero ahora mi memoria yo no adivina qué tipo de flores eran. Ahora lamento no haber anotado en ninguno de los diarios cómo sonaban las lluvias de diciembre, cómo cantaban los pájaros en las mañanas, cómo olían las últimas flores. Ahora lo sé: esto es lo importante, esto es lo que importa. Ni avenidas brillantes, ni bancos generosos en la ciudad con gaviotas no devolverán lo que tenía que recordar.
En el patio, donde un árbol florece en primavera con flores en forma de corazón, me detengo. Por un pequeño puente me dirijo a las paredes del palacio del sultán. Tan callado y tan solo está

todo, como si en tu ciudad ahora solo existiera yo y la eternidad. Pero la eternidad es verdadera, tranquila y solitaria. ¿A dónde va tan lentamente? ¿Por qué no nos ven a nosotros, que seguimos tras ella? ¿Por qué no nos nota, dioses rientes, nosotros, simples y hermosos, como un braceo de un ala de mariposa?

Recuerdas, nos sentamos una vez en la cafetería de una universidad. Era primavera y no había refugio del sol. Bebía té verde dulce y me contabas cómo escribir libros. Corregimos mi novela, mi pequeña novela sobre una princesa de los zapatillos rojos. Tú leías cuidadosamente cada frase, te paraba, estaba en silencio, leía de nuevo. Aquí lees: "Su vida fue tan larga, como la vida de una mariposa". Entonces me dijiste que las mariposas viven solo por un momento. Dijiste que está mal comparar la eternidad con la vida de una mariposa. Todavía logré ganar esta frase y dejarla no corregida en nuestro libro. Pero no pude explicar por qué la eternidad me parecía una mariposa. No te expliqué muchas cosas de mí libro. Ahora sé que la vida de una mariposa es mucho más larga que esta tranquila y solitaria eternidad, que va por algún lugar más allá de nosotros, más allá de nuestras

calles favoritas, patios, ciudades, más allá de aquellos a quienes amamos. Más allá de las mariposas y flores, más allá de los mirlos y amapolas.

Me enseñaste a ser una mariposa ligera y brillante, nacida para dispersar el polen dorado de sus alas. Este polen dorado, ¿por qué se parece tanto a las hojas doradas en tu ciudad de otoño? ¿por qué se parece al dorado pañuelo de gas de mi abuela una vez en septiembre? ¿por qué se parece a los croissants de miel, que comimos con Leo hace mucho tiempo?

¿Dónde está todo deshojándose? Se deshoja como la ceniza sobre la cabeza gris de la eternidad. Somos eternos como las mariposas, tú y yo. Tú, caminando entre amapolas y mirlos, yo, caminando detrás de ti, yo, a quien le enseñaste a notar los mirlos y las amapolas.

Estoy debajo de un árbol que florecerá en primavera con corazones. Llovizna. Me dirijo a la enorme puerta que está en la pared del palacio del sultán. Acerco mi ojo en el hueco entre los tablones de madera, mirando más allí, en la mañana, que todavía duerme en el palacio del sultán. ¿Es solo ahora que espío la eternidad? No. Probablemente, la espío desde hace mucho

tiempo. La espío cuando miro desde el Mirador San Nicolás en las cumbres nevadas de Sierra Nevada; cuando estoy con el Músico en la terraza que vuela hacia el amanecer, cuando busco con mis ojos la taza de café blanca, la busco cada vez que me parece que ya no estoy en tu ciudad, cuando la encuentro, todavía humeante durante tantos días, tantas noches, conmigo y sin mí.

Las dos palabras más cortas

¿Recuerdas este patio cerca el palacio del sultán? ¿Recuerdas cómo querías vender discos con mi música por allí? Dijiste que deberíamos grabar mi música y venderla. Trajiste todo lo que necesitabas para grabar. Tenía un vestido rojo esa mañana, con margaritas en el pelo. Estas margaritas eran de tu jardín. Me senté en el puente junto al manantial y comencé a tocar el vals, después el Capricho árabe, Minueto, "Cómo encantadoras son las tardes en Rusia". Querías que yo tocara justo al lado del manantial para que su rumor se convirtiera en parte de mi música.

No vendí los discos, pero ahora tengo grabada esta música. Toda mi música que toco ahora,

que tocaré, suena como manantiales de la Alhambra, como las noches y los amaneceres, como tu ciudad.
Ahora estoy sentada en la ciudad con gaviotas, mi guitarra está callada en el rincón del cuarto. Esta guitarra no es la que me dio el Músico, no es una guitarra pegada que huele a jazmín y a la calle frente a la iglesia de San Pedro. Esta es una guitarra cara con cuerdas caras. No quiero cogerla. No lo he tocado hace mucho tiempo.
Y me envías cartas a mi ciudad con gaviotas y en una de ellas escribes que pasaste por el Paseo de los Tristes y te detuviste donde antes tocaba yo. Donde antes te detenías y me escuchabas. Yo creo que es verdad lo que dices. Creo, porque no estoy aquí, en esta habitación con la guitarra en el rincón. Estoy allí, en tu ciudad, tocando y esperando, cuando llegas exactamente a las cuatro en punto y vamos juntos al palacio del sultán para mirar a las amapolas, para escuchar el canto de los mirlos.
Así que subimos por el sendero, salimos a una carretera asfaltada, a un parque parecido a un bosque. Hay una bifurcación en el camino, uno va al Jardín de los Mártires con pavos reales y el otro a Plaza Nueva. Hay una cafetería en esta

bifurcación. Entramos en esa. Nos sentamos a la mesa. Ordenas mi té verde favorito. ¿Por qué siempre me ordenaste té pero nunca tomaste nada tú mismo?
Recuerdo el silencio de esta cafetería. Me estás explicando la diferencia entre las palabras españolas "jamás" y "nunca". Ambas palabras significan nunca. Pero dijiste que la primera palabra es más fuerte, que define con más precisión el infinito. Y ahora creo que no solamente estas sino todas las palabras pronunciadas por ti tenían el polen dorado de la eternidad.
¿Por qué aprendí estas palabras? ¿Realmente, en la cafetería en la bifurcación de dos caminos, supimos que diríamos estas palabras alguna vez? Nunca, nunca te olvidaré. Nunca, nunca dejaré a tu ciudad. Nunca, nunca volveré a esa mañana, cuando los gorriones saltaron cerca de nuestra mesa y robaron migajas de galletas. Nunca.

El caballo más especial que nos miraba.
¡Cuántas cafeterías hemos visitado! Y en cada una de ellas, tú te sentabas en una mesa, pedías té verde dulce para mí y los gorriones volaban

cerca. Aquí abres tu pequeño computador rojo, donde está mi libro. Soy una princesa de los zapatillos rojos. En una de estas cafeterías, robadas por gorriones, nos dimos cuenta de que "La princesa de los zapatillos rojos", el nombre que inventaste tú, sería el nombre de mi novela.
Al principio el libro se llamaba “Entre la nieve y el desierto”. Ahora creo que nadie podría cambiar el nombre de la novela escrita por mí. ¿Cómo pudiste tú cambiar tan fácilmente no solo su nombre, sino también a mí? Desde entonces comencé a soñar con los zapatillos rojos.
Ahora, supongo que no recordaré cual fue nuestra primera cafetería. Ni siquiera recuerdo cuando empezamos a corregir nuestra novela. Solo sé que fue en la primavera. Te traje mi novela y te pedí que corrigieras los errores en ella. Al día siguiente dijiste que tenías que cambiar mucho, que no te atrevías a hacerlo sin mí. Desde ese día nos encontramos todas las mañanas durante dos horas. Nos sentábamos en una cafetería, tu abrías tu computador rojo, los gorriones volaban cerca, yo quemaba mis labios con té verde dulce. Estábamos corrigiendo nuestra novela.

Tenías todo un sistema, orden de trabajo. Seleccionabas un pasaje, lo copiabas y comenzamos a hacer correcciones. Cuando leíamos la novela juntos, entendía que no estaba escrito en absoluto lo que quería contar. Y luego, lo sabíamos y simplemente tú elegías aquella palabra que yo no podía encontrar en mucho tiempo.

Pero a veces no estuve de acuerdo contigo. A veces tenía que luchar para guardar mi palabra, mi desaliñada frase que querías poner en orden. Tienes mucho orden, mucha precisión. Yo no soy ordenada ni precisa, sobre todo en la elección de las palabras. Tú me has enseñado a expresar mis pensamientos en orden, me has enseñado que el lector no sabe lo que sabe la persona que escribe. El escritor está obligado a transmitir los pensamientos de manera simple y clara. Había simplicidad y claridad en ti, la pureza estaba en ti. Ahora, leyendo tus libros, veo en ellos esta simplicidad, similar a los manantiales en el palacio del Sultán, que llevan el jazmín que cae en el silencio de la mañana.

Decías que los puntos suspensivos son una mala forma, que no es necesario colocar signos de exclamación en todas partes, que hay que poder

expresar sentimientos y pensamientos con palabras, no con signos. Y esta, también, fue tu simplicidad natural. ¿Recuerdas cuántas cafeterías hemos visto corrigiendo nuestra novela? Sí, ahora lo sé, esta no es mía, pero nuestra novela, sin ti y tu ciudad, no existiría.

Recuerdo la cafetería Titas, junto al río que no se llama Darro. En esta cafetería nos sentamos un par de veces y fue allí donde éramos robados por los gorriones. Parecía que era una fiesta aquel día. Observamos a los caballos que pasaban por la avenida y tú me explicaste cómo distinguir un caballo árabe de un caballo español. ¿Por qué era esto importante para mí? ¿Por qué esto es importante para mí ahora? ¿Por qué no una carrera, no un trabajo en empresas de renombre, sino la diferencia del caballo árabe y el caballo español? ¿Por qué exactamente esto me importa cuando sé que no tendré un caballo árabe ni un caballo español?

Me enseñaste a ver la belleza. Me enseñaste a ver la naturaleza alrededor, a notar los mirlos y las amapolas solo porque son mirlos y amapolas, solo porque lo son ahora y mañana no habrá nosotros.

Uno se extiende tras otro, como en un cuento de hadas. Y recuerdo que, pasado el tiempo, en la primavera, caminamos por la orilla de este río, que no se llama Darro. Caminamos durante mucho tiempo, hasta que llegamos a los espacios abiertos fuera de la ciudad. Tu cortas una manzana con una navaja. Era una navaja plegable que siempre llevabas contigo. Por alguna razón, entonces esta navaja me parecía vieja. Pensé que cuando mi papá era pequeño, siempre llevaba un cuchillito pequeño en el bolsillo que parecía una navaja. Tú me has dicho que aquellos que viven en la naturaleza necesitan navaja.

Comimos la manzana que has pelado y cortado con la navaja. Caminamos cada vez más lejos. Caminamos durante mucho tiempo, hasta que tu ciudad se perdió, mi montaña se escondió, hasta que la carretera se convirtió en campo. Pues, en este campo, me pareció otra vez ser libre. Que nadie me encuentre nunca, no llevará a ninguna parte. ¿Cómo ocurrió que ahora estoy en la ciudad con gaviotas? ¿Yo misma volví, por mi voluntad?

Comimos bayas que recogimos en el camino. Al igual que en un viejo cuento de hadas de la

infancia. Me dijiste qué plantas se puede comer y cuáles no. Mostraste cómo doblar las ramas. Adivinaste el canto de los pájaros. Dijiste que estos pájaros se llaman palomas torcaces. Amabas a las palomas torcaces. Los llamaste los pájaros más puros. Y siempre bromeé y dije que el pájaro más hermoso es una paloma, una paloma urbana común. Y no pude entender si estás indignado o, habiendo adivinado, aceptas las reglas de mi juego.

Por la tarde llegamos al hipódromo. Allí, en la puesta de sol, pastaban manadas de caballos. Nos acercamos a los caballos, color chocolate del sol rojo. Estamos en silencio. Los miramos. Estaba tranquilo. En algún lugar olían a rosas. Y nos paramos apoyados en una cerca de madera, nos paramos en campo de orejas maduras y nos preguntamos cuál de estos caballos era Ibrahim. ¿Quien es Ibrahim? Recuerdas el caballo ciego de nuestro cuento, el caballo color crema? Mirabas a los caballos y de repente me has dado un signo con la cabeza, diciendo que habías encontrado a Ibrahim. Ahí está, muy lejos, mirándonos.

¿Quién entró en mi juego? ¿Tú? ¿O un caballo mirándonos? ¿O tal vez no era un juego? De

hecho, entre la verdad y el cuento de hadas no hay límites. Tu ciudad una vez los borró. E Ibrahim aún levanta su rostro cremoso y nos mira con sus sabios ojos. Te sigue mirando, me sigue mirando.

Nuestra cafetería en el Realejo.

Cuántas cafeterías hay en tu ciudad. Cuantos mirlos y amapolas en ella. Por supuesto que recuerdas la cafetería en el Realejo. Aquí llegamos y todo se repite: té verde dulce, tu computador rojo, gorriones ladrones, mis labios quemados y sonrientes. Pedimos solo té y para nosotros llevan galletas como el postre que en tu ciudad se llaman "orejos", palmeritas. Nuevamente vinimos a esta cafetería otra vez solo por las orejas, pero en esta segunda vez no nos traen estos dulces.

Una vez bajaba de la universidad al centro. Era de noche, entre semana. Me encontraba contigo por las mañanas y más a menudo, los fines de semana. Por lo tanto, no esperaba encontrarte aquí. Caminando hacia casa desde el mercado y llevabas en un paquete palmeritas que acabas de comprar para mí. ¿Por qué nos encontramos entonces por un momento y por casualidad? Tal

vez para entender que me cuidabas, incluso cuando estaba lejos.

Princesas en sobres y en mis libros.

También había una cafetería en el centro de tu ciudad. Pero apenas la recuerdo. Era verano y terminamos de editar nuestra novela hacía mucho tiempo. En esta cafetería, pensábamos ya en la portada. Mi mamá dibujó la portada para el libro. Le expliqué que debería haber una princesa con zapatillos rojos en la portada.

La princesa resultó sin zapatos. Y ella salió exactamente en el estilo en que mamá dibuja a todas las princesas. No, ahora ya no dibuja princesas, ya no las dibuja, solo flores. Pero recuerdo cómo ella pintaba estas princesas para mí cuando era niña. Y también recuerdo a las princesas que ella pintaba a papá en sobres cuando aún eran novios. ¿Por qué han pasados los años, ¿Por qué cambió todo y solo las princesas de mi mamá, con las manos delgadas, como la suya, aparecen en las portadas de mis libritos?

Cuando supe de Sinombre

Cerca de nuestra casa, en Plaza Larga, había una cafetería. Estaba ubicada en un rincón de la plaza, invisible, pero acogedor, bajo un alar cubierto de uvas o jazmín. Nos encontramos allí dos veces. Y ambas se entrelazan ahora en una sola mañana soleada. Estamos sentados en la mesa. Abres tu computador rojo. Llegan los gorriones. El texto de la novela está casi preparado, nos queda poco. Traes tu novela, Sinombre, la novela de burro. Esta novela contiene tus pensamientos sobre la vida, tus poemas, en los que algo respira de Lorca. O quizás no de Lorca sino de tu ciudad. ¿O tal vez tu ciudad respira en los poemas de Lorca, en tus poemas y en las líneas de nuestra novela?

Esa mañana soleada no sabía el nombre de tu novela. Acabo de escuchar atentamente tu explicación de que la novela debería dividirse en capítulos. Recuerdo que la primera vez que te di mi novela, trataste de dividirla en capítulos y de repente te confundiste. Mi novela fue una inundación de recuerdos no hechos realidad. Pero aún así pudiste poner orden en ella, eliminaste la división de la novela en dos líneas paralelas, los capítulos fueron fáciles y claros. Agilizaste los pensamientos del caballo y la

princesa. Limpiaste mi novela de puntos suspensivos. La hiciste clara y concisa, como la palabra "Tú". Pero no pudiste eliminar los dos capítulos. En cada uno de los capítulos solo había una palabra “silencio”.

El silencio

¡Que mucha paz y tranquilidad tienes dentro de ti! ¡Cómo entiendo ahora la importancia de esta simple palabra “silencio” que puede llenar consigo todo el capítulo! Aquí, en la ciudad de las gaviotas, su grito, como un ladrido de perros, nunca deja de batir en mis oídos. Me acuesto, apago la luz en mi habitación pequeña. Abro la ventana de par en par. Y, como en un océano negro, me ahogo en este cuadrado del cielo. Aquí, una gaviota parpadea, corre hacia mi ventana. Ladra. La gaviota ladra. Esta no es la gaviota de Chéjov. Este no es un ave que flota en el aire limpio.

Estoy acostumbrada a las gaviotas en esta ciudad. Yo alimenté a una de ellos con mi mano. Pero fue hace mucho tiempo, entonces en aquella época me encantaban estas grandes aves. Las gaviotas se acercan demasiado a mí, legiones de gaviotas, innumerables legiones de

gaviotas irrumpen en mi ventana. Rompen el vidrio de la ventana, rompen el vidrio de mis ojos. No, no odio a las gaviotas. Me enseñaste a ceder, tratar de entender las cosas. Ahora trato de entender que estas aves son gaviotas, que estoy aquí en la ciudad de las gaviotas. Es la ciudad hermosa y eterna. Sin embargo, las lágrimas de cristal de la Virgen María gotean de mis ojos a lo largo de muchos siglos seguidos en una calle con una puerta amarilla en el número diez.

El silencio

Probablemente, cuando termine este pequeño mensaje para ti, después del último capítulo pondré la palabra "silencio". Pondré esta palabra como si fuera un disco en perpetuo movimiento. Y nosotros, en los dos extremos de la tierra, nos sentaremos y escucharemos nuestro silencio común, en el que caen lentamente las hojas de tu ciudad, la nieve de mi ciudad, nuestras palabras.

Pero, probablemente, todo no será así. Ya no estaremos en nuestras ciudades, divididos por países, mares, ríos y años. Estaremos en algún lugar por encima de todo esto, en algún lugar

que está más allá de las gaviotas y torres del palacio del sultán. Somos dos dioses sonrientes. Ya ves, ahora sabes tú también quiénes son los dioses sonrientes.

Mis epígrafes en tus libros.

Pero me distraigo de nuevo. ¡Simplemente mis pensamientos se pierden! Son las gaviotas culpables de esto. Pasan volando, cortan un cuadrado negro en la ventana por la mitad. Pero no puedo cerrarla, hace mucho calor en la habitación. El verano llegará pronto a esta habitación. La primavera ya ha pasado y la lila en la carretera de Murcia ha florecido, la rosa de pitiminí ha florecido, el té de montaña ha florecido en la montaña, donde no hemos venido esta primavera. El verano llegará pronto a mi habitación.

¿De qué hablé? Sobre Sinombre. Pasará un año entero y me enviaras tu novela. Todo este año en la ciudad con gaviotas escribiré una novela sobre el desierto. Quiero que tus palabras sean el epígrafe de mi novela. Busco mi epígrafe en tu libro y lo encuentro. "Como si no hubiera vida ni dolor ni soledad ni sueños ni necesidad

de amar, que inevitablemente resucita en nuestros corazones".

¿Me perdonas?

Aquí nos sentamos en una cafetería, comemos cerezas, más precisamente, yo como, porque tu nunca comes nada. Traes todo solo para mí: naranjas, chocolate, cerezas, pasteles, horneados por María. Me alimentas y si no fueras ti, tendría hambre para siempre en tu ciudad. Una vez llegué a tu jardín. Me diste uvas. Volví a la universidad. Y encontré a un amigo argentino, Claudio. Cabello largo, boina negra, siempre la boina negra y la letra "s" en lugar de "l".

Nos sentamos en un banco en el pasillo frente a la biblioteca y saqué las uvas, las puse en su bolsa. ¿Tú me perdonas por eso?

Todos vosotros sois poema en el camino de Avellano

Lo conocí en el segundo semestre, es decir, en invierno. Pero le hablé mucho más tarde, casi en verano. Siempre me sentaba en la clase de literatura española en el primer pupitre, cerca de la puerta, para mirar a nuestro profesor, Luis

García Montero. Me encantaban sus clases. Además, estudiamos Lorca. Yo amaba a Lorca.
Montero tenía unos ojos hermosos y en su rostro envejecido se podían distinguir los rasgos de un joven poeta. Una vez encontraré su foto de juventud. Aquí está, en blanco y negro: lleva un sombrero de ala ancha, ha cruzado las piernas, un libro o un cuaderno en sus manos, en el que escribe sus poemas, ojos enormes y labios dibujados en modo muy pronunciado. Él es poeta. Es un verdadero poeta y en sus poemas, como en los tuyos, como en los poemas de Lorca, palpita tu ciudad, vuestra ciudad.
¿Recuerdas cómo caminamos por el sendero de Avellano que lleva, entre cuevas, fuera de tu ciudad? ¿Recuerdas, hay una plataforma donde se puede ver la Abadía del Monte Sacro, la abadía abandonada, siempre en los rayos del atardecer? También se pueden ver caballos bien alimentados en el precipicio entre el Monte Sacro y este sendero del Avellano. Hay enormes piedras montadas a lo largo del sendero. Sobre las piedras están escritos los versos de los poetas de tu ciudad. Hay poemas de Rafael Alberti. Hay poemas de Luis García Montero.

Recuerdo bien sus clases, sus poemas, su ciudad, tu ciudad. Y nunca olvidaré ni una letra. Aquí Montero cuenta sobre el famoso torreodor con el que se encontró. Aquí habla de las obras de Lorca, de Bernarda Alba. Cuenta mucho. Y yo le escucho. Sigo escuchando. No estoy en tu ciudad hace mucho tiempo y todavía lo escucho. Yo estoy escuchándolo.

Algo que no estaba en nosotros

También el argentino de la boina negra admiraba a Montero. Lo sé con seguridad. El argentino de la boina siempre llegaba tarde a las clases. Abría la puerta en silencio, pasaba cerca de mí, sin mirar a nadie. Se iba al final de la clase. Cuando pasaba cerca de mí, siempre sentía en su bolsa de cuero, algo sonando como botellas de vidrio. Yo siempre lo miraba. No sé por qué pero me gustaba buscar a alguien especial en la multitud y mirarlo.

Este argentino de la boina negra también una vez preparó una presentación. Fue a la pizarra. Muy tranquilo se quitó la boina, la puso sobre la mesa y comenzó a alisarse el cabello. Nos quedamos silenciosos esperando. Y Montero, que se retiró a las profundidades de la clase,

también esperaba en silencio. El argentino se presentó y supe por fin que se llamaba Claudio. Aunque, luego resultó que su nombre es Roberto. "¿Cómo te llamas?" Le preguntó Montero, ya que sabía que el argentino estaba registrado en las listas como Roberto. Y el argentino contestó que hoy se sentía como Claudio. Desde entonces siempre lo llamé simplemente "argentino" y nunca con su nombre. Y ahora estos dos nombres me parecen extraños a él, robados por el argentino anónimo de la boina negra.

Claudio se alisó el cabello, se volvió hacia la pizarra y comenzó a escribir algo muy largo, en el silencio de la audiencia. Escribió con precisión, por lo que incluso desde el primer escritorio era imposible desmontar nada. Nosotros esperábamos Alguien sonrió, alguien susurró, alguien se río. Pero todos esperamos, porque en este argentino con boina negra había algo especial, algo que no estaba en nosotros.

Finalmente, se volvió hacia nosotros. Lee lo que escribió durante tanto tiempo. Eran poemas de Luis García Montero. Comenzó su presentación de Lorca con los poemas de Montero. Ahora sé

que de lo contrario no podría empezar. Ahora sé que realmente apreciaba a Montero.

Simplemente sobre la máquina de escribir

Una vez llega el verano. Camino por el Paseo de los Tristes en un caluroso mediodía. Me voy encontrando manadas de hermosos turistas, pero lo distingo entre ellos, al argentino de la boina negra. Él está de pie frente a una chica bronceada. La chica está sentada en el puente, que lleva al otro lado del río que se llama Darro. Sobre el puente en el balcón, siempre se está fumando café caliente en la taza blanca. La chica está sentada en una mesa plegable blanca. Sobre la mesa no hay nada más que una máquina de escribir. Esta es una vieja máquina de escribir. El argentino le dicta algo a la chica leyendo las palabras que están escritas en su cuaderno. Esta máquina de escribir, esta boina negra, me parece ahora, entonces parecía, que todo debía ser así ya que el argentino mismo parecía una especie de otro, no de nuestra época. ¿Qué estaba haciendo?

El argentino se fue a por su enorme pez

Siempre quise hablar con él, pero no encontraba el momento. Y luego decidí que él seguiría siendo para mí un extraño, o Claudio, o Roberto. Después de las clases, aquella tarde, cuando entendí esto, lo vi en la Plaza Elvira. Regresaba de la universidad por el camino que llevaba al centro. Rara vez caminé por esta carretera, porque desde plaza Elvira hacia mi casa tenía que subir una calle muy empinada. Pero aquella tarde quise ir exactamente a plaza Elvira. Allí lo vi cruzando la calle. Y él me vio.
Nos acercamos el uno al otro. Empezamos a hablar. Dijo que iba a la librería. Pues vamos allí juntos.
Mientras caminábamos, él hablaba de sí mismo. Dijo poco, pero me pareció que lo que se decía era lo más importante. Ni el nombre, ni el apellido, ni por quién trabajan sus padres, ni cuántos hermanos tiene, ni cuántos habitaciones tiene. Solo dijo que había llegado con la nave a tu ciudad desde la Patagonia, a través del océano. Y en el barco también tenía su bicicleta. También dijo que gastaba todo su dinero en libros y en una bolsa tenía botellas de vidrio. Iba a la comedor para los pobres. Ponía la sopa y la

comida en las botellas. No tenía dinero para la comida, tenía dinero para los libros.
Entramos en una pequeña librería, el argentino de la boina negra se puso a hablar con su propietario como un viejo conocido. Hablan sobre libros que él ha ordenado. Claudio compra un libro que Montero mencionó casualmente. Ninguno de nosotros ha escrito ni el nombre de este libro. Claudio vino a comprarlo. Y entiendo que este magro argentino de la boina negra es especial.
Me da “vos”. "Vos, rusa, ¿también amas los poemas de Lorca?", Pregunta seriamente, mirándome con sus ojos negros argentinos. ¿Cómo puedo responderle? Por supuesto que si. Y sigo pensando en este "vos". De este "vos" me parece que nos perdimos en algún lugar de los siglos pasados. No se que "vos" en el dialecto argentino signifique "tú".
Por alguna razón me parece un pescador. Cuántas asociaciones extrañas causan las personas especiales. Asocio a Claudio con un pescador de un pueblo argentino, perdido a orillas de un antiguo océano. Aunque, confieso honestamente, ni siquiera sé si Argentina limita con el antiguo océano. Tiene o no tiene

fronteras, el argentino es el pescador, debe ser el pescador que pesca el pez.
¿La asociación fue causada solo por el libro "El Viejo y el Mar" que leí en esos días de verano? Tal vez, sí, pero esto no es importante. Es importante que el argentino es aquel anciano en su juventud, que había ido al mar en busca de su enorme pez.

Otoño desde lo alto de la Alhambra
Siempre tendré una canción que me hace recordar al argentino de la boina negra, algunas canciones. Siempre escuchaba las canciones de la Guardia Blanca. Muchas veces me repetí las palabras de Sagan de que cuando estás con alguien querido por ti, necesitas escuchar constantemente la misma música y los perfumes siempre deben ser los mismos. Entonces, cuando pasen muchos años, esta música y estos perfumes resucitarán el pasado.
Aquí, en tu ciudad, no tenía perfume, excepto la esencia de vainilla. Entonces la ciudad misma tenía un perfume especial, que incluso después de muchos años revivirá en mí todo lo que escribo ahora. Escuchaba la misma música. Y ahora, con ella, como por un camino secreto,

vuelvo con tanta facilidad y sencillez a esta Plaza Elvira, en aquella soleada mañana del verano, cuando conocí al argentino.
Sabes, aprendí este truco hace mucho tiempo. Ya la conocía cuando escribí la novela "Soy una princesa de los zapatillos rojos". Lo escribí mientras escuchaba música de tambuktu, un breve fragmento compuesto y interpretado por el Músico. Aquí en la ciudad de las gaviotas escribía mi novela sobre el desierto. Le acompañaba otra música, la música del viento. Y ahora, cuando escribo estas líneas, escucho tu música, "Otoño desde los picos de la Alhambra".

Paris y Lenin

Una vez el argentino me acompañó a casa. Sabíamos que nos despediríamos pronto, que partirá hacia Argentina, a la orilla del océano, en busca de un gran pez y yo me iré a la ciudad de las gaviotas. O tal vez a mi ciudad con nieves que Claudio nunca había visto.
Aquí está ahora a mi lado y miro su perfil en la boina negra. De repente dice que irá a París. Antes de salir de Europa, quiere ver París. No sé qué contestar. Entonces le digo que me gusta su

boina negra. Esta boina me recuerda los tiempos de la Guerra Civil Española y parece que tengo razón. El argentino dice que la compró en tu ciudad, en una tienda de antigüedades. Incluso sé dónde está esta tienda. Fui allí una vez. En la tienda, una vieja guitarra está colgada en la pared, los discos y los libros están dispuestos en la entrada, en todas partes donde no hay discos y libros, están exuberantes vestidos de flamenco y platos antiguos. Pero no recuerdo la boina negra del argentino en esta tienda.

Tengo otro recuerdo del argentino de la boina negra. Subimos al palacio del sultán, lo rodeamos y nos sentamos en un banco de piedra frente a una alta fuente construida en la pared. Por encima de nosotros susurra el antiguo bosque que rodea al palacio del sultán. El argentino abre la bolsa. Él saca una olla de hierro, una bolsa de azúcar y un termo, coloca los dulces en el banco.

El prepara maté, el maté argentino. Bebemos a través de un tubito de hierro el mate, amargo al principio y dulce en el fondo. Él prepara mate nuevamente, sin añadir más hierba. Ahora el mate ya no es tan amargo.

Me tomo un verdadero maté argentino, preparado por un verdadero argentino que, después de un par de semanas, regresará para siempre a la Patagonia, al océano, para coger a su enorme pez. ¿Él la cogerá? Nunca lo sabré.
Volveré a mi ciudad lejana. La nieve estará en todos, aunque el verano ya estará afuera de las ventanas. Me sentaré en mi habitación, revisaré las cartas antiguas de mi abuela y encontraré postales con Lenin. Postales soviéticas. De repente, supongo que son estas postales las que debo enviar al argentino que coge un enorme pez en la lejana Patagonia. Pondré todas las postales y la foto con Lenin en un sobre, escribiré la dirección del argentino y, por primera vez, el nombre del argentino. No puedo esperar una carta de respuesta.

La pez, a cual dan de "vos"

¿A quién está ahora diciendo “vos” el argentino? Y entiendo que incluso el pez enorme que una vez pescará, el argentino de alguna manera especial y antigua, dirá "vos". Alisará el pelo largo, se levantará de la orilla del océano y se irá a una escuela. Sí, él enseña literatura en una escuela.

En Argentina, está mi libro sobre la historia de la literatura española, en dos volúmenes, que compré en la misma librería en la que él compró sus libros. Antes de partir, le regalé este libro. Él lo necesita más que yo, él, que está capturando un enorme pez, un extraño, especial argentino.

Barco hundido en el jazmín

"El viejo y el mar", este libro se ha vuelto muy importante para mí. Tal vez porque el argentino me recordó al protagonista del viejo en su juventud, aunque incluso el propio Hemingway no sabía cómo era el viejo cuando no era un viejo. Y en este libro encontré una reflexión sobre la palabra "mar". En tu idioma, "mar" puede ser femenino y masculino. Matemáticas simples: si la palabra "mar" es femenina, combinándola con el artículo resultará el verbo "amar".

Recuerdo que esto me fascinó tanto que se convirtió en una de las ideas de nuestra novela. En mi título anterior del libro, "Entre la nieve y el desierto", quería oponer estos dos mundos. Tu mundo, el mundo de tu ciudad, donde se rige la época de aceitunas, donde surge el palacio del

sultán, donde los mirlos y las amapolas son eternos. Para mí, este mundo estaba asociado con el amarillo, el color del calor, el color del desierto. Para mí, este color me parecía el color del sol, la mimosa, la bufanda de gas de mi abuela. Otro mundo. Toda mi vida fuera de tu ciudad. Este mundo es blanco, el color de la nieve eterna. Me parecía que me estaba abriendo camino a través de las nieves blancas del jardín de mi abuela, desde mi infancia hacia mí actual. Los años pasan, los años pasan, pero la nieve que vuela en el jardín de mis abuelos no se detiene. Sigue cayendo sobre mi cabeza hasta que se vuelva blanca como la nieve, como los picos de Sierra Nevada, como la taza de café en manos del extraño.

Entre la nieve y el desierto, como si estuviera entre dos mundos, se extiende la mar, al que un día hay que entrar. Esta mar es amor. Y en esta mar no hay puertos, no hay costas. Es eterna.

¿Tal vez todo esto es una estupidez? Es posible. Después de todo, ahora, releyendo muchos de mis cuentos, veo toda su ingenuidad. Probablemente, nuestra novela y estas meditaciones sobre los mares, los desiertos y la nieve, alguna vez me parecerán ingenuos e

inútil. Cualquier pensamiento sobre la eternidad será ingenuo e inútil. Quizás, la eternidad, solo hay que mirarla sin palabras desde la altura del Mirador San Nicolás, desde el balcón del desconocido, quién me ofrecerá una vez una taza de café humeante.
Y sin embargo, cuando escribí la mía, nuestra novela, realmente escuché que la eternidad pasaba a mi lado. Abría lentamente todas las puertas de mis habitaciones, yo caminaba tras ella por las calles de tu ciudad, por las calles, como por los pasillos de un barco hundido en jazmín. Sentía como lloraba con lágrimas de vidrio la Virgen María. Y inútilmente intentaba calmarla.

Pequeña página desde ningún lugar
Releo mi diario y entiendo que nunca volveré a contar lo que está escrito en él, que los diarios seguirán siendo los diarios. Pero un día, supongo que daré todos nosotros los nombres de otros y contaré todo. Para no olvidar, para recordar. Pero ¿por qué? Después de todo, me iré también y para quién escribiré todo esto y el que una vez haya leído estas líneas ya no sabrá de mí. Y sin embargo hablaré, escribiré, de

modo que el pasado ahora late violento y dolorosamente sobre mi corazón.
La eternidad es inventada por los que amaron. Pero todos amamos. Todos éramos dioses sonrientes. Y mi abuela con un pañuelo de gas y mi abuelo, que soñé esta noche y yo y los gobernantes moros de tu ciudad y María, que horna pasteles. La eternidad la hemos inventado nosotros. Y nada más existe excepto esta eternidad. E innumerables legiones de recuerdos, sonrisas, manos apretadas, mirlos y amapolas, van a esta eternidad siguiendo los caminos de nuestras almas. Quiero que seas eterno. Quiero ser eterna yo.

Maletas con el pasado de otros

De nuevo regreso a la ciudad de las gaviotas. Probablemente, esta vez la ciudad de las gaviotas sintió mi traición. Por eso, me recibió con tanta indiferencia. Además de la soledad de la noche de Navidad, no tengo nada que recordar sobre la ciudad. Fuera ya está oscuro y muy frío. Voy a la catedral de Santa María. Voy allí solo porque no sé adónde ir. Estoy buscando el silencio. Siento que esta ya no es mi ciudad y nunca fue la mía.

Que desesperadamente gritaban las gaviotas sobre mi.
No quiero pasar la noche de Navidad en una ruidosa y divertida compañía de amigos, donde me alojo. La soledad no es tan aguda cuando me siento en la catedral nocturna, escucho la misa de Navidad, me caliento las manos en los bolsillos y puedo guardar silencio. Puedo permanecer en silencio todo el tiempo que quiera, porque nadie me conoce, porque nadie más me reconoce en esta ciudad de las gaviotas.
¿Por qué la ciudad de las gaviotas está tan vacía ahora? Después de todo, en algún lugar de aquí están mis maletas. En algún lugar cerca de mí duermen mis amigos. ¿Por qué me siento así? ¿Como sino solo los vestidos sino todo mi pasado en esta ciudad estuviera encerrado en las maletas?
En este viaje, finalmente me despido con la ciudad de las gaviotas. La ciudad me olvidará completamente. Entonces, cincuenta páginas de recuerdos y las gaviotas están olvidadas. Nunca me acostumbraré más a las gaviotas.

En mi casa está nevando
Después regresaré por un poco, a mi casa.

En mi casa está nevando y engordan los patos en el río Uvod'. Compro regalos para Markush, colores y lápices. Tomo té con mi mamá en la cafetería favorita. Camino con mi papá por la ciudad cubierta de nieve. No extraño tu ciudad en absoluto porque me perdí en mí misma. Porque estoy en mi casa. Y en casa propia, todo de repente se vuelve simple y claro. Veo la nieve fuera de las ventanas. Mientras cae, despacio y en silencio. Ni las gaviotas le molestan.

¡Cuánto jazmín hay en nuestro destino!

En marzo, vuelvo a tu ciudad. Los ojos están cegados por el sol de marzo. Voy en un pequeño autobús a lo largo del Paseo de los Tristes. Por primera vez voy por el Paseo de los Tristes en autobús. Miro el sol, miro por la ventana, veo cómo en la ventana sobre el río, que se llama Darro, se fuma la taza de café, me veo a mí tocando la guitarra frente a la Catedral de San Pedro.

Ya he pasado un año en la ciudad de las gaviotas, aún recuerdo esa mañana de marzo desde las ventanillas del autobús, recuerdo cómo está floreciendo todo. Árboles en flor,

catedrales en flor, sonrisas de transeúntes en flor, mi reflejo en el vidrio en flor.
Subimos por la carretera asfaltada que conduce a Albaicín. Recuerdo a los pasajeros mayores sentados en el autobús, todos ellos son residentes de nuestra montaña, que ahora estamos subiendo. Discuten algo ruidosamente y diligentemente. Me pierdo en su colorida charla. Todos estamos perdidos en el perfume de jazmín.
¡Cuánto jazmín hay en mi destino! ¡Cuánto jazmín hay en tu ciudad! Y de repente me parece que no hay diferencia entre mi destino y tu ciudad.
Una vez nos sentamos con el Músico en su habitación. El brasero estaba encendido debajo de la mesa cubierta por la manta. La tela escocesa brillaba en la penumbra de la noche, como el ojo de un dios sonriente. El brujo no me miraba. Miraba aquel ojo resplandeciente. El Músico me contaba como su abuela siempre esparcía flores de jazmín por la casa. Y toda la casa olía a jazmín. Por la tarde despedí al Músico. Y mientras subía por las estrechas calles hacia nuestra casa, recogía flores de jazmín.

Ahora, cuando escribo estas líneas, pienso que a mi abuela también le encantaba el jazmín, un pequeño y delicado árbol de jazmín, que plantamos con mi papá especialmente para ella. Bajo, leproso, floreció magníficamente, con grandes flores. Por las mañanas y hacia la noche, el árbol estaba cubierto de humedad y olía fuertemente. Olía tanto que aún puedo distinguir su perfume incluso aquí, en la ciudad de las gaviotas, incluso ahora, cuando mi abuela había dejado el jardín de jazmín para salir por algún lugar y adonde va hace mucho tiempo. Y no diviso su figura en la carretera, cubierta por años o por la nieve de los trenes que pasan a alta velocidad o por los pétalos blancos que caen.

Dedicatoria pequeña

Accidentalmente encuentro en el diario un par de líneas sobre ti. El veinte de febrero, estamos hablando contigo acerca de libros. Más precisamente, cuentas cómo se publican los libros. En este día, por primera vez, nace en mí un sueño de escribir el libro "Épocas de aceitunas", escribir no por el libro, sino por su dedicatoria. Después de todo, lo más bonito es dedicar libros. Pero, probablemente, se puede

dedicar no solo libros, sino también ciudades, lágrimas de vidrio, sonidos de una guitarra y el olor de las flores. E incluso si todo este mundo no es mío, te dedico toda su belleza, te dedico todo lo que mis ojos me dicen sobre este mundo, lo que escuchan mis oídos, lo que tocan mis manos. Te dedico este mundo. Te lo dedico aquí, en estas líneas, ahora mismo.

Vi el color de sus ojos

Todo comenzó en un domingo soleado, simple y tranquilo. Me desperté y pensé en ti, y también en mi promesa de dibujar ilustraciones para tu libro. Me levanté, preparé té dulce. Cociné un aguacate con tomate, salado, salpicado. Me senté a desayunar en mi habitación llena del sol y de vez en cuando miraba al jardín de naranjas de enfrente, cubierto de rosas. En aquella casa, las persianas seguían cerradas. Era temprano. Comencé a hacer bocetos para tu libro. No tenía prisa. No debería ir a ninguna parte esta mañana. Tu ciudad asentó la paz en mí. En tu ciudad aprendí a dibujar nuevamente, en tu ciudad aprendí a tocar la guitarra otra vez, en tu ciudad escribí mi primer libro.

Nuestra casa estaba tranquila, todos todavía dormían. Sólo Markush se despertó. Me dio pinturas, un paquete pequeño y sucio de pinturas para niños. Con estos colores pintó muchos y hermosos bocetos. Éramos pobres y felices.
La electricidad fue cortada esta mañana. La estufa y el ordenador desconectados. Y nos vimos por primera vez uno a otro. Vi que Markush tenía los ojos tristes, de color gris verdoso. Ni siquiera podíamos calentar el hervidor. Llamé a Markush a la cafetería. Saqué dinero que guardé en un frasco de plástico de queso. Me puse un suéter gris prestado por Markusha. Salimos de la casa donde Leo y Stephen seguían durmiendo. No llevamos nada con nosotros. No necesitamos ningún documento, teléfono ni nada por si acaso. En tu ciudad no hubo casos. En tu ciudad, todo era sabio y simple.
Nos sentamos en una cafetería soleada en una mesa. Nos alegramos de que la electricidad estuviera cortada. Nos han traído té verde en las teteras árabes de hierro. Té verde, en tu ciudad beben té verde verdadero, té de leche verdadero, té de hierbas verdaderas. Todo en tu ciudad es

verdadero. No hay té de bolsitas. Té de bolsitas bebo aquí en la ciudad de las gaviotas. Y como los bolsillos de té, mi sonrisa, mis lágrimas, el olor de flores, incluso los recuerdos tuyos y de tu ciudad son todos no verdaderos. Verdaderas son solamente las gaviotas que se rompen en el vidrio de mis ventanas para hacerme regresar finalmente a esta ciudad.

Regresamos con Markush especialmente felices y despreocupados. Subimos por la valla que protegía las antiguas ruinas. Caminamos entre las margaritas amarillas, el alambre y el hormigón. Pero no pude volver a escalar la valla, a pesar de ayuda de Markush. Un inglés alto y delgado que dejó una manada de hermosos turistas, me puso sobre sus hombros y me bajó con cuidado al suelo. Éramos dioses tan frágiles y aún sonrientes, como las margaritas amarillas detrás de esa valla alta.

Y el té de manzanilla nunca se enfriará

Casi al mismo tiempo, en la primavera, Markush y yo empezamos a desayunar juntos. Me levantaba temprano por las mañanas, salía corriendo a Plaza Larga, cerca de nuestra casa, pasaba por el mercado que hacían las personas

similares a los gitanos de Monte Sacro. A lo largo de la calle estrecha que conduce al bar donde se baila el flamenco por la noche, a lo largo de la calle estrecha que conduce a la casa de Michael y la de Alex, iba a una pastelería.
La pastelería se abría temprano. Una muchacha de ojos bizcos, silenciosa y sencilla, me saludaba. Tenía dinero en mi mano y le pedía algo muy sabroso pero no caro. Ella siempre me cortaba una tarta de chocolate marrón y nueces. Yo volvía a casa. Casi nadie había todavía en la plaza. Pasaba por una pastelería en la que una vez me has dado a comer los dulces. Me iba a casa. Yo y Markush salíamos a la terraza o al cuarto de enfrente a la terraza, llevando té de manzanilla humeante en botes.
Ni Markush ni yo teníamos tazas. Más bien no tenía taza Markush. El primer día en tu ciudad, inmediatamente me compré una taza. Y solo después, Markush me enseñó la vida de un vagabundo.
Tomamos té de los botes y comimos un pastel de chocolate con nueces. Miré a Markush, a sus codos flacos que sobresalían de debajo de la amplia camiseta, a los ojos miopes de color gris verdoso detrás de los vidrios de anteojos, a la

nariz un poco caballete como la de los judíos. Recordé a Markush porque sabía que iba a pasar todo. Pronto todo terminará, el té pronto se enfriará.
Luego, en la terraza con Markush, con un pastel, té en los botes, con el ruido de las persianas en la casa cubierta en el jardín de naranjas, ya amaba a tu ciudad. La amaba tanto como la amo ahora. No perdí ni un momento de este amor, ni una sola flor del jazmín que se derrumbó bajo mis pies.

El humo

Pero una vez más me pierdo en mis recuerdos, así como me perdía por las calles de Albaicín en los primeros días en tu ciudad. Hablé sobre el Músico. Entonces le traje tu libro con mis ilustraciones. Y decidimos que pintaría su mesa con una de estas fotos, con granadas y pájaros. Pero la mesa quedó sin pintar.
Nos sentamos en el suelo, en la alfombra blanca, junto a esta mesa y escuchamos música, algo de música flamenca antigua. Había mucha nostalgia en este flamenco y algo extraño, cercano a él, desconocido para mí. Y luego recordé que hacía cuatro años, como el Músico

que siempre era español, se convirtió al Islam y los vientos del sufismo soplaban en su alma. Y estos vientos me sacaban a mí de su corazón. Me infectaban con tormentas de arena de soledad.

El Músico seguía diciendo que éramos humo. Que él es humo, que yo soy humo, que incluso tu ciudad es humo. Tanto los jazmines como los mirlos y las amapolas son humo. Dijo que si hubiera perdido su guitarra antes, estaría terriblemente molesto, pero ahora no le importa. Ahora él no está apegado a nada. Porque todo es humo y no te puedes acostumbrar al humo.

Lo escuché y no quise creerle. Me lastimaron sus palabras. El Músico era ambivalente. Y así siempre traté de hablar no con este Músico, que sabe todo sobre el sufismo, sino con el español de ojos verdes, sonriente, que sabe enamorarse, sufrir con lo que él era hace cuatro años.

No somos viento, no somos humo. Sí, nos derretiremos: él, yo y los olores de jazmín y estos mirlos en el jardín, y estas amapolas en las laderas del Monte Sacro. Pero esto no es importante. Es tan insignificante en comparación con lo que una vez creímos y amamos. Miré a los ojos del Músico, miré por la

ventana de su habitación, detrás de la cual tu ciudad respiraba flores y primavera y supe: somos eternos. Todos hemos atravesado esos límites hace mucho tiempo donde no hay tiempo, ni principio, ni final. Concreto y alambre, los palacios y teoremas de Pitágoras: todo desaparecerá, excepto los mirlos y las amapolas.
Un día, alguien caminará por el Paseo de los Tristes y echará un vistazo al otro lado del río, que se llama Darro. O tal vez este río ya no se llamará Darro. Él, como yo alguna vez, verá la siempre humeante taza blanca de café. Y el humo que se alza sobre ella.

Sobre todos los paraguas a la vez

En la primavera, el Músico me invitó a la terraza de su nueva casa.
La terraza flotaba en flores, en sol, en primavera. Y de repente me pareció que navegábamos con ella, como en un barco blanco, como en una gran taza de café sin bancos. Nos sentamos en la terraza en una mesa bajo dos sombrillas altas. Por alguna razón, ahora recuerdo que cuando era niña, mi padre y yo fuimos a plenairismo. Era verano. Papá

sacaba una caja de pinturas, colores, lienzo. Y también un gran paraguas de lona gris con una pata de hierro apuntada al final. Este es un verdadero paraguas de un artista soviético. Me encanta este paraguas. Y también me encanta la sombrilla del Músico.
Nos sentamos con el Músico en la terraza y tomamos café dulce. El Músico siempre toma café por la mañana. No, este no es un café que se bebe en la ciudad de las gaviotas. El café en la ciudad de las gaviotas es siempre fuerte, siempre corto, masculino, rencoroso. Lo beben para despertarse y correr. El café del Músico es dulce, largo como el humo que sale de su cigarrillo, que ahora fuma, cubriendo su rostro oscuro y su sonrisa errante con un sombrero de paja.

Sombrero de paja y gorrión

Este sombrero me lo regalará una vez. En mi diario, encontraré incluso el día en que el sombrero de paja del Músico se convierta en el mío. El noveno día de abril, mañana en la terraza, café dulce, nosotros. Es fin de semana. En la terraza hay muchas macetas con flores. En la esquina, una enorme botella de pintura

blanca. Nos sentamos en la mesa y bebemos café, el Músico habla de humo, escondido por el sombrero de paja. Le escucho y no creo en ninguna de sus palabras.
Pienso en aquel momento que le estoy agradecida por el hecho de que ahora puedo estar en la terraza que flota en el océano floreciente de tu ciudad. Desde este océano surgen como los icebergs, el palacio del sultán y los picos nevados de la Sierra Nevada. Sé que nuestro barco con macetas ahora tropezará con estos icebergs. Sé que nos ahogaremos en tu ciudad, nos hundiremos, dejaremos de ir a la deriva. Cubriremos como con limo, con jazmín y rosa pitiminí. Y con los ojos abiertos para siempre, veremos como flotan cerca de nosotros mirlos y amapolas, pasos y música.
El Músico habla de humo, pero no le creo. Estoy observando al gorrión que se paró en el tejado de la casa. El gorrión es pequeño, como si fuera una pasa seca. Da saltos, nos mira con un ojo precioso. Da saltos de nuevo con miedo de acercarse a nosotros. Piensa que comemos algo muy sabroso, insectos o granos. Miro al gorrión. Y entiendo que soy feliz porque el café es dulce, porque el jazmín en algún lugar del

fondo huele como en el jardín de mi abuela, porque tu ciudad es hermosa, y tal vez porque nosotros somos dioses sonrientes. Estamos de nuevo los dioses sonrientes. Y los dioses no se convierten en humo. Nunca.

Salgo esta mañana del Músico para hacer mermelada. Ahora pienso en qué pequeñas preocupaciones se centró mi vida en tu ciudad. Sin documentos, sin salario, sin horarios, sin reuniones de negocios. Yo cocino mermelada de manzana. Lo vierto en dos jarras, una para ti, la otra para el Músico. Ato las cubiertas con papel naranja y un lacito.

Amo tu ciudad, amo las ciudades en las que no agradecen los regalos comprados en tiendas caras, sino mermelada hervida, sonrisa, música, un ramo de amapolas con margaritas amarillas.

Vengo a casa del Músico de nuevo. Él no me espera. Esta sentado en la terraza con su amigo, un árabe. No conozco a este árabe. Un árabe me invita a sentarme con ellos y tomar té árabe. El Músico me sonríe. Está todo manchado con pintura blanca. En la cabeza tiene el sombrero de paja. Las manos y la espalda están quemadas. Dice que quiere pintar la terraza de blanco. Probablemente, él también se da cuenta de que

esta terraza es un barco blanco, es nuestra taza blanca de café.
El árabe trae té. Nos sentamos bajo las sombrillas y tomamos el dulce té de miel. Luego el árabe y el Músico me piden que toque algo de música para ellos. Tomo la guitarra y toco. El Músico se levanta, empieza a pintar la terraza. El árabe me escucha y bebe su té. Luego se va, yo sigo tocando la guitarra.
Finalmente, el Músico se endereza la espalda, me detiene. Se quita el sombrero de paja y me lo pone en la cabeza. Me recuerdo en aquel momento: estoy con un vestido rojo que mi mama y yo compramos en Ivánovo y con el sombrero de paja. Lo sé, no estaré más tan feliz y flotando en una taza de café blanca como la nieve. Seré otra, mejor o no, pero no la misma. Y el gorrión ya será otro, con el mismo ojo precioso, pero otro. Porque en esa calurosa tarde, ya voló a alguna parte, a alguna parte a donde se fueron para siempre la mañana y el café y el amanecer que se reflejó por un momento en los ojos verdes del Músico, en mis ojos marrones.
Ahora el sombrero de paja está colgado en mi habitación, con las ventanas detrás de las cuales

hay nieves eternas de mi ciudad, mi Ivanov. Los patos engordan en esta ciudad en invierno. Salen de los agujeros de hielo descongelados y caminan durante mucho tiempo sobre el hielo del río. No saben del gorrión con un ojo precioso ni de las terrazas parecidas a tazas de café blancas como la nieve. En mi ciudad, blanca es solo la nieve, solo las calles cubiertas de nieve son blancas, solo los teatros, solo las linternas que se balancean en la noche, solo las tormentas de nieve que las oscilan.

Sombra

Esa mañana dejé al Músico llevando el sombrero de paja, fui directamente al Paseo de los Tristes para tocar la guitarra. Por la tarde, regresando a casa por las calles enmarañadas de Albaicín, fotografié mi sombra. Era una sombra extraordinaria, una sombra sobre el tosco muro de la catedral, la sombra de un hombre-guitarra, con el sombrero con alas curvas. Tal vez el hombre-guitarra también sea una fantasía, pero la melodía del Músico todavía suena en mí, que no puedo ahogar con nada. A veces, solo el graznido de patos, engordados de Uvod' y ventiscas de nieve en el jardín de mi abuela, por

las noches, me alcanzan, ahogando la melodía del Músico y el ladrido de gaviotas que golpean a mis ojos abiertos de par en par.

Mirador cerca de una tetería que está custodiada por un enorme gato blanco.

Esa tarde, cuando el Músico me regaló el sombrero de paja, cuando el sol rojo bajaba sobre tu ciudad, dejé la guitarra en mi habitación y fui al mirador, a otro mirador, el que conduce a la tetería, que está custodiada por un enorme gato blanco. El camino hacia este mirador pasa por la plaza, donde Markush y yo bebimos té por la mañana. Desde la plaza, la calle baja a la otra donde una granada madura estaba colgada detrás de la cerca y Manuel y yo intentamos arrancarla. Junto a esta calle se encuentra el mirador.

Fui a este mirador y por casualidad encontré al Músico aquí. Estaba con otros músicos. Todos miraban la puesta de sol, tu ciudad, más allá de la cual se podía ver la cima del Monte de los Suspiros.

Después de un tiempo, me encontré de nuevo con el Músico en este mirador. A menudo venía aquí a la misma hora del día. Ahora pienso que

son felices aquellos que hacen citas no para ver partidos de fútbol, sino para mirar el sol rojo. Para ver cómo el sol rojo se pone lentamente, cómo su cuerpo jugoso se pincha en la cima del Monte de los Suspiros, en la torre de la catedral, en el techo, como hace hervir el cielo, cuando de repente desaparece y todo se enfría, se vuelve negro. Y la noche viene junto con la luna, que sabe todo sobre nosotros, sobre nuestros sueños, que una vez fueron esperanzas.

Maestro

Con el sombrero de paja, el Músico me ha dado el Rubí de Omar Khayam. Pero su libro favorito era "Paloma" de Khalil Gibran. En su nueva casa hay algunos libros, sus libros favoritos, colocados en la estantería. Le pido que me de uno de estos libros porque quiero entender al Músico, pero en vano intento hacerlo. Probablemente, al Músico solo hay que escuchar cómo escuchan los sabios, cómo escucharon los sabios una vez.

Siempre tengo el deseo de escuchar a los sabios. Este deseo se originó antes de conocerte a ti y a tu ciudad. Una vez escribí la novela “El maestro y el desierto”. La novela fue dedicada a

Doménico Ascione, mi profesor de guitarra. Pero Doménico Ascione aún no ha leído la novela. En esta novela, mi deseo de encontrar a un maestro, un maestro que me contara sobre la vida, que me enseñara cómo vivir.
Quería escuchar. Quería guardar silencio y escuchar así como escuchaba al Músico, como te escuchaba a ti, como escuchaba a tu ciudad. ¿Por qué no nos damos cuenta cuando nuestros sueños se hacen realidad? Ahora, en la ciudad de las gaviotas, entiendo que eras tu mi maestro. Me enseñaste mucho. No, no me refiero a que me enseñaste a escribir, no a eso. Pero sobre esto, probablemente, también.
Por tu ejemplo, has despertado en mí deseo de escribir. Me contaste cómo te despertabas por las mañanas y escribías de seis a siete de la mañana. Entonces me di cuenta de que ser escritor es trabajo. El tiempo pasará y buscaré ansiosamente a mi alrededor a aquellos que se llaman a sí mismos, aunque en secreto, escritores. Y encontraré a Shay, mi profesora de hebreo. Shay me contará cómo escribió su novela. Cada día escribía un cierto número de páginas. Por la noche ya sabía que iba a escribir mañana.

Intenté seguir su consejo. Pero no lo logré. Quería escribir una cosa, pero escribía otra cosa, mis pensamientos estaban huyendo a algún lugar, lejos de los temas decididos. Creo que escribía como Alex, aunque no sé cómo escribe Alex. Solo sé que escribe todos los días, escribe como si estuviera respirando. Tiene necesidad de escribir.

Una vez que trajiste a la cafetería de nuestra universidad notas sobre cómo dirigir la historia, qué tipos de narraciones hay. No recuerdo ninguno de los tipos de narraciones. Pero recuerdo el sentimiento de gratitud hacia ti por el hecho de que querías transmitirme tu sabiduría, tu conocimiento.

Y este sentimiento de gratitud ahora está escapando de mi alma, desmoronándose en un papel con palabras sobre ti, con este pequeño recuerdo de ti. No recuerdo los tipos de narraciones ni las composiciones ni las estructuras ni los héroes. Pero recuerdo las horas de la mañana en la cafetería de la universidad, cuando me estabas esperando en la fuente.

Aquí estás, encorvado y delgado, subes una escalera, llevas una bolsa contigo. Sé que llevas

algo para mí. Vamos a nuestra cafetería, nos sentamos en nuestra mesa. Pides para mí un té verde dulce y un bocadillo. Y mientras tomo té, sacas tu computadora roja, naranjas para mí, jugo, pastel de María, ensalada. Me alimentas. Incluso me traes cerezas y fresas. Y plantas de tu jardín, de las cuales preparo té fragante por las noches.

Estamos editando nuestra novela. Tu mundo es colorido, diverso. Por lo tanto, intentas no repetir palabras, buscas un sinónimo para cada palabra.

¿Recuerdas la mañana en que apareció un camachuelo en el libro? Por alguna razón tu afirmas haber visto camachuelos. Yo trato de explicarte que solo viven en mi ciudad, donde los patos engordan, donde camino en las ventiscas a lo largo del río Uvod'. Mis camachuelos son tan rojos como amapolas sobre el Monte Sacro en tu ciudad. ¿Cómo pudiste ver camachuelos?

Me enseñas a darle un nombre a cada ave, recordar el color y el olor de cada flor. Las mimosas son amarillas en tu ciudad. El jazmín es blanco. La rosa de pitiminí es color crema. Y las margaritas huelen como las puestas de sol.

Allí donde hay elefantes y mariposas

Mi sueño se hizo realidad: encontré a mi maestro.

Un día, un hombre que es muy querido por mí, pero no lo sabe, me dijo, no a mi sino en algún lugar del vacío que tenía delante de sus ojos y esto causó más dolor: "Alguien debe decirnos que somos felices". Lo miré a él, a sus viejas y secas manos, a sus anteojos, detrás de los cuales estaban los océanos de sus ojos que no se habían descolorido durante noventa y dos años. Yo sabía que detrás de las gafas él era joven, en la isla de Sri Lanka, todavía nadando con elefantes en el río. Todavía alimentándolos con plátanos. Qué extraño, para él, las gotas de agua en su piel y en la de los elefantes no se han secado todavía desde aquella soleada mañana hace muchos años. Y para mí, la taza de café blanca como la nieve al otro lado del río que se llama Darro, todavía no está fría. ¿Incluso el tiempo es tan impotente ante nosotros?

Alguien debe decirme que yo era feliz. O tal vez yo misma tengo que entender que en cada momento de mi vida soy feliz. Comprenderlo, antes que estos momentos se hayan ido,

mientras que pueda absorber todos los olores y sonidos, hasta una gota, una lágrima de vidrio.
Quiero saber ahora que los sueños se hacen realidad. Quiero saber que somos dioses sonrientes. Que no hay eternidad para las mariposas que derraman el polen de sus alas en las palmas favoritas. Porque las mariposas, ellas mismas son la eternidad, que se acerca a nosotros a mirar en nuestras pupilas, a las pupilas verdes, como las de mi mamá, a los ojos marrones, como los tuyos y los míos y reflejarse en ellos por un momento.

Zorros que vinieron a nuestros palacios

¿Todavía me estás escuchando? Y aquí vuelvo a confundirme. Comencé a hablar sobre el libro "Rubí" de Omar Hayam y, en cambio, volví a hablar sobre la eternidad. Además, es ridículo hablar de la eternidad. Después de todo, ya sea que ella esté o no, todo permanecerá sin cambios. Ni las líneas cambiarán en estos recuerdos sobre ti, ni en los poemas de Omar Khayam, que reescribí en mi diario aquella tarde. Ahora los vuelvo a leer:
En el palacio aquél en que Bahram brindó.
Ahora paren gacelas y descansan los zorros.

No pises con desprecio hierba alguna, pues brota
de una tierra que fue el rostro de una hermosa.
Sé que un día los zorros vendrán a nuestros palacios, un día las amapolas florecerán en mis manos y los mirlos cantarán en las ramas que han crecido fuera de mi corazón. Y mi corazón susurrará bajo las lluvias grises cerca del Palacio del Sultán, en el mismo manantial por donde pasé, donde me detuve y vi de repente la eternidad por el ojo de la cerradura. Y, asustada de ella, corrí a la cafetería "Los Cuatro Gatos" para mirar a los ojos de mis amigos. Y en estos ojos descubrir que los dioses sonrientes son eternos.

Nuestro Parador más importante

¿De cuántas cafeterías ya he hablado? Y todavía guardo silencio sobre la cafetería que aprendió por primera sobre nuestra despedida.
¿Te acuerdas de la cafetería Parador a la que iremos muy raramente? Se encuentra en las paredes del palacio del sultán. Para entrar, debes bajar las escaleras, salir al patio del hotel más caro de tu ciudad. Allí nos sentamos en una mesa y los gorriones acuden de inmediato para

robarnos. Me pides para mí delicioso té verde. Tomo una bolsa de azúcar, la abro, la derramo en una taza. Otra bolsa de azúcar la pongo en mi bolsillo.

Un año más tarde, ya en la ciudad de las gaviotas, accidentalmente encuentro esta bolsa de azúcar en mi bolsillo. De repente, todo se recordará a la vez: los jardines del Generalife en los que crecieron las flores pensamientos, el cielo azul, las flores de almendro rosa y tú y yo que hemos llegados por última vez al Parador.

¿Qué éramos, cuando la última vez nos miramos a los ojos? Aquí, nos sentamos en un banco en un pequeño jardín en el que crece una cebolla puntiaguda y flores azules que parecen iris. El verano. Es el verano y en un par de días y quizás mañana, regreso a la ciudad de las gaviotas. Ambos lo sabemos. Estas callado. Sacas una caja de cartón con una cruz. Lo pones en mis manos.

Lo cuelgo con mi cruz en el cuello. Ella está ahora conmigo. Todos los talismanes están ahora conmigo: tu cruz, el talismán de aquella persona que recuerda a los elefantes en Sri Lanka, el medallón de mi hermana.

Entonces coges una decoración muy infantil, una pequeña corona dorada. Y de repente me doy cuenta de que realmente me convertí en la princesa sobre la que escribí en tu ciudad. Estamos en silencio de nuevo. Aprieto la corona de los niños y miro a los jardines del Generalife frente a nosotros. Pero no veo jardines.

Te veo a ti y a mi. Estamos subiendo la montaña que hay detrás de estos jardines. Veo una roca en la que crece el té de montaña. Me detienes, me enseñas el té, me enseñas a recogerlo. Un poco más adelante hay un arroyo del bosque, saltamos sobre él. Nos abrimos paso a través del bosque sombrío. Observamos cómo respiran los pájaros, cómo brotan los escaramujos. Sí, aquí crece la verdadera Rosa Canina que recogía mi abuela. Veo desde aquí, desde el banco del Parador, como mis ojos se oscurecen repentinamente, como si se convirtieran en el lago fangoso con nenúfares, del que mi abuela y yo recogemos agua en regaderas. Veo cómo recogemos esta Rosa Canina, veo como entras en el círculo de mis recuerdos, escuchas mis historias sobre mi abuela, sobre el té de Rosa Canina. También veo cómo en la tarde preparo un puñado de escaramujos y en esa pócima sin

sabor, de repente me reconozco a mí misma hace muchos años.
Aprieto aún más la corona de la princesa y las comisuras de sus puntas me aprietan las palmas. Yo lo veo todo. Y lo veré siempre.
Sacas una hoja de papel amarillo de tu bolsa. Contiene cuatro testamentos simples para mí: aprender, comer, tocar la guitarra y escribir. Quiero que sepas, desde aquí, desde tu ciudad, perdida entre la Montaña Sagrada en margaritas y el palacio del sultán habitado por amapolas y mirlos, que estoy aquí en esta ciudad de las gaviotas, que sigo tus testamentos. Sí, tropiezo a veces, pero me levanto de nuevo y los sigo.
Junto con los testamentos, tu poema para mí. Lo tengo en el mismo diario, junto con la pluma de un ave desconocida:

“Por entre las hojas secas
del bosque ancho,
palomas, mirlos y gorriones
ardillas y arrendajos,
se pasan las horas muertas
como yo buscando.
Suena tu guitarra,
por el río Darro,

te observa Granada,
la Alhambra en lo alto.

Pasan los turistas
y los pájaros
ni siquiera se asustan.
En tu ausencia mirándolos
me quedo yo y medito:
“Otro regalo
que guardaré en mi alma
para dártelo
El día que allá en el cielo
tenga tu abrazo”.

Cuánto me regalaste en el jardín del Parador: poemas, paz, belleza y misterio de tu ciudad, inmersa en el canto de los mirlos y en el resplandor de las amapolas.

Nuestras montañas eran colinas

Ahora vuelvo a releer tus cartas y veo que todos nuestros encuentros estaban llenos de flores y pájaros. En una de las cartas te escribo, que fui a mirar a los pavos reales de nuevo. Era temprano en la mañana, los pavos reales se estaban despertando y limpiándose. Estos eran pavos

reales hinchados que subían a las terrazas cubiertas de jazmín del tranquilo y silencioso palacio. Sus largas colas se colgaban de un dosel. Y realmente quería que cayera una de las plumas.

Los pavos reales me notan, se dan la vuelta perezosamente, abren con disgusto las colas exuberantes. Ellos no tienen tiempo para mí. Tu ciudad vive una vida especial y tranquila. Y nosotros la espiamos a ella accidentalmente.

¿Recuerdas cómo en el otoño recogimos enormes hojas amarillas caídas de eucaliptos y álamos? Caminamos por el Jardín de los Mártires, donde viven los pavos reales. Fuimos más y más alto. Recuerdo las montañas, no, eran colinas parecidas a montañas. Aquí vamos a través de los campos más allá del palacio del sultán, entre olivos. Y yo otra vez, como entonces con Manuel y Crocketta, pienso en Don Quijote. Caminamos a lo largo de un camino sin fin entre los troncos de olivos retorcidos. Las palomas torcaces se asustan y vuelan por debajo de nuestros pies. Las palomas torcaces son tus aves favoritas. Y de nuevo bromeo diciendo que me gustan más las palomas de la ciudad que las palomas torcaces.

Continuamos caminando, rodeamos la colina con el palacio del sultán y vamos al cementerio árabe. Esta cerrado. Allí, detrás de los muros, el silencio. Pasamos por este silencio. Vamos más allá, a lo largo de la ruta bajamos y nos encontramos en el cementerio cristiano. El humo se eleva sobre él. Miro el humo y algo dentro empieza a gemir. Presiento repentinamente tus palabras que pronuncias, mirando con calma este humo, mirando algún lugar a través de este humo en el cielo azul sobre tu ciudad que perfume de naranjas y jazmín. "Es un crematorio", dices. Pero no escucho estas palabras, escucho que pronuncias otras palabras: "Seremos humo, solo por un momento, para luego convertirnos en esta eternidad, que nos mezcla a todos en una interminable caída de mariposas, recuerdos, libros, mirlos y amapolas".

Bajamos el Monte Sacro, pasamos por las cuevas. Y nos detenemos en una, tan familiar y por lo tanto ahora tan ajena. Manuel y Crocketta vivían en esta cueva, una vez estuve yo en esta cueva y en esta cueva toqué "Como son atrayentes las tardes en Rusia". No sé por qué, llamamos a la puerta, y sale una muchacha. Tu

hablas con ella. Y estoy en silencio y miro este patio sin cambios, los cactus alrededor, en el cobertizo, bajo el cual en el verano distante nos sentamos con Manuel y Crocketta.
Luego nos vamos, y mientras bajamos entre las cuevas, trato de no pensar en nada, trato de no pensar en absoluto, porque esto es triste. Simplemente absorbo esta tarde y el centeno de caballos bien alimentados en el Monte Sacro. Bajamos a tu ciudad y paramos en una cafetería, porque notamos un gato enorme. Todavía tengo fotos con este gato y ni una contigo. Tal vez por eso te recuerdo tan bien. Quizás es por eso que ahora quiero recordar todo para nunca olvidar ni uno de nuestros días en tu ciudad.
Por la noche, en el barrio de Realejo, cerca de la catedral, donde nos trataron con orejas, tomamos té. Y pienso, por qué hoy los gorriones no vuelan para robarnos meniques.

Amapolas que vigilan rebaños de cabras "contesas"

Ya más cerca del verano decidimos ir a las montañas verdaderas, al pueblo de la Alpujarra y allí mirar las cabras montesas. En tu idioma, las cabras montesas suenan como algo especial,

capras montesas. ¿Es por el hecho de que “Capras Montesas” y “Capras Contesas” son muy similares, me parece que estas cabras tienen un título? Qué extrañas asociaciones surgen en la cabeza de los dioses sonrientes.
Estas cabras contesas las imagino elegantes y blancas como la nieve, como margaritas y la taza de café. Y también las imagino siempre esperándonos, porque no fuimos a la Alpujarra y no las vimos. Sé que todavía nos están esperando. Vagan por las montañas cerca del pueblo y miran en dirección a tu ciudad. ¿Me están esperando allí?
También miro yo en dirección a tu ciudad. Sé que no engañaré a las cabras contesas, no engañaré simplemente porque no son simples cabras, sino cabras contesas. Iré a visitarlas desde tu ciudad, iré contigo. Nos sentaremos en una colina y los mirlos no nos temerán, volando cerca de nosotros como si ya no fuésemos dioses sonrientes sino amapolas. Como si nosotros fuéramos las amapolas que vigilan en silencio a los rebaños de cabras contesas.

Plumas de ave y ramitas de lavanda.

¡Cuántas flores me has regalado! Me trajiste rosas al Paseo de los Tristes. Las ponías en un estuche de guitarra y yo las tomaba de allí y las colocaba en mi cabello. Y luego en cada una de las cartas para ti te agradecía las flores, los pequeños y fuertes capullos de rosa de tu jardín. Florecieron en mi escritorio durante mucho tiempo, magníficamente. En la mesa había una foto de mi abuelo con Sharik y Anya. Anya es muy pequeña, con un abrigo de pieles y un gorro. Sharik salta sobre el abuelo, alegre. El abuelo tiene papalina, un abrigo de pieles de oveja negra. Ríe. Y Anya ríe. Y parece que incluso Sharik ríe. Cae la nieve, blanca nieve esponjosa. Miro la foto y luego las rosas de tu jardín. Y de ninguna manera puedo entender por qué y cómo todo encaja en mí: las rosas y la nieve.

¡Cuántas canciones me dejará tu ciudad! Como si fuera la primera nieve sobre los campos, esta música se asentará en mis recuerdos, convertirá tu ciudad en una melodía continua sin comas, que aún me suena, parecido a un canto de mirlo. No, nunca he notado antes cómo cantan los mirlos. El canto de los pájaros siempre me parecía lo mismo. Pero me enseñaste que cada

ave canta de manera diferente. Ahora lo sé: cada pájaro canta. Ahora lo sé: cada flor huele.
Siempre me trataste de algo. Hora me traes una crema de almendras, que comimos con Markush. Hora pasta de membrillo, una fruta que crece solo en tus tierras. Y más cerca de Navidad, fuimos a comprar turrón, querías que me lo llevara como regalo a casa para Navidad.
Cuando esté en la ciudad de las gaviotas, me enviaras un paquete a finales de noviembre. No lo abriré por mucho tiempo. Cada tarde me sentaré en la cama frente al paquete, miraré su dirección, una calle tan familiar. En el paquete estarán los turrones de almendras, mis galletas favoritas, los tomates de tu jardín, las plumas de las aves y mucha lavanda. Solo los dioses sonrientes envían plumas de pájaros y ramitas de lavanda de países tan lejanos.
El segundo paquete llegará en febrero. Tendrá ilustraciones para tus dos historias, "Quico y Josefa" y "El mirlo blanco", que he hecho en casa cuando la nieve acecha afuera y tienen frío los patos gordos. En el paquete estará nuestra novela "Soy la princesa de los zapatillos rojos", puesta en un libro con todas mis ilustraciones. Has hecho este libro tú mismo. Siempre lo llevo

conmigo y cuando lo abro, las gaviotas se alejan volando, las gaviotas dejan de golpear mis ojos abiertos de par en par. Y son reemplazados por bandadas de mirlos de tus libros y de mis sueños.

Osos polares y serpiente resplandeciente

Ya te he dicho algo de mi amigo Pato. Mis recuerdos de Pato están asociados con la Navidad. Llegaba algunas veces a su casa, bebíamos té con sabor a chocolate. Vivía con dos chicas estudiantes. Ahora no las recuerdo e incluso entonces apenas las vi. Estaba preparando té con miel en la cocina y yo salí al balcón. Desde el balcón se veía un pedazo de la calle central, como una serpiente enorme y brillante. Por alguna razón, recuerdo esta serpiente solo por las noches: vitrinas parpadeantes que recuerdan a la Navidad, con los osos polares y la nieve artificial sobre los osos. En esta luminosa calle-serpiente estaba el teatro de los Reyes Católicos y la tienda con un enorme letrero "El corte inglés". Este letrero me recordó a Madrid y algo del lejano pasado que no puedo recordar ahora. Me gustaba este letrero y también me gustaba la serpiente, la

serpiente que parpadea en la oscuridad con faroles y faros de automóviles caros, restaurantes nocturnos donde se servía un té caliente y fragante.
Todo el tiempo le pedí a Pato que me enseñara a cantar la canción "Gracias por la vida" de Violeta Parra. Pato tenía un oído perfecto, sabía transcribir todas las canciones con precisión y rapidez. E incluso las canciones de "Guardia Blanca" sabía tocar. Era inusual escuchar cómo este barbudo chileno canta mis canciones rusas.
Vimos una película de dibujos animados navideña con él, en la que había mucha nieve y cuentos de hadas. Nunca la acabamos a ver. Recuerdo la habitación oscura de su viejo apartamento, el té caliente, con el cual calentamos nuestras manos heladas, las luces de Año Nuevo colgadas en los rincones de la habitación.

Antiguo ojo del palacio del sultán

Llegaba a la casa de Pato la mayoría de las veces en los días de diciembre cuando tocaba la guitarra en el Paseo de los Tristes. Entonces ya tocaba en un lugar nuevo, justo enfrente del balcón del extraño que bebía su café en la taza

blanca. No tocaba por mucho tiempo, mis manos estaban muy frías. Congelada, iba a casa de Pato y nos calentábamos con delicioso té.
En febrero tenía que regresar a Chile para siempre. Pero no se fue. Estuvimos buscando un nuevo apartamento para él. Fuimos a las calles nocturnas de Albaicín, buscando un apartamento. Caminamos por la calle donde yo vivía los primeros días de septiembre, con una gitana enamorada de Albaicín. En el patio, como entonces, en septiembre, todos los gatos tomaban el sol. Pero ya no eran esos gatitos pequeños sino gatos grandes y delgados con largas colas peladas.
Entramos en el apartamento, subimos las estrechas escaleras. Somos recibidos por dos. Nos muestran el apartamento, tratan con té, pero ya sé que Pato no vivirá aquí. Cuando nos vamos, él dice que hay otra casa, aunque cuesta más. A la mañana siguiente vamos allí.
La habitación está ubicada en el Paseo de los Tristes, cerca de la plaza, justo enfrente del lugar donde ahora te paras y me escuchas, esperándome. La habitación da al palacio del sultán. La ventana está abierta de par en par y el palacio del sultán en una deslumbrante mañana

soleada llena todo el espacio de la ventana, todo el espacio de nosotros. Le digo a Pato que solo quedan un par de meses y él se irá para siempre a otro continente, se irá de aquí y nunca en su vida tendrá la oportunidad de vivir en una habitación llena del palacio del sultán. Yo digo que puede ahorrar dinero en comida, ganarlo con una guitarra, lo que sea. Pato está de acuerdo.

De nuevo el enorme gato blanco

Una vez caminamos por tu ciudad y accidentalmente dimos un paseo por la tetería que está custodiada por el enorme gato blanco. Lo acariciamos y nos miraba con ojos azules con desagrado y paciencia. Se parecía a la calle en la que custodiaba la tetería: casas blancas y, de repente, entre sus paredes dos inesperados destellos azules del cielo.

No vi más al enorme gato blanco y a Pato lo vi un par de veces después. La última vez que nos vimos fue el 16 de junio, el día en que regresé a la ciudad de las gaviotas.

Recuerdo bien la tarde cuando me fui. No dormí en mi habitación. Abandoné la habitación durante el día, la devolví a doña Pepa. Al salir

de la habitación, me di la vuelta: había una cama con un colchón azul y una mesa vacía. Fue doloroso mirar esta habitación que ahora era la misma que había visto hacía muchos meses, en septiembre, cuando vinimos aquí con Leo.
¿Tal vez no pasó nada? ¿Tal vez todos estos meses eran los sueños felices?
Las gaviotas picotean mi cerebro. Me duele, el batido en las templas. La habitación es como un fragmento de mi vida, que doña Pepa cierra con dos vueltas de llave. La ventana al jardín de naranjas, cubierta de rosas, desaparece detrás de la puerta, el jardín con dos ancianos. Mi música, tocada por Michael y Pato, "Loca", desaparece detrás de la puerta. El aroma de mi té de manzanilla desaparece detrás de la puerta. La aurora desaparece detrás de la puerta, cuando salía corriendo, despeinada y adormilada, al mirador de San Nicolás. Y la noche en la ventana abierta de par en par, con estrellas, con gemidos tristes desde el Monte Sacro, también desaparece detrás de la puerta.
Esa noche dormí en la habitación frente a la terraza, donde Markush y yo bebimos un delicioso té con la crema de almendra por la

mañana, que me regalabas y con pastel de chocolate que compré por la mañana en una pastelería cerca de la Plaza Larga.
Por la mañana, a las seis, cuando esperaba un taxi, le escribí a Pato. Le dije que me iría en media hora. Me iría para la ciudad de las gaviotas y luego a mi ciudad, donde hay nevascas, donde floreció el árbol de la cereza, donde ahora crecen las margaritas y las campanas y caen lluvias cálidas. "¿No nos despedimos? Después de todo, me voy también de aquí, a Chile ". Sin aliento, corrió hacia el taxi que salía. Se fue conmigo a la estación. Ya en la ciudad de las gaviotas, a menudo llamaré a Pato y la voz que alguna vez cantó para mi "Loca" me salvará de mis recuerdos.
Me paro en la estación de tren, cerca de mi autobús. Maleta ya está en el autobús. Pienso que vine a tu ciudad hace muchos meses solo con una mochila. Ahora me llevo toda la maleta y la guitarra. Pero este no importa, en mí misma me estoy llevando algo enorme que he encontrado en tu ciudad, sobre lo que estoy escribiendo ahora. Y si se pudiera ver lo que encontré, no me hubieran permitido atravesar una sola aduana o una sola frontera estatal. Es

más precioso que las antigüedades, más precioso que el oro.

Boina negra y de nuevo Lenin

Temprano por la mañana fresca. Estoy con Pato pero ya no hablamos. No sé de qué hablar. Un vacío de repente se asienta en mí, como en las cuencas de los camellos dormidos hace miles de años. Anuncian mi autobús. Se me hace fácil, ahora subiré las escaleras. Ahora me despierto.

De repente, en una escasa multitud, veo a un hombre corriendo hacia nosotros sin una boina negra. Cabello largo, atado descuidadamente por detrás, despeinado. Está todo de negro, aprieta la bolsa en la mano. Cuando el hombre sin la boina negra se acerca a nosotros, reconozco sus ojos, en los que suenan los versos de Montero. Reconozco su doble nombre. El argentino.

Y con esa palabra llega una sonrisa y el vacío desaparece de las cuencas de mis ojos. Una vez más, adivino qué pequeño es el mundo, cuán grandes somos nosotros, dioses sonrientes, caminando sobre este mundo en busca de mariposas y sueños, mirlos y amapolas.

El argentino me entrega en silencio un paquete. Y luego se va a una multitud escasa. Me meto en el autobús, agarrando el paquete. Saludando a Pato y a Argentino que están de pie detrás de las ventanas del autobús, allí, en tu ciudad. Los miro, los miro, mientras nuestro bus lentamente sale de la estación. Los miro, de pie junto al vacío de un autobús ya desaparecido. Los miro, escondidos detrás de la cerca de la estación de autobuses, detrás de tu ciudad, detrás de la carretera, detrás de las nubes, a través del océano, durante todo un año.

En el bus, abro el paquete. Contiene la boina negra y un sobre, una carta y una fotografía de Lenin. Y las hojas mecanografiadas. Cada una de las hojas tiene un poema de Luis García Montero.

Recuerdo el Paseo de los Tristes en una calurosa tarde y un argentino que dicta poemas a la muchacha. Recuerdo la tarde cerca de las paredes del Palacio del Sultán y el amargo y dulce mate. Y entonces no recuerdo nada. Cierro los ojos y trato de dormir para ahogar los olores de las amapolas, para no escuchar a los mirlos cantando.

Yo también me veo

De nuevo corro, confundo por completo el final con el principio. Pero ya hace mucho tiempo todo se cerró en un círculo vicioso, en el que estoy caminando. Mareada. O tal vez huele fuertemente en la oscuridad con jazmín. Te paras junto al río, que se llama Darro, apoyado en la barandilla de piedra y miras el mirlo que picotea algo. Luego miras a las amapolas que florecen a lo largo de la orilla, por el otro lado. Estoy detrás de ti, estoy cerca, porque quiero ver las amapolas y el mirlo con tus ojos.

¿Sentiste mi presencia? ¿Por qué te das la vuelta y buscas algo en el vacío detrás de tu espalda? Me vuelvo también. Y también. me veo, alejándonos por el Paseo de los Tristes a algún lugar hacia el palacio del sultán, entre la música y el sol.

Pero espera, el momento aún no ha llegado. No he terminado de contar muchas cosas. Espera.

Sobre la sonrisa del extraño

Recuerdo dos fiestas en tu ciudad, el día de Andalucía y el día de la cruz.

En uno de ellos nos encontramos contigo en el centro y vamos a la exposición de caballos. Hay

mucha gente hermosa alrededor, todos sonríen. Las mujeres se visten con trajes de flamenco, faldas exuberantes como pasteles. Y ahora cuales caballos son árabes, cuales son españoles, porque una vez me has enseñado a distinguir las razas de caballos. Sus lados gordos brillan bajo el sol abrasador. Caminamos por la calle, por senderos de arena, escondiéndonos de los caballos, de los carros. Y me parece que tu ciudad y todas estas hermosas personas han confundido el siglo y vinieron de algún lugar del pasado. Y esta puesta de sol, elevándose sobre nosotros, también vino del pasado.

¿Por qué de las dos fiestas solo recuerdo caballos y nada más? No recuerdo otras fiestas. Pero recuerdo cómo me trajiste en una cafetería de la universidad hierba con el hermoso nombre de romero. Me encantaba hacer té de romero. Me encantaba beberlo por las mañanas, cuando aún todos estaban dormidos, cuando incluso las flores estaban dormidas. En esos amaneceres que olían a romero, surgió en mí un deseo de despertarme ante que las flores.

Ahora, en la ciudad de las gaviotas, no quiero despertarme ante que las flores. En esta ciudad,

las gaviotas nunca duermen. No puede incinerarlas el sol de mediodía, no puede calmarlas la noche.
No recuerdo otras fiestas. Pero recuerdo que una vez llevaste al Paseo de los Tristes una silla plegable. Siempre tocaba sentada en las piedras. Me encantaba ir por la calle con Virgen María que lloraba con lágrimas de vidrio, con una sola guitarra. Había algo de ligereza en esto, no era un deber de tocar. Pero querías traer seriedad a mi vida. Me trajiste la silla plegable.
No recuerdo otras fiestas. Pero recuerdo cómo me compraste los zapatos. Las zapatillas son casi como las de la princesa, sandalias de montaña, con las que fui a la ciudad de las gaviotas, en las que ahora estoy sentada y escribiendo estas líneas.
No recuerdo otras fiestas. Pero recuerdo cómo imprimiste nuestra novela "Soy la princesa de los zapatillos rojos" en la tipografía.
Era inicio de junio, una tarde calurosa. Caminamos contigo por la calle principal, la que me pareció una serpiente resplandeciente en el invierno. Pasamos por el teatro de los Reyes Católicos. Recuerdo bien este teatro y el final del otoño, cuando se presentaba allí “Las Bodas

de Sangre" de Lorca. Quería visitar exactamente esta presentación, de Lorca en su ciudad, en tu ciudad. En esos días hacía frío, tanto frío que mis manos se congelaron antes de empezar a tocar la guitarra. Probablemente, por lo tanto, estaba mirando el balcón del extraño. Siempre quería que saliera y finalmente sacara su humeante taza de café para mí también.
Pero el extraño saldrá al balcón solo en primavera. Levantaré mis ojos de la tierra donde observaba los pasos de zapatos y veré sus ojos mirándome directamente. Yo sonreiré simplemente. Y desde esa orilla del río que se llama Darro, desde la altura del balcón una sonrisa de vuelta caerá en mi música.
No sé quién es él. Solo sé que es un extraño. Siempre hemos estado divididos por el río que se llama Darro. Y sin embargo lo recuerdo muy bien. Después de todo, él siempre escuchaba mi música desde su balcón. Ahora con un periódico en la mano, luego con una taza de café. Ocurría que a veces se detuviera por un segundo, se giraba hacia mí y me sonreía.
Desde aquí, desde el Paseo de los Tristes, pude ver que estaba caminando por su habitación, buscando una camisa, buscando una corbata,

doblando los periódicos, quitándolos, sacándolos de nuevo. Un día, de repente se detuvo, se dirigió a la ventana, con una camisa blanca como su taza de café. Atentamente me miró. Y luego, agitando la mano, cerró la ventana.

Y todavía me parece que su ventana está abierta, que me está mirando, que su taza de café está caliente en sus manos.

Sé que si nos encontramos una vez, no separados por el río, que se llama Darro, no nos reconoceríamos. El no reconocería en mí la música que yo tocaba por las noches bajo sus ventanas, yo no reconocería en él a un extraño que siempre bebía café cerca de la ventana. No nos reconoceremos, arrancados del círculo del decorado escénico. Tal vez porque tu ciudad, este balcón, la taza de café, mi música, su camisa, ¿todo esto no fue el decorado escénico, sino una parte importante de nosotros?

Se nos acercan rebaños de cabras monteses

Una vez más, cada pequeño recuerdo me aleja del principio del cuento y desvía de los recuerdos. Entonces, ¿de qué estaba hablando? Sí, de que en diciembre hace mucho frío.

Uno de los días de diciembre, gané dinero e inmediatamente fui al teatro de los Reyes Católicos a comprar un billete para las “Bodas de Sangre” de Lorca. En tu ciudad incluso fui a los teatros y aquí, en la ciudad de las gaviotas, no tengo tiempo para pensar en eso. Probablemente, las gaviotas están contraindicadas para mí.

Voy contigo más allá del teatro de los Reyes Católicos. El sol es muy fuerte y mis labios se agrietan como los labios de un desierto. En mi mano, aprieto el espejo que me regalaste. Estamos hablando sobre las cabras contesas que visitaremos al día siguiente. Estamos fascinados por esta conversación y no me doy cuenta de que me cuesta respirar. Subimos al autobús y nos dirigimos a la imprenta. Pero en el autobús todavía está sofocante. El desierto crece, devorando mis labios, ojos, cuello, manos.

Me bajo del autobús, me siento en el suelo cerca de la imprenta. No tengo fuerzas para ir. Te espero aquí. Me traes agua y mi libro impreso “Yo soy la Princesa de los Zapatillos Rojos”.

Este es mi primer libro que veo impreso. No, no está publicado solo impreso pero aun así parece un libro verdadero.

Llegamos a la casa en taxi, me dejas en la puerta, sobrepaso el primer piso enemigo y, abrazando mis preciosos libros, entro en la habitación.
Tengo fiebre por dos días. Veo en delirio a las cabras que vinieron a verme.
Leo a menudo viene a mi habitación, se sienta a mi lado en la cama, me humedece la frente con una toalla húmeda. Sus ojos siguen siendo verdes, como lo eran una vez en septiembre, cuando lo vi por primera vez. En aquel día comimos croissants de miel. Lina, una chica de Colombia, que se estableció en nuestra casa en el invierno, también me visita. Sólo Markush no viene. Markush se fue, se fue para siempre. Cuando nos dejó, le regalé mi joya: hermosas hojas de papel coloreadas. No fui con Lina y Leo para despedirnos. Mis ojos se volvieron vidriosos.
Estoy en cama y me van a visitar los rebaños de cabras contesas. ¿Por qué no los vi? ¿Por qué exactamente el día en que íbamos a ir a visitarlos, me enfermé? Tal vez para que yo vuelva?
Desde la ciudad de las gaviotas, te escribiré que nunca vimos a las cabras contesas. Y

responderás que las cabras nos está esperando, que nos esperarán hasta que finalmente lleguemos a ellas. ¿Hablaste solamente de las cabras diciendo esto? ¿O sobre algo igualmente importante como estas cabras: sobre pájaros, sobre plantas, sobre personas, sobre ciudades? Sobre ciudades aún no vistas, sobre ciudades ya abandonadas.

Pasaron dos días, pero no me sentí mejor. Y luego me llevaste al hospital. En el camino de regreso, me compraste frutas y mi dulce favorito. Estuve en cama dos días más.

Quedaban pocos días antes de mi regreso a la ciudad de las gaviotas. Y decidí que debía hacer regalos para mí, para Lina y para Leo. Tenia cuero que compré contigo en la primavera. ¿Recuerdas cómo compramos este cuero? Caminamos durante mucho tiempo fuera de tu ciudad. Las camomilas crecían a lo largo de la ruta y me sentía tan fácil, como si de repente todos los documentos, todas las despedidas, todas las fronteras hubieran terminado. Y sólo quedaron canciones y pájaros.

Me senté en la habitación y bordé tu nombre en el cuero con aljófar, luego corté el corazón de este cuero, hice agujeros con un martillo y cosí

piezas de cuero en un llavero. Despidiéndonos, te daré este llavero, un pequeño recuerdo de mí y tu escribirás la historia "Corazón enamorado". ¿Por qué esta historia salió tan triste?

Mis ciudades se volvían siempre más hermosas

Cuánto no te he dicho todavía. Cuántos recuerdos quedan olvidados en la superficie de la memoria, escondidos en lo profundo del corazón como si fueran islas hundidas, como si estuvieran en jardines cubiertos de hierbas salvajes.

Ahora vuelvo a leer todo lo que escribí y entiendo que casi no he contado nada sobre la universidad. Pero esta fue la universidad más extraordinaria. Recuerdo especialmente al profesor de literatura rusa, Antonio, que hablaba tan bien en ruso y le gustaba tanto la literatura rusa que al principio pensé que era ruso. En mayo, nos mostró la película "El destino de un hombre". Estaba sentada en el primer banco, perdida en tu ciudad, en esta península, y mis ojos se ponían vidriosos porque para alguien como para mi, nuestra memoria era importante.

Fueron especiales también las clases de historia. Había mucha sabiduría simple en toda esta universidad, donde todas las mañanas llegaba por la carretera de Murcia. Era la universidad, cubierta de rosas y arbustos que estaba habitados por mirlos.
La universidad estaba en una colina, desde una pendiente había un sendero a tu casa. En esta pendiente, siempre me encontraba contigo en la fuente e íbamos a la cafetería tranquila de la universidad para editar nuestra novela. Otro sendero conducía de la universidad a la carretera de Murcia. Desde este lado se encontraba la entrada central a la universidad. En la entrada había un patio con rosas. Yo siempre aquí acompañaba a Sandra, la estudiante ciega y desde este patio hasta el auto que la esperaba. Sandra amaba el coctel de chocolate. Y siempre, antes de ir al auto, comprábamos un cóctel de chocolate, nos sentábamos en los escalones de la entrada y le contaba sobre mi ciudad con patos y sobre tu ciudad, sobre su ciudad, que ella no vio. Y cuando le contaba sobre estas ciudades, me parecieron cientos de inconmensurables veces más hermosas que cuando no contaba de ellas a Sandra.

Una vez encontré a Sandra y sus padres en el centro de la ciudad, todos son ciegos. Con Sandra juntas asistimos a clases de inglés. Recordé a nuestro profesor, alegre y bondadoso. También recuerdo a Pedro, quien me parecía un caballero medieval de interminables campos españoles. Tenía el pelo negro largo y ondulado. Y yo, como al argentino, siempre lo he mirado.
Cuánto más quiero contarte, pero te alejas de la barandilla del río que se llama Darro. Espera un minuto, por favor. Escribiré un par de páginas más y luego llegará el silencio. Silencio que nunca terminará. Silencio que llega cuando los dioses sonrientes se paran por un momento.

Los colores

Recojo todo de mí en este pequeño libro. Con cada línea me libero de tu ciudad, de mi memoria. La memoria se pone densa, como la miel azucarada, como la mermelada de mi abuela. Recojo mi memoria en este mensaje. En estos recuerdos, como en un libro antiguo, puse plumas de ave y amapolas pálidas sobre caballos delgados.
Mi mensaje para ti es un herbario de sueños y sonrisas, pétalos y melodías. Cierro mi libro

viejo y lo dejo en el mismo lugar donde por las tardes, después de las cuatro, te pasas y escribes algo en tu cuaderno. No sé qué escribes, no lo he leído nunca. ¿Tal vez también quieres ser ligero, libre de tu memoria? Tal vez.

Me levanto, me voy de donde había tocado la guitarra que me había regalado el Músico. Me voy al encuentro contigo, a ti y al atardecer que esta junto a ti cerca el río que se llama Darro. Tu todavía miras, volviéndote, en el vacío, en los pasos de alguien. Estos son mis pasos. Vengo al encuentro contigo. Y la tarde se aleja tranquilamente de nosotros. La tarde se sienta tranquilamente en el banco, en el mismo lugar donde se sentó la niña que llora de tu historias. Baja los ojos para no recordarnos, para olvidarnos, para que ni él ni nosotros salgamos heridos de los recuerdos.

Pero tiene que saber: no me duele, mi siento ligera. Ahora estoy cerca de ti y miro el punto en el que también miras tu. Y veo que esto no es un punto, sino un mirlo. Este es el mirlo con un pico anaranjado, con un ojo extraordinariamente precioso. Junto a él crece una amapola, la última amapola esparcida por toda la pendiente con sus finos pétalos transparentes.

Ahora solo entiendo que estás coloreando mi mundo con colores, los mismos que mi abuela le dio a papá una vez. Y de repente veo lo más importante. De repente veo que el mirlo es negro, y la amapola es roja.

Palabras de tu carta

Ahora ya sabes, lo principal es vivir cada momento e intentar hacer cada paso lo mejor que puedas. Lo principal es continuar el camino y si lo que ya se vivió estuvo lleno de belleza, entonces por los siglos tendrá belleza y eternidad.

El mirlo

El mirlo canta largamente, muy, muy largamente. Canta así, como jamás cantaron los ruiseñores. Su canto se parece a la música del Músico, al ruido de los manantiales del otoño cerca del palacio del Sultán. El pájaro me atrae. Dejo de hojear un libro, miro toda emocionada en la dirección desde donde llega el canto. Veo a este pájaro: negro, pequeño, con el pico amarillo. El mirlo especial, el mirlo como todos los otros mirlos de tu ciudad. “El mirlo” así se llama esta ave especial. Ahora se precipita

volando desde la cima de un árbol y da pequeños saltos alrededor de una amapola roja y, en cada movimiento, hay un significado que es misterioso e incomprensible para mí. No me duele y quiero entenderlo. Una vez más, trato de concentrarme en el libro para olvidar la nostalgia por las ciudades abandonadas, por las ciudades en las que vuelan, buscándome, los mirlos hermosos y negros.

La ciudad de las gaviotas, Roma
8 мая/27 мая 2017 года
Silencio.

Carta 7 de Julio 2019

José gracias por tu preciosa música. Me gusta escucharla mucho.
¿Sabes? Esta mañana me desperté pensando que vivo lejos de mi casa y me da dolor este sentimiento.
Mas no es todo tan fácil.
Siempre me da dolor pensar que estoy tan lejos de mi casa, de mi mamá que siempre me espera cada día. Y envejece sin mí.
Por eso yo en Roma intento trabajar mucho si logro encontrar algún trabajo y estudiar al máximo para justificar la necesidad de mi ausencia al lado de mi mamá.

Me da muchísimo dolor saber que mi corazón ya está partido en dos: Rusia y el mundo fuera de Rusia sin lo que ya es muy difícil e inconfortable existir.
Yo he creado un mundo aquí, incluso de los sentimientos y emociones.
Por primera vez llegué a Italia hace 6 años y en aquel momento era como una aventura, una tentación de empezar la universidad aquí después de dejarla. Sabía que en cualquier momento podría dejar todo aquí y regresar a mi casa. Porque nada me ataba a este mundo extranjero.
Pero con el pasar de los meses y años no me di cuenta de que ya iba volviéndome inconscientemente en una prisionera de este nuevo mundo.
Ahora me encuentro como dividida en dos partes dolorosamente incompatibles, por la distancia entre estos mundos.
Vivo con dolor. Quiero cada mañana hacer desayunos con mi mamá ir a ver papá a veces y pasear con él. Charlar con mi hermana y como dos amigas ir de compras.
Quiero ver mi ciudad nativa y la nieve y la tierra de mi abuela.
¿Pero es un sueño?
¿Qué hacer, José?
Carta 17-8-2019
José, buenas días.

Gracias por tu carta. Sabes que siempre soy feliz al leer tus cartas. Es como regresar a un tiempo feliz en época de la belleza de los callejones llenos de jazmín de los paseos en los cuales hemos sido siempre acompañados por mirlos alegres y fieles.

José, mi sueño es regresar de nuevo en Granada. La voz de Granada con el pasar de tiempo no se apaga sino que crece con sus raíces más profundo en mi más allá de mi corazón y mi alma.
Gracias a ti por todo lo que siempre has hecho para mí, por la inspiración de escribir y de vivir el modo de poesía. Espero que pronto nos veamos y que tengas un día hermoso en la Granada hermosa.

MI ERASMUS EN GRANADA
Recuerdos. Prosa poética

- ¿Cuánto tiempo has tardado en escribirlo?
- ¿Dónde lo has escrito?
- ¿Estás contenta con la traducción?
- El titulo
- Muy buena descripcion de los personajes
- Muy buenos materiales para construir una bella casa
- Camino a casa de tu abuela Ordenar el texto
- Partitura musical
colocación de las notas!
- Fíjate en El viejo y el Mar

- Mándame la versión en ruso
- ¿Acituno?
- No puntos en los títulos
- No punto y coma (;)
- No coma antes de y (, y)

- Gama= octava, escala?
- Pascolaban= pastaban, alimentaban

Alar= palacio mártires: Patio nazarí. Concebido por el duque del Infantado en homenaje a la jardinería nazarí. El patio alberga un empedrado granadino, rodeado por un estanque inspirado en el patio de la Acequia de la Alhambra, con macetas y ventanales con jazmines. En el centro hay una pequeña cueva excavada en la pared.

- Granada, la ciudad más poética y romántica.
- Albaicín, patrimonio de la humanidad
- Pinceladas históricas, culturales.

Para las correcciones